DOC SAVAGE

por KENNETH ROBESON



El terror verde

Kenneth Robeson
Doc Savage/24

CAPÍTULO I

EL CUELLO ROTO

ERA una noche gris, de llovizna, llena de sombras fantasmales. La lluvia se desplomaba en ráfagas, quedando la mayor parte del tiempo suspendida en el aire, en forma de niebla que los periódicos el día siguiente calificaron de la “niebla” más espesa que se recuerda.

El tráfico del puerto estaba casi paralizado; tan sólo los capitanes temerarios, o los obligados por pura necesidad, navegaban lenta y cautelosamente.

Las sirenas de las embarcaciones semejaban gemidos de tétricos fantasmas.

Una de ellas era en grado especial, persistente. Tenía la voz estridente de los silbatos de niebla de los remolcadores y avanzaba atravesando los Estrechos, procedente de alta mar, a una velocidad escalofriante para 10 marinos que conocían los peligros de la niebla.

Había algo de empavorecido, algo de imperioso, en el sonido de la sirena de aquel remolcador. Un guardacostas, se aproximó a investigar el origen de aquel sonido extraordinario.

El capitán del guardacostas se arrimó y observó que el remolcador era el «Ballena de Gotham», y que ostentaba, pintada en la proa, una ballena saltando y rodeada de espuma. AL estilo de los viejos lobos de mar, el comandante profirió una interminable retahíla de maldiciones.

—¿Qué significa eso de entrar como un tren expreso? —terminó.

El capitán del remolcador devolvió las maldiciones. Hubiera procedido de otra forma de haberse tratado de un compañero; pero un comandante de un guardacostas merecía eso y mucho más, en su

opinión.

—¡Apártate! —rugió—. ¡Llevo a bordo un herido grave! Lo llevamos a un hospital. ¡Está agonizando!

Era una historia que satisfizo al comandante del guardacostas y, en consecuencia, se apartó desapareciendo en la niebla. El capitán del remolcador soltó una risita.

Una voz al lado del capitán, habló en un inglés demasiado correcto.

—¿Por qué le ha dicho eso? —preguntó—. No tenemos ningún moribundo a bordo.

El capitán del «Ballena de Gotham» saltó como si un transatlántico hubiese surgido, a toda velocidad, de la niebla. Volvióse, pues no le agradaba que le sobresaltasen, especialmente en esa oscuridad tangible que le tenía los nervios de punta.

Pero se contuvo, pues el hombre que surgió a su lado no tenía cara de aceptar resignadamente unos cuantos insultos.

Además, sería mala táctica insultar a un hombre que pagaba una cantidad fantástica por los servicios de la embarcación.

El hombre lucía una narizota ganchuda y una barbita puntiaguda. Tenía la piel parda amarillenta, seca y arrugada, poco agradable a la vista. Vestía unas ropas extrañas.

El capitán del remolcador no había salido en su vida del puerto de Nueva York e ignoraba que el largo y blanco manto flotante que descendía desde la cabeza de su pasajero, era un «bah», que su capa bordada era un «jubbah», y que los singulares pantalones eran unos «ahirwals».

Únicamente quien hubiese viajado por Asia central, habría conocido el nombre de las exóticas prendas.

En la frente del pasajero de nariz ganchuda veíase un extraño dibujo, una serie de líneas que tomaban la forma de una serpiente enroscada en torno a una joya, cual si la protegiese.

Las líneas parecían haberse trazado con tinta; mas, en realidad, estaban tatuadas en la piel con un líquido que uno de los más famosos brujos de Asia declaró estar compuesto, en parte, de la sangre disecada de Gengis Khan.

Para el capitán del «Ballena de Gotham», la señal parecía una mancha de porquería. Y de haber conocido su verdadero significado, tal vez se habría caído del puente de su mugrienta

embarcación.

Pues era el Sello Sagrado del Khan Nadir Shar, Hijo de la Divinidad, Dueño y Señor de Diez Mil Lanzas, Khan de Tanan, Emperador de la Mongolia exterior. Quizá el capitán desconocía la importancia de todo ello.

Significaba que el hombre del blanco manto, Khan Nadir Shar, era un rey, rey absoluto de Mongolia y monarca de todas las provincias circundantes.

—Avíseme cuando atraquemos al muelle-solicitó el personaje, en su inglés perfecto.

—Seguramente-respondió el capitán.

—El muelle que usted ha elegido, ¿está bastante solitario? —inquirió el Khan.

El capitán empezó a masticar la pastilla de tabaco que tenía en la boca.

El pasajero le ponía nervioso.

—Es un muelle bastante apartado de todo tráfico-contestó.

—Excelente-comentó el Khan, saliendo del puente, mejor dicho, de la garita del piloto.

El capitán, del «Ballena de Gotham» giró los ojos y escupió jugo de tabaco a los pies de uno de sus tripulantes, que había surgido de la noche neblinosa.

—Que me cuelguen si me hace gracia esto —dijo en tono que demostraba cuánto deseaba descargar su espíritu de preocupaciones.

El marino, que conocía el tono, dejó que su patrono hablase sin interrupción.

—Que me ahorquen sí me hace gracia esto-repitió el capitán —. Recibo un mensaje radiado diciéndome que salga al encuentro del «Reina del Atlántico», el nuevo transatlántico que se encuentra detenido por la niebla, para recoger a un pasajero. Cuando llego allí, resulta que son tres pasajeros y dos de ellos los pajarracos más extraños que he visto en todos los días de mi vida. Fíjate en ese «tío» que acaba de marcharse.

—Pues todavía prefiero éste al otro-declaró el marino en tono extraño.

El capitán frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir?

—Digo que el otro tipejo lleva en la manga un cuchillo de un metro de largo-respondió el marinero —. Acabo de verlo. Está parado delante de la puerta del camarote de usted. Parece ser que guarda a la muchacha.

—¡La muchacha! —suspiró el capitán—. Es lo que yo llamo «despampanante». Y es blanca. ¿Qué hace esa paloma en la compañía de ese par de grotescos milanos?

El capitán no era mal juez de la belleza femenina. La muchacha era un portento de belleza. En realidad, habría quitado el sueño a un director cinematográfico. Era ciertamente <despampanante>.

Era alta, de cabellos negrísimos y pestañas deliciosas. Pero tenía algo más.

Era decidida y capaz. Su persona irradiaba eficiencia.

Sus ropas eran modernas y elegantes, como asimismo la azulada pistola automática que empuñaba con firmeza cuando la puerta del camarote se abrió.

El Khan Nadir Shar miró la pistola y sonrió como si hubiese sido un <cóctel> lo que la joven le ofrecía.

—No creo que exista el menor peligro-dijo —. No hemos recibido noticias de Mullah Místico, desde que nuestra caravana salió del Gobi.

La joven conservó el arma en la mano.

—Millares de vidas dependen de lo que hagamos-repuso con sequedad —. Si quiere ser melodramático, podría ser menos cobarde.

El rostro moreno del Khan mudó de color, dándole una expresión de profunda tortura.

—Usted puede mostrarse más valiente, sin ser melodramática-dijo con voz ronca. Ninguno de los dos volvió a hablar, pues las máquinas del remolcador habían cesado su trepidación normal y funcionaban suavemente. Luego se aceleraron y resonaron fuerte, como si la embarcación retrocediese.

Resonaron gritos y ruidos de cuerdas arrastrándose por cubierta. Hubo un topetazo, algo violento, luego choques menores y la embarcación se ladeó de manera que el Khan tuvo que agarrarse para no caer.

Lucía en los dedos cuatro grandes anillos, ostentando una piedra preciosa en cada uno de ellos.

—Confío en que hemos atracado a un muelle solitario y apartado-murmuró el Khan.

—¡Hadim! —llamó la joven.

La puerta se abrió y un hombre delgado, con una cara larga y morena, entró.

Vestía un flotante <jubbah> y <shirwals> ajustados a las piernas y llevaba rígido el brazo izquierdo, como si no quisiese turbar al largo cuchillo que el marino le vió en la manga.

Este Hadim no presentaba un aspecto agradable, pues alguien en el pasado, le había hecho un pase con un cuchillo o una espada y había llegado lo bastante cerca para dejarle en el rostro una cicatriz que iba de la frente a la barbilla. Hizo una profunda reverencia a la joven.

—Sí, señorita Juana.

—Partirás al instante, Hadim-dijo la muchacha —. Sabes lo que has de hacer y el mensaje que debes entregar, y conoces cuánto depende de que encontremos a este hombre.

—Sí, señorita Juana-respondió Hadim —. Mis cuatro hermanos, mi padre, mi madre y mis hermanas han muerto cuando les tocó el alma verde del Mullah Místico. ¿Necesito algo más para que lo recuerde?

—Morirás si cometes una equivocación-advirtió la joven —. Y sí no damos con el hombre que hemos venido a buscar, muchos más te seguirán. Es imposible calcular cuántos morirán-Le ofreció su pistola—. Será mejor que tomes esta arma.

Hadim se palmoteó la manga.

—Sé usar mucho mejor ésta.

—Haz que ese hombre se ponga en contacto con nosotros-indicó ella.

Hadim murmuró:

—Sí, y ese hombre se llama…

—Doc Savage-agregó Juana —. Date prisa. Tenemos que encontrarle o averiguar dónde está.

Había una niebla cruda, fría, y el vapor barrió del cielo a la luna y a las estrellas, y había puesto a las húmedas calles del muelle en la presa de una neblina viscosa y repugnante.

Hadim se hundió en la espesa niebla como si estuviese en su elemento y se dirigió sin titubear, hacía loa calles míseras y

estrechas del puerto.

No obstante caminaba por el centro de la calle, y estuvo a punto de ser atropellado por un taxi.

Hadim miró cuidadosamente al vehículo, después que su conductor se hubo parado para averiguar si había hecho algún daño.

El chófer tenía aspecto de persona decente y, en consecuencia, Hadim tomó el taxi para trasladarse a la parte alta de la ciudad.

Al apearse, levantó la, vista para contemplar el edificio donde iba a entrar y en sus facciones, morenas y adornadas por una cicatriz, se dibujó una expresión de asombro. Este edificio era el orgullo de los neoyorquinos.

Para Hadim constituía una maravilla arquitectónica como no soñara que existiese. Era una construcción modernista, de unos cien pisos de altura; una exhibición deslumbrante de piedra blanca y reluciente metal.

—¿Cuántos camellos serían necesarios para acarrear las piedras de esta casa? —murmuró.

Entró, formuló algunas preguntas, cometió varias equivocaciones y, finalmente penetró en un ascensor que, después de un ascenso vertiginoso y terrible, le dejó en el piso ochenta y seis. El pasillo era tan impresionante como el exterior del rascacielos.

«Ni el palacio del Khan supera a esto» —dijo para sí Hadim.

De pronto se detuvo en seco. Notó una leve brisa soplando en el corredor.

Percibió un sonido sibilante, muy débil.

Se volvió lentamente y su voz salió de repente en un frenético alarido de terror. Fue un grito que rompía los tímpanos. En el chillido se condensaba todo el dolor de un hombre que ha topado con la muerte.

Por el pasillo, flotando en el aire, aproximábanse unas cosas fantásticas.

Semejaban serpientes obesas, de color verde satánico, del diámetro de la muñeca de un hombre y del largo de un brazo, del codo a la mano.

Retorcíanse en una especie de danza demoníaca. Parecían engordarse y luego adelgazar.

Lo más espeluznante era que estas apariciones serpentinas, volantes, parecían irreales. Eran fantasmales, nebulosas, sin cuerpo ni forma.

Hadim, chillando de nuevo, sacó de la manga izquierda su cuchillo. Los cuerpos verdes le alcanzaron. El mogol empezó a correr hacia atrás. Todavía seguían, dándole alcance.

Hadim llegó al extremo del pasillo, a una ventana. Golpeóla, con frenesí, rompiendo los cristales, pero los barrotes metálicos impidieron que realizase su loco anhelo de lanzarse al vacío.

Los horrores verdes le alcanzaron. Asestó una cuchillada.

Gritó de nuevo lleno de terror cuando la hoja atravesó por completo aquella atrocidad verde, sin que sucediese nada. Volvió a descargar otro golpe con el cuchillo; luego las apariciones serpentinas se le echaron encima.

Le rozaron los brazos y el pecho. Una giró cual una horrible lengua verde, acariciándole la cara, deteniéndose en torno a su boca y su nariz; luego ascendiendo a sus ojos.

Hadim luchó desesperadamente contra ella, agitando frenético las manos, descargando cuchilladas, gritando, repetidamente. Luego se tiró al suelo para escapar de ellas y se retorció en una agonía.

Después los fantasmas verdes se levantaron y salieron por los agujeros que Hadim hiciera con sus manos en las ventanas del rascacielos. Marcháronse lentamente, cual si estuviesen satisfechas de su labor.

Habían cambiado materialmente de forma; una quedó hecha jirones, transformada en media docena de hilillos verdes, pálidos y transparentes.

CAPÍTULO II

EL HOMBRE DEL ROSTRO LUMINOSO

EN el pasillo, al doblar un ángulo, aparecía una puerta metálica ostentando un nombre en letras minúsculas de un color peculiar.

CLARK SAVAGE, hijo

La puerta abrióse y un hombre alto e increíblemente huesudo asomó la cabeza. El hombre era más flaco de lo que un ser humano podría ser y existir.

No llevaba americana y tenía atado a la cintura un delantal de caucho.

Llevaba guantes de goma en las manos y un cristal de aumento en forma de monóculo.

Escudriñó a su alrededor, pestañeando, buscando el origen de los chillidos que llamaron su atención. Había una curva en el pasillo y no vió inmediatamente el cuerpo de Hadim.

El hombre larguirucho y huesudo se guardó distraído el monóculo en un bolsillo del chaleco y avanzó. Dobló la esquina, y se detuvo en seco, contemplando estupefacto lo que aparecía ante sus ojos.

Hadim yacía inmóvil en el suelo; su cabeza se hallaba echada hacia atrás, en una postura grotesca que nadie habría podido conseguir normalmente.

El hombre del delantal de caucho se llevó de repente una mano a un sobaco y extrajo lo que semejaba una pistola automática de enormes dimensiones. La levantó y apretó el gatillo. El arma escupió, humeó e hizo un ruido parecido al de un gigantesco violoncelo. Era una pistola con una tremenda velocidad de tiro.

Uno de los siniestros y verdes fantasmas estaba aún en el pasillo, topando y remolineando contra la ventana, cual si buscase escapar

ciegamente.

La lluvia de proyectiles de la pistola automática lo atravesaron, tumbándole, engrosándole un poco, sin destruir, ni al parecer, afectar su vida diabólica.

La lluvia de plomo hizo saltar los cristales de la ventana. La arpía verde se escabulló, retorciéndose, por la abertura y se alejó flotando en la oscuridad, desapareciendo en las alturas de los rascacielos.

El hombre esquelético permaneció inmóvil un largo rato.

—¡Que me superamalgamen! —murmuró finalmente.

Agachándose, examinó el cuerpo del mogol, el cadáver, pues el hombre estaba muerto. AL mover la cabeza de la desgraciada víctima, reparó en cierto descoyuntamiento del cuello, como si no estuviese conectado al tronco más que por un delgado bramante.

El hombre huesudo contempló el cuchillo extraordinariamente largo de Hadim.

—Tananés del siglo dieciséis-murmuró. Usó la lente de aumento —. Me equivoco. Tananés, pero de fabricación moderna, utilizando los métodos del temple y molde del siglo dieciséis. Muy extraño.

La pared en la cual se apoyaba el cadáver de Hadim era de arcilla pintada y aparecía cubierta de numerosos dibujos singulares. Llamaron la atención del hombre esquelético.

—¡Que me superamalgamen-exclamó de nuevo, empleando la que evidentemente era una exclamación favorita suya.

Miró con fijeza los dibujos. Por el corredor, la puerta de un ascensor se paró can estruendo. Antes de que las puertas se abriesen, se oyeron, unas voces fuertes e iracundas.

Parecía que iba a iniciarse una pelea en el ascensor. La puerta de la jaula se abrió y un hombre salió patinando.

Este hombre era delgado e irritable; tenía la frente alta y la boca, grande de un orador. Vestía irreprochablemente, desde el sombrero de copa hasta la caída del faldón de su frac. Llevaba un bastón delgado y negro.

Chilló en dirección de la puerta del ascensor.

—¡Mono peludo! ¡Monstruo de la naturaleza! ¡Eres un insulto a la raza humana!

Un individuo de aspecto sorprendente emergió de la jaula. Su estatura no era mayor que la de un muchacho; pero era tan ancho

como alto. Su rostro era casi todo boca, con una nariz pequeña, ojillos incrustados en cuencas de cartílagos y una frente estrechísima, apenas visible. Sus largos brazos pendían por debajo de sus rodillas Y las muñecas aparecían cubiertas de vello que semejaban puntas de acero oxidada.

Si el pasillo hubiese estado un poco menos alumbrado, el peludo caballero hubiese sido confundido con un gorila.

El hombre peludo miró de soslayo a su elegante compañero y dijo:

—Cállate, picapleitos fullero o tendré que atarte un nudo en el cuello.

Los dos hombres repararon en el individuo alto y esquelético que había en el fondo del pasillo. Observaron su agitación.

—¿Qué sucede, Johnny? —preguntó el individuo simiesco.

Vieron el cadáver de Hadim, que yacía en el suelo, a la vuelta del pasillo.

Johnny, el hombre huesudo-era William Harper Littlejohn, experto de fama mundial sobre cuestiones de arqueología y geología-hizo usa gesto con el monóculo por encima, del hombro.

—Ven aquí, Monk-dijo y luego incluyó al lechuguino —. Tú también, Ham.

Monk, el hombre parecido al gorila, y Ham, el figurín inmaculado, avanzaron presurosos. Unos segundos antes, parecían estar a punto de liarse a golpes; ahora la riña había quedado aplazada.

Siempre era así. Nadie que conociera a los dos hombres podía recordar que uno de ellos dirigiera una palabra cortés al otro.

Monk, cuya frente estrecha no parecía contener espacio para más de una cucharada de sesos, era el teniente coronel Andrew Blodgett Mayfair considerado como uno de los más grandes químicos industriales.

Ham, el figurín, era el mayor general Teodoro Marley Brooks, el abogado más sagaz salido de las aulas de la Universidad de Harvard.

Monk y Ham, al observar el cadáver del mogol, con la cabeza torcida grotescamente, se detuvieron en seco, con la boca abierta.

—¡Caspita! —exclamó Monk, olisqueando el aire como un animal—. Huelo pólvora quemada. ¿Quién disparó sobre este

sujeto?

—Nadie-respondió Johnny —. Yo disparé unos cuantos tiros posteriormente.

Monk se aproximó al cadáver, con las manos oscilando debajo de sus rodillas, y miró con fijeza.

—¿Qué le sucede a su pescuezo? —preguntó.

—Está roto-repuso Johnny.

—¿Quién lo rompió? —inquirió Monk.

—Nadie que yo sepa-respondió el esquelético geólogo.

—Sí —gruñó Monk—. Entonces, ¿contra quién disparaste?

—Sobre un cuerpo verde, nebuloso y peculiar, con el aspecto óptico de un ejemplar serpenteado suspendido aeroesféricamente-informó Johnny, sin cambiar su expresión —. Guardaba cierta semejanza con una fantasmagoría.

Monk levantó una mano y chasqueó el pulgar y el índice.

—Explícalo con palabras inteligibles-solicitó.

Johnny fue en una ocasión catedrático de Ciencias naturales de una Universidad famosa, donde era conocido por ser el profesor que aturdía a la mayoría de sus estudiantes con sus palabras técnicas y altisonantes y todavía conservaba la costumbre.

Jamás usaba una palabra fácil o vulgar si podía reemplazarla por una difícil o técnica.

—Una cosa verde flotaba en el aire encima del cadáver-explicó —. Disparé. La bala atravesó, rompiendo la ventana. Luego la cosa salió, flotando, por la ventana y desapareció.

Monk comentó muy serio:

—Siempre pensé que esas palabras enrevesadas te volverían loco.

Johnny señaló los extraños dibujos arañados en la pared, al lado del cadáver de Hadim.

—El hombre, evidentemente, las inscribió cuando pensó que su defunción era inminente-dijo —. Usó la punta de su cuchillo.

Monk se inclinó, miró y dijo:

—No significan nada. Simplemente escarbó la pared con el cuchillo cuando se tambaleaba.

—Esas señales-explicó Johnny —, son palabras o símbolos, más bien, del tananés, un lenguaje oscuro derivado del árabe, hablado en ciertas regiones de la Mongolia exterior.

—¿Qué dicen?

Johnny, que probablemente conocía tantas lenguas antiguas, escritas y habladas, como una media docena de los llamados expertos sobre la materia, sacó un papel y un lápiz de su bolsillo y reprodujo los caracteres que la pared ostentaba, corrigiendo acá y acullá un rasgo que Hadim, en los estertores de la muerte, trazó incorrectamente.

Luego escribió la traducción debajo de los signos. La pasó a Monk y a Ham.

Decía:

«Muchas vidas se salvarán si El de las Montañas que encanta a los malos espíritus va al pez que humea en el agua donde el Khan Shar y Juana...»

—Así termina-dijo Johnny.

Ham, el lechuguino abogado, jugueteó distraídamente con su delgado bastón, negro y, al hacerlo, separó el puño ligeramente del resto del bastón, revelando la existencia de una hoja larga y delgada de acero toledano alojada en el cuerpo del bastón.

Eso parece una tontería-comentó —. ¿Qué significa?

Monk se dio de pronto un puñetazo en la rodilla, cosa que podía hacer perfectamente sin agacharse.

—¿Recordáis el radiograma que recibimos hace unos días? —preguntó—. El mensaje lo firmaba Juana Lyndell.

El esquelético Johnny dijo con brusquedad:

—Lo he llevado siempre encima.

Y sacando un radiograma de un bolsillo, lo pasó a sus compañeros, para que ellos lo leyesen. Ya lo habían visto con anterioridad, pero volvieron a examinarlo.

«Doc Savage. Nueva York.

Su ayuda imperativa sobre asunto afecta miles de vidas y posiblemente estabilidad de la civilización occidental. Sírvase radiarme lugar y fecha entrevista. Mi barco llegará Nueva York dentro de tres días. Juana Lyndell.

A bordo del vapor «Reina del Atlántico»

Debajo del mensaje, escrita a lápiz, había otra misiva, evidentemente redactada en respuesta al radiograma. Decía:

<Juana Lyndell.

A bordo del vapor «Reina del Atlántico».

Lamento Doc Savage está ausente y no puede comunicarse con él. Ignoro fecha de su regreso.

Guillermo Harper Littlejohn. >

Monk se frotó la mandíbula, y preguntó:

—¿Qué clase de relación puede haber…?

—¿Entre este mensaje y el muerto? —Johnny se encogió de hombros—. Escribió el nombre de «Juana» en la pared.

Ham señaló con el bastón estoque las inscripciones de la pared.

—¿Pero qué significa el resto de eso?

Al estilo de un catedrático dando una conferencia, Johnny explicó:

—El individuo no sabía escribir el nombre de Doc Savage y lo describió de la mejor manera, que se le ocurrió. Los montañeses de la región de Tanan son salvajes y, en consecuencia, «El de las Montañas», probablemente significaba Savage para él. Y un doctor tananés es quien ahuyenta a los malos espíritus.

Monk miró de soslayo con admiración.

—Quizá hay algo más que palabras enrevesadas en tu cabeza. ¿Y qué significa «el pez que humea en el agua»?

—Un vapor-respondió Johnny: —Una embarcación relacionada de algún modo con un pez; probablemente un buque que va con carbón o petróleo.

Ham dijo vivamente:

—Voy a ver esto.

Descendió por el pasillo, abrió la puerta que ostentaba el nombre de <Clark Savage, hijo> en letras bronceadas, y entró en una sala de recepción que contenía una enorme caja de caudales, una lujosa mesa de escritorio y varios otros muebles sencillos pero caros. Descolgó un receptor.

Con el aire indiferente de un hombre habituado a esta clase de operaciones, se puso en comunicación por radio con el transatlántico «Reina del Atlántico».

Habló unos minutos y colgó el receptor. Consultó el listín y volvió a llamar.

Luego salió a reunirse con sus compañeros.

—Su Majestad el Khan Nadir Shar de Tanan, y una joven llamada Juana Lyndell, desembarcaron del vapor «Reina del Atlántico» y subieron a bordo del remolcador <Ballena de

Gotham> hace unas tres horas-informó —. Telefoneé a los armadores. El remolcador está amarrado a un muelle del río Hudson, frente a la calle veintiséis.

—«Ballena de Gotham» —gruñó Monk:— ese debe ser el «pez que humea, en el agua».

Ham dirigió una mirada a Johnny; luego, señalando el cadáver de Hadim, preguntó:

—¿Qué fue la que mató a este individuo?

El delgado geólogo meneó la cabeza lentamente:

—Es un misterio, tan profundo como la naturaleza del cuerpo verde que vi.

Monk frunció el ceño al mirar el delantal de caucho que el geólogo llevaba.

—Estás ocupado, ¿eh?

—Sí-respondió Johnny —. Estoy tratando de reunir las vértebras de un pequeño dinosaurio de la época mesozoica...

—Quédate aquí-dijo Monk —. Yo y este figurín de sastre iremos a visitar ese remolcador.

—Perfectamente —asintió Johnny después de un titubeo.

Monk y Ham descendieron a la planta baja en un ascensor veloz particular, que sin duda costó una fortuna su instalación, y salieron a un garaje subterráneo donde había varios vehículos a motor, desde un abierto <roadster> de elevado precio y color discreto hasta una camioneta que, aunque no lo parecía, era literalmente un tanque acorazado.

El ascensor, el garaje, la serie de coches, así como la instalación del piso ochenta y seis-había un laboratorio científico enorme y una biblioteca científica completísima además de la sala de recepción-formaban parte del cuartel general de Doc Savage.

Este Doc Savage era un individuo extraño, probablemente uno de los seres más extraordinarios. Un genio, una maravilla mental y un gigante de fuerza física fabulosa.

Era literalmente un producto de la ciencia, pues había sido educado desde su nacimiento para un solo propósito: para la fantástica carrera que ahora seguía.

Todos los secretos de la ciencia fueron usados en su educación. No llevaba, en ningún sentido, una vida que pudiera considerarse normal.

Desde su niñez había dedicado dos horas diarias a una rutina de ejercicios intensos calculados para desarrollar no sólo los músculos, sino también los sentidos físicos y la agudeza mental.

Había dedicado los primeros años de su vida a estudiar con los profesores más famosos, hasta que llegó a poseer unos conocimientos que, para el hombre vulgar, parecían sobrenaturales.

El resultado de esta sistemática educación fue un individuo que era una extraordinaria combinación de genio científico y capacidad física.

Más extraña aún que el mismo hombre, era la carrera a que se había consagrado: a auxiliar al prójimo a socorrer a los oprimidos, y combatir a los malhechores que parecían estar fuera del alcance de la ley.

Para esta misión, Doc Savage se había fijado la norma de no aceptar, en ninguna circunstancia, pago en dinero.

Hacia mucho tiempo Doc Savage reunió a cinco hombres en, concepto de ayudantes, cinco hombres famosos, especialistas en su profesión, cinco hombres que se asociaron con él por el amor a las aventuras y por la admiración, que sentían hacia el gigante de bronce.

Monk, el químico, y Ham, el jurista, eran dos de los cinco ayudantes.

Johnny, el arqueólogo, era otro. Los dos restantes, el coronel John <Renny> Renwick, ingeniero, y el mayor Tomás J. <Long Tom> Roberts, el mago de la electricidad, se encontraban, en este momento, en alguna parte de la ciudad, atendiendo a sus trabajos profesionales cuando no ayudaban activamente a Doc Savage.

El actual paradero de Doc Savage era un misterio. El hombre de bronce había desaparecido. No dijo a nadie adónde se dirigía. Nadie, ni siquiera sus cinco fieles ayudantes lo sabían.

Pero no les preocupaba, pues estaban seguros de que el hombre de bronce había ido a algún lugar misterioso, donde podría estar solo, dedicado a un estudio intensivo.

Y aunque los cinco ayudantes de Doc no estaban seguros, creían que el lugar adonde el hombre de bronce se había retirado, ese lugar misterioso que él llamaba su Fortaleza de Soledad, estaba situado en una isla del Ártico remoto.

No obstante, era cierto que nadie tendría noticias de Doc Savage

hasta, que regresase, tan misteriosamente como se marchara.

Monk y Ham„ acercándose a los muelles del río Hudson en un <coupé> que no presentaba ninguna señal exterior de que era una fortaleza dotada de cristales irrompibles y carrocería acorazada, cambiaron algunos comentarios salpicados de insultos.

—Deberíamos haber preguntado a esa enciclopedia andante, a Johnny, algunas cosas más-gruñó Monk —. ¿Dónde está Tanan, el lugar donde se supone que este Khan Shar es rey?

—¿No has estudiado geografía? —respondió Ham, en tono sarcástico.

—¿Dónde está?

—En Asia.

Monk frunció el ceño.

—¿Sabes o no sabes dónde está?

—Sé tanto como tú-replicó Ham con viveza.

—Lo cual quiere decir que estás en ayunas-Monk usó los faros para verificar un número de la calle —. ¿A qué ha venido este rey? ¿Qué quiere de Doc?

—No se ha dicho que el rey buscase a Doc-señaló Ham —. Fue esa Juana Lyndell quien mandó el radiograma.

—¿Quién será ella? —murmuró Monk.

—¿Cómo puedo saberlo yo? —repuso Ham. Detuvieron el coche y se apearon.

Monk buscó una linterna, y no encontrándola se alejaron del coche.

El químico musitó en voz alta:

—¿Quién rompería el pescuezo de aquel moreno? Me gustaría que lo hubiésemos puesto en claro.

Ham empezó:

—Escucha, orangután… ¡OH! —terminó con una especie de explosión ahogada.

Su compañero permaneció con la boca abierta cavernosamente; sus dedos hicieron unos movimientos vagos. Sus ojillos parecían estar a punto de saltar de sus cuencas de cartílagos.

Habían estada andando arrimados a la pared de un almacén, una pared de ladrillo, sin ventanas ni otras aberturas. La oscuridad era profunda.

Delante de ellos había aparecido un rostro, materializándose de

una manera súbita e inesperada. Esto era más sorprendente por el hecho de que la oscuridad era tan espesa que Monk ni Ham podían verse uno al otro.

No obstante, distinguieron claramente la cara.

Aquel rostro era una cosa fantástica. No tenía un color humano; era verdoso, semejante al de la carne en los primeros períodos de la putrefacción.

El continente verde brillaba con una luminosidad fantástica; no era exactamente fosforescente ni tampoco parecía que una luz jugueteaba sobre él; Sin embargo, era claramente visible.

El rostro tenía ojos oblicuos, los contornos del Oriente, y cuando los labios dibujaban una sonrisa, el efecto no era agradable, pues la lengua se distinguía entonces tanto como las otras facciones. Era del mismo verde satánico.

—¿Qué demonio es eso? —susurró Monk, roncamente.

CAPÍTULO III

EL MULLAH MISTICO HABLA

REINABA un profundo silencio junto al almacén, pues Monk y Ham quedaron mudos de sorpresa. Muy cerca, las olas lamían el muelle con sonidos semejantes a sollozos, y más lejos se oyó un silbido, parecido al del vapor escapando de las calderas de un remolcador.

En el puerto, los pitos y las sirenas producían un clamor en la espesa niebla.

El rostro luminoso pendía suspendido, como algo incorpóreo, pues la oscuridad era demasiado profunda para que Ham y Monk viesen la naturaleza del cuerpo a que pertenecía. El efecto era fantasmal.

Cuando los sobrenaturales labios verdes se retorcieron y de la verdosa faz salieron palabras, Monk y Ham pegaron un brinco.

—Tratad de conservar la calma-dijo la voz.

—¿Qué diablo de espectro es éste? —refunfuñó Monk.

—No os apresuréis a deducir conclusiones, amigos-continuó la voz —. Vosotros, hijos de la civilización occidental, os inclináis demasiado a tratar que la ciencia explique todo cuanto veis. Os agrada llamar por el nombre de prestidigitación a todas las exhibiciones de las ciencias ocultas. Incurrís en el error de no creer en lo oculto en lo sobrenatural. Vuestras mentes son demasiado prácticas.

—¡Diantre! —murmuró Ham, en tono vago,— no entiendo ni pizca.

La voz, hueca e irreal, siguió:

—Estáis viendo algo que no comprendéis. Os imagináis ver un rostro. Quizá os figuráis ver mi cuerpo. Estáis equivocados. No veis

ningún rostro ni ningún cuerpo.

—¡Atiza! —Monk se palpó bajo un brazo, donde llevaba una pistola automática.

—En un sentido material-continuó la voz fantástica —, estáis viendo una no-entidad, no estáis viendo nada. Creéis contemplar un rostro; pero, en realidad, no hay nada.

Monk sacó su pistola y apuntó decidido.

—Perfectamente. ¡Presumo que media libra de plomo no te lastimará, míster No-entidad!

—Escuchadme-prosiguió la voz —. Soy el alma verde del Mullah Místico. Soy el dueño y señor de todas las almas; soy el poder infinito. He tocado a muchos hombres, y ellos han muerto y sus almas han venido a mí.

Ham desenvainó su bastón estoque, prefería esta arma porque la punta estaba saturada de una droga que producía un desvanecimiento rápido y temporal.

La voz del Mullah Mística siguió, sin observarse ningún movimiento en los labios de la sobrenatural faz verde.

—Volveos-aconsejó —. Olvidad lo sucedido esta noche. Olvidadlo para que no recordéis contárselo a ese hombre de bronce, a Doc Savage.

Monk soltó una carcajada estentórea. Pues parecía producirle un alivio oír el ruido de su ficticio júbilo.

Ham exclamó con sequedad:

—Eso es muy dramático, míster Alma Verde. ¿Presumo que nuestras vidas corren peligro también?

—Tan sólo vuestros cuerpos físicos-aclaró la voz —. Vuestras almas continuarán viviendo, en forma de gusanos verde, serpentinos, fantasmales, que viajan y actúan durante la noche, en obediencia a mis órdenes.

Monk pensó en las cosas verdes que Johnny había visto. Gruesas gotas de sudor perlaron su frente.

—Yo morí hace un millón de años, antes del comienzo de los tiempos-dijo el Mullah Místico —. Yo no estoy vivo, ni aun ahora. Os digo que olvidéis todo. Será mejor para vosotros que olvidéis.

—¿Y sí no lo hacemos? —preguntó Monk, lleno de curiosidad.

—Mis esclavos, las almas verdes semejantes a serpientes voladoras vendrán a vosotros-respondió la voz —. Entonces os

reuniréis conmigo.

Por un ángulo de la boca, Monk cuchicheó:

—¡Vamos a «despachar» a este pajarraco, quienquiera que sea!

—¡Bien! —respondió Ham.

Unas llamaradas de fuego surgieron de la pistola de Monk. Tan rápidamente que semejaban una sola cinta roja; y el ruido de la extraordinaria pistola armaba un estruendo formidable.

Los labios verdosos se retorcieron y la voz dijo en tono calmoso:

—¡No soy un ser a quien se puede matar!

El simiesco químico emitió un resoplido y esperó. Estaba atónito, pero aun conservaba cierta esperanza.

Su pistola automática disparó una lluvia de balas, que no eran mortíferas, pues los cartuchos contenían una droga que provocaba un desvanecimiento sin lesión alguna. Pos ese motivo disparó. Las balas no matarían al individuo de rostro verde y le servirían de lección.

Mas no sucedió nada. El continente verde permaneció suspendido en el aire, en el mismo lugar donde estaba.

—¡Maldito sea! —murmuró Monk, avanzando con rabia.

El rostro verde se desvaneció, simplemente se esfumó. Giró ligeramente al desaparecer, sin dejar rastro.

El químico tornó a hacer fuego. La lengua de fuego de la boca de la pistola hendió la oscuridad, y a su resplandor Monk esperaba ver a su enemigo.

Quedó boquiabierto. Un gruñido de asombro brotó de su garganta. No había nadie ni nada visible, excepto la pared de ladrillo arrimado a la cual apareciera el continente verde; y en la pared leves salpicaduras, relucientes, donde las balas se estrellaron.

Ham, el abogado, describió un circulo con su bastón estoque. Agitó el arma ligeramente, de forma que si tocaba un cuerpo penetraría tan sólo lo suficiente para introducir la droga estupefaciente. Mas la hoja no encontró más que la fría niebla y la noche.

—¡Enciende una cerilla! —instó Monk.

El abogado no llevaba cerillas, pero sacó un encendedor. Protegiendo con una mano la llama, se volvió lentamente alumbrando el lugar.

Las columnas de niebla, al pasar, daban un aspecto fantasmal al

lugar; pero no observaron ninguna aparición lo bastante sólida para ser un cuerpo humano. En el puerto las sirenas seguían gimiendo, pero el silbido del vapor que escapaba, de un remolcador cercano había cesado.

Ham volvió la luz hacia arriba. La pared del almacén se elevaba, sin ventanas ni abertura alguna, a unos quince metros de altura. Era demasiado lisa para que un hombre la escalase.

—Se escabulló-dijo.

Monk avanzó un paso, se detuvo en seco, miró con fijeza y se frotó los ojos, como si no diese crédito a lo que veía. Volvió, y Ham, que conocía al químico tan bien como cualquier otro ser viviente, no pudo recordar cuándo había visto a su compañero con tal cara de sobrecogimiento.

—¡Mira! —Monk señaló hacia el suelo.

Los vientos habían acumulado el polvo a lo largo de la pared del almacén y sobre los ladrillos. La niebla y las lluvias convirtieron el polvo en barro que marcaba las huellas de los dos hombres.

Pero más abajo, donde estuvo el rostro verde, no se veía ninguna huella; no había más señales que las hechas por los fragmentos de los ladrillos que las balas hicieron saltar de la pared del almacén.

—¡Caspita! —murmuró Monk—. «¡No ha habido nadie parado aquí!»

La voz del químico sonaba hueca.

Quedaron parados, sobresaltados, y el viento helado apagó el encendedor de Ham, quien volvió a encenderlo al instante, como si no le agradase quedarse sumido súbitamente en la oscuridad.

Monk se humedeció los labios repetidamente. La enemistad entre los dos hombres quedó olvidada; esto demostraba cuán profundamente emocionados estaban; pues era sabido que disputaban perpetuamente, aun en el fragor de una lucha por sus vidas.

—Diantre-murmuró Monk.

Su compañero carraspeó como si fuese a decir algo; pero no pronunció una palabra. Levantó de nuevo su encendedor iluminando el lugar.

—¡Es una impostura! ¡Es grotesco! —exclamó.

—Sin duda-asintió Monk, lentamente —. Pero explícalo. Haz el favor.

—Pues.. —empezó Ham, titubeó y terminó:— ¡Por Júpiter! ¡Es un verdadero misterio!

—El Mullah Místico. —musitó Monk—. El hombre que no es un hombre y que vivió hace un millón de años. Es un cuento idiota.

—¡Ese rostro! —Ham se estremeció—. Qué cosa sobrenatural.

Monk le asió del brazo y se lo pellizcó.

—Reacciona y no me hagas reír. —resopló—. Esas cosas no suceden. Ha habido truco. Vamos a echar un vistazo a ese remolcador llamado «Ballena de Gotham.».

—Presumo que sería difícil hacerte reír en este momento-repuso Ham, con sorna.

Monk frunció el ceño.

—Escucha, abogado fullero-dijo —, tienes el aspecto de haber tenido una entrevista con un fantasma.

—Cinocéfalo-replicó Ham, en tono cordial —. ¿Te gustaría que te dejase aquí, hecho trozos?

Reanudada su eterna disputa, y sintiéndose algo más en un estado ya casi normal, avanzaron a lo largo de la pared del almacén hacia el muelle donde el remolcador «Ballena de Gotham» se encontraba amarrado.

Las olas sollozaban y una ráfaga de lluvia les azotó el rostro.

—Démonos prisa-instó Monk —. Nos mojaremos.

Empezaron a correr aunque no velozmente, pues reinaba una densa oscuridad y no tenían luz.

El abogado, más ágil de piernas, abría la marcha, con las manos extendidas delante, a través de la oscuridad. De repente, sintió un dolor en los nudillos.

Fue una sensación ardiente, cual si le aplicasen un hierro caliente. El dolor fue punzante.

—¿Qué sucede? —preguntó Monk.

Su compañero empezó a responder, mas, en lugar de hacerlo, encendió el mechero y lo levantó en alto. Al ver lo que se presentaba ante sus ojos, aulló a voz en cuello.

—¡Corre!

Monk se quedó paralizado, con la boca abierta, mudo de asombro. Había visto la misma cosa que Ham: unas cosas vagas, verdes y nebulosas flotando en la noche.

Parecían dotadas de vida, retorciéndose a través de la negrura

como serpientes aladas. Uno de los cuerpos fantásticos flotaba cerca de los nudillos de Ham.

Monk experimentó un dolor súbito y exhaló un alarido. Había tocado uno de aquellos horrores misteriosos. Descargó un golpe pero pegó en el vacío; luego sintió un dolor horrible que le quemaba el cuello.

No había nada visible, ni se percibía ningún sonido.

Profirió unos gruñidos y trató de sacar su pistola automática. De nuevo sintió un dolor de quemadura. Semejaba ser hierro candente.

Su compañero Ham, luchaba desesperadamente al lado. Todos sus golpes hendían el aire, pero a menudo sentía una quemazón en los puños.

Blandió su bastón estoque y asestó unos cuantos fuertes golpes. Fue inútil.

Cayó al suelo, sintiendo náuseas.

El jurisconsulto sentía dolor por todo el cuerpo ahora. Pinchazos, cuchilladas en los tobillos, en la espalda. Tenía la camisa empapada de sudor y por la lluvia.

Las cuchilladas eran horribles. Le hacían proferir locos chillidos. Cortinas rojas de dolor revolotearon ante sus ojos. Parecía que le apaleaban.

Monk intentó incorporarse. Percibía aun los chillidos de Ham, pero más débiles. Se percató el químico de que su propia voz iba amortiguándose.

Parecía, que la voz se le desvanecía, sonando remota.

Su última sensación fue que su propia voz se había alejado por completo, dejándole envuelto en un silencio profundo y en una oscuridad completa.

CAPÍTULO IV

LA SOMBRA DE BRONCE

REINABA un silencio tenso en el remolcador «Ballena de Gotham». El capitán estaba de pie con ambas manos detrás de las orejas, escuchando. Había oído los gritos de Monk y de Ham.

El marinero, que había visto el cuchillo de Hadim, también escuchaba.

—Sucede algo-murmuró.

—No cabe duda-asintió el capitán —. ¿Dónde hay una linterna? Y dame esa pistola de señales. Voy a investigar.

—Esa pistola no le servirá de gran cosa —declaró el marinero.

—No digas tonterías-gruñó el capitán —. ¿Has visto alguna vez cómo uno de esos cohetes achicharra a un hombre?

Tomó su linterna y su pistola de señales y salió del puente. Era un hombre audaz, valeroso y poco cauto. Acercóse a un lugar desde donde podía saltar al muelle.

Una elevada figura apareció a la luz de la linterna y se le plantó delante con los brazos cruzados. El hombre de nariz ganchuda apareció inescrutable; el flotante «abah», el bordado «jubbah» y los singulares «shirwals» daban a su figura un aspecto exótico.

El capitán del remolcador, reconociendo su pasajero, el Khan Nadir Shar, se detuvo.

—Yo no saltaría a tierra-dijo el Khan.

—¿Usted no? —gruñó el capitán:— ¿Por qué no?

—No sería prudente-respondió el Khan, hablando en un inglés tan perfecto que resultaba desagradable.

El capitán avanzó la mandíbula y puso su pistola de señales donde aparecía visible a la luz de la linterna. La pistola semejaba una escopeta cortada y dotada de una culata de revólver.

—¿Por qué no? —repitió.

—Esperaba que no sería necesario decírselo-repuso el Khan, Nadir Shar —. Pero mi vida corre peligro. Igualmente la vida de miss Juana Lyndell, la señorita americana que me acompaña. Creo que el ruido que ha oído lo han hecho para atraerlo a usted a tierra, con el objeto de que me abandone, dejándome indefenso.

El capitán se esponjó un poco al oír estas palabras. ¿De modo que ésta gente confiaba en él, sus vidas dependían de él? Esto halagaba sus instintos bélicos.

El Khan Nadir Shar introdujo una mano en el interior de su «jubbali» y extrajo una voluminosa pistola automática. EL capitán la tomó. Era una pistola del tipo usado por el ejército norteamericano.

—Le daré cien dólares —prometió el Khan Nadir Shar—, si hace guardia y no deja subir a nadie a bordo, sin avisarme antes.

El capitán no lo pensó mucho. Cien dólares eran cien dólares.

—Aceptado-respondió.

El Khan Nadir Shar bajó caminando lentamente, como si no tuviese ninguna preocupación. No entró en el camarote de Juana Lyndell, sino que llamó primero y habló en voz baja.

La joven permanecía sentada en la misma butaca, como si no se hubiese movido, empuñando la pistola automática, como antes lo hiciera.

—¿Qué ha sido? —preguntó.

—Me temo que sea el Mullah Místico-respondió el Khan —. He oído morir a sus víctimas antes. Tienen una manera peculiar de gritar cuando sienten el toque de las almas verdes esclavas del Mullah místico, y sus chillidos se desvanecen poco a poco, durando el mismo tiempo que antes...

—¡Calle! —interrumpió la joven, vivamente.

El Khan hizo una reverencia:

—Perdone.

Unos nudillos golpearon en la puerta.

—Hay un individuo que dice que desea verle-dijo la voz del capitán —. Parece un esqueleto andante y acaba de llegar.

—¿Cómo se llama? —preguntó cl Khan.

—Dice que es Guillermo Harper Littlejohn-respondió el capitán.

El Khan Nadir Shar pasó distraídamente una mano a lo largo del bordado de su <jubbah>. En la frente, el dibujo de serpiente se

enrollaba en torno a la joya que parecía destacarse más que nunca.

—Un Guillermo Harper Littlejohn firmó el radiograma que recibimos en alta mar-musitó —. El mensaje que nos comunicaba que Doc Savage no estaba disponible por el momento.

Juana Lyndell se incorporó. Era muy alta y tenía un aspecto majestuoso.

—Hadim debe haber entregado el mensaje-murmuró —. Que pase ese Littlejohn. Es uno de los ayudantes de Doc Savage.

La puerta, se abrió. El hombre que entró era muy alto, muy delgado y tenía una frente muy prominente. Las ropas pendían sobre su cuerpo flacucho como del armazón de un espantapájaros. En una mano llevaba un monóculo que tenía una gruesa lente de aumento.

Miró al Khan Nadir, al dibujo tatuado en su frente y reconoció su significado, pues hizo una cortés reverencia. Luego miró a la joven y volvió a inclinarse otra vez.

—¿Dónde están mis compañeros Monk y Ham? —preguntó.

El Khan permaneció mudo.

Juana Lyndell, llena de perplejidad, preguntó:

—¿Qué quiere usted decir?

—Doc Savage no estaba en la ciudad-dijo el hombre huesudo —. Yo soy Johnny, uno de sus cinco ayudantes. Monk y Ham son dos de los hombres de Doc. Vinieron a verla a usted.

Juana Lyndell oprimió su pistola y exclamó:

—¡Deben ser los ruidos que hemos oído! ¡Los gritos!

El hombre esquelético frunció el ceño.

—Haga el favor de hablar claro-rogó.

—Hace unos minutos oímos unos ruidos extraños que podrían haber sido gritos-aclaró el Khan.

Juana Lyndell preguntó:

—¿Entonces Hadim les llevó mi mensaje?

—¿Hadim? —El hombre alto cesó de juguetear con su lente de aumento—. ¿Era el caballero moreno quo llevaba un cuchillo largo en la manga?

—¿Era? —La joven descendió la pistola—. ¿Qué quiere usted decir?

—Lo hallamos muerto en el pasillo, con el cuello roto-explicó el hombre huesudo.

Un silbido breve y rápido surgió de los labios del Khan. Juana Lyndell apretó su pistola y su respiración se hizo perceptible.

—¡El Mullah Místico! —exclamó.

El hombre delgado como un alambre dijo, con ansiedad.

—¿De qué está hablando?

—Las víctimas del Mullah Místico mueren con el cuello roto-explicó el Khan.

El hombre flacucho agitó un brazo.

—Aguarden un momento-dijo —. Aclararemos esto después. Doc Savage regresó de improvisto después de marcharse Monk y Ham. Le informé sobre lo sucedido y me mandó aquí para recoger a ustedes y llevarlos a su presencia.

—¿Nos ayudará? —preguntó la joven, con ansiedad.

—¿Cómo es posible que él lo sepa? —repuso el hombre delgado como un fideo—. lgnoro de qué se trata...

—Pero yo me figuraba que Hadim...

—Hadim, murió antes de dar el mensaje y no tuvo tiempo más que para rascar la pared facilitándonos una pista que nos ha servido para venir aquí-replicó el hombre huesudo —. ¿Quieren hacer el favor de acompañarme? Los conduciré a presencia de Doc Savage.

El Khan, inquirió:

—¿Pero y esos dos hombres, Monk y Ham?

El hombre larguirucho se encogió de hombros.

—Doc Savage sabrá qué hacer al respecto.

—No llevamos equipaje-dijo Juana Lyndell —. Pongámonos en marcha.

El capitán del remolcador los vió desaparecer en la noche; Luego miró el billete de cien dólares que el Khan le había entregado.

Lo puso a la luz de la linterna, con cara de perplejidad, pues no había visto bastantes billetes de cien para conocer su aspecto. Después hizo un gesto de lavarse las manos, como si se desentendiera del asunto.

El marinero surgió de la húmeda negrura.

—Capitán-dijo —, creo que debemos avisar a la policía.

El capitán, se guardó precipitadamente, el billete.

—¿Por qué? —preguntó.

El marinero se aproximó y habló en voz baja.

—Antes de que ese larguirucho llegase, se me ocurrió echar un

vistazo por el muelle —respondió—. Me deslicé a lo largo de un montón de cajas. ¡No sabe usted lo que oí! Después de escuchar un momento, me llevé un susto que casi me volví loco.

—¿Qué oíste?

En lugar de contestar el marinero exclamó: —¡Oh!

Luego gritó otro ¡OH!, Mucho más fuerte, como si se ahogase.

El capitán levantó la linterna. Los ojos se le desorbitaron y brincó frenético hacia atrás. Abrió la boca para emitir un grito de asombro, pero era tan grande su espanto que no salió ningún sonido.

El marinero remolineaba los brazos, gritando repetidamente, en tono más horripilante cada vez. Cuando exhalaba un grito, la especie de horrible gusano se contorsionaba rozándole la cara, enrollándose a su alrededor, cual si le acariciase.

El marinero asestó un golpe a sus propias facciones. Fue evidente que sus manos atravesaron por completo aquel horror nebuloso, con el resultado de que lo separó en dos partes, cada una de las cuales parecía recobrar nueva vida y deslizársele por encima de la nariz.

El marinero inspiró su propio aliento y una de aquellas cosas verdes y serpentinas se le introdujo en parte en la boca, saliendo rápidamente un momento después.

Chilló más roncamente y cayó de bruces. Sus contorsiones fueron menguando y su cabeza empezó a doblarse hacia atrás de una manera extraña, como si algún ser invisible, poderoso y siniestro, hubiese hecho presa en su cuello.

El capitán chillaba golpeando frenético con la linterna a uno de los cuerpos verdes que flotaban delante de sus ojos. Logró alejarlo, pero al retroceder, topó con otro.

Exhaló un alarido de terror. Saltando a un lado, resbaló y la linterna, al chocar con el suelo, se extinguió de repente.

Reinó una intensa oscuridad de la cual surgían los espeluznantes sonidos de un hombre que tenía una cita con la muerte.

En medio de los otros sonidos, se oyó un chasquido hueco y seco, como si alguien hubiese roto una barrita de caramelo envuelto en un papel. Breves instantes después resonó otro chasquido, casi idéntico; y, a continuación, sucedió un silencio profundo, turbado tan sólo por el rumor de las olas y las lejanas sirenas.

El lugar quedó sumido en un silencio completo durante un minuto.

Apareció una luz. Un destello fantástico, delgado como un fideo blanco, remolineado con la velocidad de una centella hasta encontrar a los dos cuerpos tendidos en la cubierta del remolcador.

El capitán y el marinero yacían en una postura grotesca. Con las cabezas dobladas hacia atrás de una manera que indicaba con certidumbre que tenían los cuellos rotos. No se veía ninguna señal de los monstruos verdes y nebulosos.

El blanco y delgado destello de luz se desplomó de súbito. El silencio envolvió de nuevo a la vecindad, a excepción de los rumores del agua, suficientes para ahogar a otros ruidos menores.

Una ola empujó el remolcador hacia el muelle y las barandas, al topar con el cemento, chillaron como almas condenadas.

No se percibía el menor sonido de ningún ser viviente ni había señal del que proyectara la linterna sorda del destello blanco y delgado.

Sin embargo, en tierra, hacia el extremo del muelle, donde se reflejaba un leve resplandor de un farol lejano, una sombra se movió inesperadamente; una sombra grande e informe, sin nada definido que la identificase.

Un instante después, la figura sombría volvió a materializarse, a cierta distancia, cerca de otras tres figuras.

Las tres figuras eran Juana Lyndell, el Khan Nadir Shar y el hombre esquelético de la lente de aumento. Hallábanse debajo de un farol, abrazados a él, cual si el resplandor ofreciese protección.

Juana Lyndell sugirió:

—Creo que será mejor que nos volvamos.

El Khan se estremeció. Estaba asustado.

—No sé lo que sería mejor-murmuró.

El hombre larguirucho exhaló ruidosamente, como si tratase de libertarse de una tensión desagradable. Enderezó la cabeza.

—Lo que debe hacerse es llevar a ustedes dos a presencia de Doc Savage-manifestó con brusquedad —. Que Doc se haga cargo de la situación.

—Hemos recorrido medio mundo para eso, precisamente-murmuró la joven —. Pero ha sucedido alguna cosa grave en el remolcador. Lo he oído.

El hombre huesudo afirmó con viveza:

—No volveremos. Adelante.

Avanzaron usando el hombre esquelético una linterna sorda. El destello enfocó a un automóvil, un «sedan» grande. El hombre delgado subió, se sentó detrás del volante y puso el vehículo en marcha.

Caía una lluvia fría sobre la capota de coche, produciendo un monótono repiqueteo. El limpiador del parabrisas empezó girar mecánicamente.

El «sedan» recorrió muchas manzanas. Finalmente paró delante de un edificio lúgubre y mísero, que tenía el aspecto de una fábrica.

EL resplandor de los faros reveló un rótulo viejo que decía: «Para Alquilar».

El hombre esquelético se apeó, abrió la portezuela trasera contigua al bordillo de la acera. Metió la cabeza en el coche y encendió la luz del techo.

Un revólver azulado apareció en su mano, amenazando ya a la muchacha ya al Khan Nadir Shar.

—Piénsalo bien-aconsejó —. El jefe me ordenó que los matase sin compasión, si se ponían tontos.

El Khan Nadir Shar balbuceó:

—Entonces Doc Savage…

—¡Al diablo con Doc Savage! —exclamó el otro con aspereza:— ¡En mi vida he visto nunca a Doc Savage!

La joven dijo en una vocecilla seca:

—Entonces usted…

—Obedezco órdenes del Mullan Místico ¡Bajen! ¡Entren ahí! ¡Y ni…!

El agente del Mullan Místico se interrumpió.

Había oído un sonido. Un ruido que sonaba tan tenue que al principio no fue percibido. El sonido era aun vago. Pero era real, tan real que, poseía una cualidad amenazadora, de sucesos próximos, inminentes.

Era un trino. Recorría una escala musical fantástica, subía y descendía, sin repetir las notas ni indicar, en modo alguno, que se adhería a una tonada definida. Era bajo, casi imposible de describir.

Podría haber sido el producto de un viento helado al atravesar una niebla o el canto de algún pájaro tropical exótico. Era,

sobrenatural e inspiraba un temor indefinible..

El agente del Mullah Místico miró ceñudo al Khan Nadir Shar y a la joven.

No había nada que indicase la procedencia del fantástico sonido, pero se figuró que, uno de los dos la estaba haciendo.

—¡Dejen de silbar! —rugió—. ¡Entren en esa fábrica!

De pronto se contorsionó con violencia. La pistola se le cayó de la mano.

Intentó gritar, pero su boca, completamente abierta, no emitió ningún sonido. Se revolvió, mirando, sin comprender lo que le había sucedido.

Al volver la cabeza, reparó en la figura gigantesca que había surgido silenciosamente de la niebla. El gigante era un nombre, pero tenía unas proporciones que no parecían humanas. Quizá era la niebla le contribuía a dar esa impresión; la niebla y la increíble fuerza de la mano férrea que sujetaba, su cuello en una presa estranguladora; y la otra mano que, asiéndole el brazo, se lo retorció y le hizo soltar la pistola.

El titán metió la pistola en un bolsillo de su americana. No parecía tener prisa. Su mano libre ascendió al cuello del agente del Mullah Místico y le hizo algo en los centros nerviosos.

EL individuo se puso tenso, cual si quedase prendido en un encanto que no podía romper; y al ser soltado, cayó a la mugrienta acera permaneciendo inmóvil, excepto para girar los ojos llenos de horror.

El gigante se aproximó al «sedan» y la lámpara del techo mostró sus facciones, que acusaban una regularidad pasmosa. Lo más sorprendente era su color broncíneo; ante su continente podría haberse moldeado de ese metal.

Sus ojos eran dorados. Eran unos ojos fantásticos que poseían una poderosa fuerza hipnótica, y la habilidad de transmitir órdenes con la mirada.

El hombre de bronce llevaba la cabeza descubierta; su cabellera, de color bronceado, algo más oscura que la piel, era lisa como un casco metálico.

Su cuello tenía unos tendones de cíclope, fantásticos, y los del dorso de sus manos eran de tamaño extraordinario.

La joven, Juana Lyndell, había sacado su pistola, pero no la

levantó. Habló con voz ronca:

—Usted es Doc Savage.

El gigante de bronce no respondió. Dirigió una mirada escrutadora a los pasajeros del «sedan». Luego hizo un gesto al agente del Mullah Místico que estaba paralizado de manera tan fantástica en la acera.

—¿Este hombre les dijo que era Johnny, Guillermo Harper Littlejohn? —preguntó.

—¿No lo es? —respondió la joven.

—No-repuso el gigante —. Se ha disfrazado para parecerse a Johnny.

El Khan Nadir Shar parecía haber perdido el uso de la palabra. Levantó una mano y distraídamente se tocó el dibujo tatuado en su frente, lo cual pareció despertarle.

—Usted es… Doc Savage-murmuró —. ¿Cómo llegó usted aquí?

—He estado ausente —replicó el hombre de bronce—. Hace un rato, al regresar a mi cuartel general, supe que Monk y Ham, dos de mis ayudantes, habían ido al remolcador. Llegué cuando ellos acababan de salir. Seguí a ustedes, al verles partir.

La muchacha advirtió con rapidez:

—Ha sucedido alguna cosa en el remolcador, después de nuestra partida. ¿Tiene usted idea de lo que puede ser?

—Oí los gritos-contestó Doc Savage —. Regresé a bordo y usé mi linterna. Dos hombres, al parecer el capitán del remolcador y uno de los tripulantes, estaban muertos. Tienen el cuello roto. No tuve tiempo de investigar a fondo, la tragedia, porque era necesario seguir a ustedes.

—¡EL Mullah Místico! —exclamó la muchacha, con voz ronca—. ¡Sus almas verdes esclavas!

El gigante de bronce le dirigió una mirada escrutadora.

—¿Qué la mueve a decir eso? —preguntó.

—Las víctimas del Mullah Místico mueren siempre con el cuello roto-replicó la joven —. Las almas verdes esclavas… hacen eso.

El Khan Nadir entrelazó y desenlazó sus manos, y sus dedos ensortijados al rozar emitieron un levísimo ruido.

—¡El Mullah Místico está aquí! —gimió—. ¡Sus esclavas, sus almas verdes nos encontrarán! Van a todas partes…

Doc Savage continuó estudiando al Khan y la joven. Sus ojos de

color de ámbar, al herirlos el resplandor de la luz del techo, daban la impresión de ser extrañamente luminosos, despedían chispas doradas.

—Esto será explicado después-dijo —. Primero, nuestro amigo hablará.

El gigante de bronce retrocedió y recogió al agente del Mullah. Le hizo algo en sus centros nerviosos cerca del cuello y el hombre recobró el uso de sus miembros, como por arte de magia. Intentó luchar pero fue zarandeado contra el coche con tal dureza que empezó a lloriquear.

—¿Dónde está el Mullah? —le preguntó.

La víctima gimió cuando las manos de bronce le hicieron más daño; luego, al parecer, llegó a la conclusión, repentinamente, de que sería prudente declarar la que sabía.

—Lo ignoro-gimió: —Escuche; no me habría metido en este asunto, de haber sabido que tendría que enfrentarme con usted, Savage. He oído hablar de usted; soy un actor. Un aficionado. Me encontraba sin trabajo, pasando mil calamidades.

»Un sujeto-siguió-me telefoneó preguntándome si quería ir al remolcador a recoger a estos dos, contarles mi historia y traerlos aquí. Me pagan doscientos dólares por la operación. No he visto al individuo que me contrató. Dejó una fotografía en mi hotel y me telefoneó que me disfrazase para representar su personalidad. Tengo el retrato en el bolsillo.

Doc Savage introdujo una mano en la americana del sujeto y sacó un trozo de cartón al cual aparecía pegado una fotografía, recortada de un periódico, de Guillermo Harper Littlejohn, el eminente arqueólogo y geólogo.

—El individuo del teléfono dijo que usted estaba ausente y no sea enteraría nunca-gimió el tunante —. He sido un idiota.

Doc Savage observaba con fijeza al individuo, haciendo que le devolviera la mirada y volviéndole el rostro cuando trataba de rehuir la amenaza de los ojos color ámbar.

El truhán quería escabullirse y se retorcía. En su rostro cadavérico se pintaba un horror indescriptible que aumentaba por momentos; su lengua pasaba sobre sus labios pero estaba seca y los ojos se le desorbitaron.

—Le he dicho la verdad-chilló de repente —. ¿Qué se propone

hacer conmigo?

La naturaleza de la respuesta, si es que hubo respuesta, permaneció en el misterio, pues una voz chilló en las profundidades del viejo edificio.

—¡No! ¡Quíteme esas cosas de encima!

Era la voz de Monk.

CAPÍTULO V

DESPUÉS QUE MONK CHILLÓ

EL hombre esquelético gritó aterrado cuando Doc Savage lo tiró dentro del «sedan». Cayó a los pies del Khan y de la joven, y permaneció tendido, aturdido.

—Cuando llegue a la segunda esquina, doble a la derecha-ordenó Doc —. Allí debe esperarme.

La joven se apeó y luego subió para sentarse detrás del volante.

El Khan empezó:

—¿Pero quién... qué...?

—Ese era Monk, uno de mis ayudante-explicó el hombre de bronce —. Vigile a ese actor. Sabe más de lo que nos ha dicho.

El Khan sacó un arma de cañón corto que disparaba con la fuerza penetrante de algunos rifles. Apoyó la boca del cañón en la sien del prisionero.

—Tenga cuidado-advirtió Doc.

—Su advertencia no es necesaria-dijo el Khan —. Conocemos perfectamente el poder del Mullah Místico.

Era dudoso que el hombre de bronce oyese las últimas palabras, pues se había esfumado en la niebla y en la oscuridad húmeda.. Dirigióse a la entrada del almacén, pero no tocó la puerta que permanecía cerrada. Se detuvo, quedando inmóvil como una estatua.

Usaba sus oídos, órganos que habían sido desarrollados durante, años de tratamiento y ejercicios científicos hasta que llegaron a poseer una sensibilidad sobrenatural. Oíanse sonidos dentro, bajos y desiguales como, si alguna cosa rozase algo, en cortos toques. El gigante de bronce no tocó la puerta ni se arrimó más. Se alejó. Aquellos sonidos eran producidos por hombres que esperaban al

otro lado de la puerta. Individuos que procuraban no respirar fuerte y como resultado lo hacían de vez en cuando de una manera tensa.

Doc escudriñó la oscuridad, encontró un saliente del edificio y subió. Un saliente de ventana le proporcionó otro asidero. Utilizó un pañuelo para secar la húmeda piedra. La mugre de la ciudad, saturada de niebla y lluvia, formaba una pasta resbaladiza como la grasa.

Probó la ventana. No tenía cristales. Dentro había unos tablones en forma de andamiaje.

El «sedan» había partido, casi en silencio.

El gigante de bronce asestó un golpe súbito y violento. El impacto parecía ser superior a la resistencia de unos nudillos humanos. Volvió a descargar otro golpe. El tablón se rajó. Asió los bordes y lo partió en dos.

Luego, aunque los tablones adyacentes eran de casi una pulgada de grueso, los rompió como si hubiesen sido simples astillas.

El crujir de la madera y el chirrido de los clavos resonaron por el viejo edificio. Se oyeron otros ruidos: de hombres que corrían por las escaleras y voces que gritaban.

El lenguaje que hablaban era el dialecto cloqueante-extraña para el oído no habituado-común en ciertas remotas regiones asiáticas.

Las luces inundaron la sala —varillas blancas y ardientes de potentes linternas sordas. Un hombre cloqueó en el extraño dialecto. El rugido de la pólvora resonó y el yeso, hecho saltar por una bala, se desprendió de la pared en un río gris.

La bala no tocó a Doc Savage. Estaba en el lado izquierdo, bastante alejado, cuando el proyectil se estrelló en la pared.

La sala era enorme. Amontonados acá y acullá había cimientos para la pesada maquinaria. Unas cuantas máquinas voluminosas. Semejaban una floresta y proporcionaban un refugio excelente.

EL gigante de bronce se agazapó detrás de los cimientos de la maquinaria.

En lugar de continuar hacia la izquierda, siguió adelante. Los atacantes cloqueaban blasfemando en su dialecto. Un momento después, Doc distinguió a uno de ellos. Un destello de luz lo perfiló claramente.

El hombre era delgado como un lobo, de cabellos y ojos negrísimos-estos últimos oblicuos-y tenía la piel del color del

cáñamo.

Vestía inmaculadamente a la europea.

Empuñaba una pistola de cañón corto, similar a la del Khan. El arma podía disparar una bala capaz de atravesar media docena de cuerpos humanos. Doc vió un momento después a otros atacantes; eran de aspecto similar al primero.

Asiáticos del centro todos ellos, hombres de un país donde la vida no tenía ningún valor.

Escudriñaban alerta la amplia sala, abriéndose en abanico, enfocando sus linternas en todas direcciones. Algunos retrocedieron para vigilar la escalera y la puerta.

Hacia éstos dirigió su atención Doc Savage, Monk y Ham se encontraban en alguna parte de aquella sala. El objetivo del gigante de bronce era encontrarlos. Y debería conseguirlo mediante la astucia, pues no llevaba armas.

Doc no llevaba jamás una pistola.. Tenía un motivo específico para ello.

Sostenía que un hombre que llevaba un arma de fuego llegaba a depender de ella; y una vez que se la arrebatasen, ese hombre se consideraría indefenso.

El hombre de bronce tocó unos hierros oxidados. Eran cerrojos gruesos y pesados. Cogió uno de ellos y lo tiró. Su blanco fue uno de los hombres del fondo de la amplia sala.

No quería que pensasen que se encontraba cerca de la puerta. El hierro pegó a la víctima entre el muslo y la rodilla. El hombre exhaló un chillido penetrante y cayó al suelo.

Al instante varios hombres corrieron precipitadamente hacia el lugar. Se figuraron que su compañero fue atacado a corta distancia, sin percatarse de la capacidad dc los poderosos músculos del hombre de bronce, para tirar tan lejos y certero.

Una voz bramó abajo, en la parte posterior. Era Monk.

—¡Vigila, ojo avizor, Doc! —tronó—. ¡Me hicieron gritar la primera vez para atraerte a la trampa! ¡Lo ignoraba!

El gigante bronceado lo sabía ya. El descubrimiento de los individuos que acechaban detrás de la puerta le indicó la trampa. Se escabulló con rapidez, aprovechando el tumulto del fondo de la sala.

Un individuo de piel morena le vió y lanzó un grito. El chillido

se le quedó ahogado de repente, cuando un pesado hierro rebotó de la cabeza del sujeto a la pared. El hombre y el hierro rodaron por el suelo juntos.

Las pistolas tabletearon en la amplia sala. Las balas tamborilearon en la maquinaria o se aplastaron con furia a las paredes.

Pero Doc Savage se encontraba ya en la escalera. Descendió con la rapidez de una centella, llegó al fondo, avanzó un paso, y... se detuvo en seco.

Una luz apareció. No era una luz cegadora, sino suave. Surgía de una lámpara de bolsillo que alguien había envuelto en un pañuelo.

La luz brillaba lo suficiente para revelar a cuatro caras morenas, de ojos oblicuos, rostros impasibles y terribles. Empuñaban pistolas de cañón corto.

Eran armas capaces de disparar treinta o más disparos en una sola ráfaga.

—<¡Wallah!> —exclamó uno en su lengua nativa—. Seria bueno que atrapásemos vivo a ese demonio de bronce, para demostrar al Mullah Místico que somos hijos del zorro de la montaña.

Doc Savage permaneció inmóvil y silencioso. La palabra siguiente decidiría su suerte.

—Es una buena idea-asintió otro de los cuatro.

Los cuatro hombres se aproximaron. Empuñaban con ambas manos las pistolas, a la altura de la cintura. Esto indicaba que sabían lo que se hacían.

Únicamente un hombre inexperto intentaría disparar una pistola automática, modificada de forma que dispare siempre que se sujete el gatillo, pues el retroceso del arma podría volar la cabeza del imprudente tirador.

Las bocas de los cañones apretaron con fuerza el cuerpo del gigante de bronce. Unas manos le desgarraron los bolsillos, vaciando su contenido y cachearon en lugares donde ocultarse un arma.

—Tiene los músculos duros como las rocas de los muros de Tanan-murmuró uno de los cuatro, en su extraña lengua —. Vigiladlo ojo alerta. Debe poseer una fuerza terrible.

Doc Savage preguntó:

—¿Por qué tratáis de matarme?

Las bocas de los cañones se movieron contra su costado cuando los hombres dieron un respingo. Estaban sorprendidos, pues el gigante de bronce les había hablado en su lengua materna de una manera tan perfecta como ellos mismos.

—No fue una lengua liviana la que dijo que este hombre conoce todas las cosas-murmuró uno de los cuatro —. En la misma Asia, hay pocas personas que hablen nuestra lengua como este hombre.

—Dicen que el hombre que afronta con calma el peligro, vive para afrontarlo de nuevo-dijo otro —. Vigiladlo ojo avizor.

Empezaron a llegar asiáticos que bajaban por la escalera. Cloquearon, llenos de excitación. Los heridos por los hierros lanzados por Doc fueron socorridos por otros.

EL individuo que dio las órdenes arriba, se enfrentó con Savage y mostró unos dientes negros. No habló enseguida, sino que lentamente preparó una nuez de betel, cuyos ingredientes extrajo de su inmaculada americana.

La masticación de betel había ennegrecido sus dientes. Observaba atento y, no descubriendo una expresión de temor en las facciones del gigante de bronce, pareció enojarse.

—Un hombre sabio conoce cuándo debe estar asustado-dijo.

—No puede haber miedo sin estremecerme y gemir-replicó Savage en la lengua de Tanan.

—Eres un hombre extraño-dijo el sujeto —. Comprendo por qué razón debía venir del otro lado del mundo el Mullah Místico, para deshacerse de ti antes de que oyeses la historia del Khan Shar y de la mujer blanca, Juana Lyndell.

—Tengo curiosidad por conocer algunos detalles sobre este Mullah-repuso sosegadamente el gigante de bronce.

—Murió y está sentado, desde hace mil años en un lugar, meditando-respondió el otro, con acento natural —. Conoce todas las cosas y puede hacer todas las cosas. Después de haber meditado, desprendió su espíritu de sí mismo y lo mandó a la Tierra, a Tanan, a iluminar a los hombres para conducirlos a su destino.

—Parece-repuso Doc Savage —, un culí que ha absorbido demasiado líquido de adormidera blanca.

El otro sonrió con fiereza.

—El Mullah Místico es más grande que Gengis Khan, más grande

que Alá o Buda. A su lado, Confucio era un niño de escuela que se devana los sesos con los primeros libros elementales. Tú comprenderás estas cosas.

—En América tenemos una palabra para esa clase de discursos-observó el hombre de bronce.

—¿Cuál es?

—Astracanada-respondió Savage.

Todos los orientales habían bajado ya. Habíanse agrupado en torno a Doc en forma de círculo.

Ninguno de ellos tenía facciones de idiota; más bien tenían el aspecto de personas inteligentes. Pero eran rostros siniestros y feroces, de hombres que mataban por lo que consideraban justo.

—¡Mirad! —exclamó el gigante de bronce.

Levantó ambas manos por encima de su cabeza y empezó a entrelazar y desenlazar los dedos de una manera lenta y fantástica.

—¡Para de hacer eso! —bramó el jefe de la banda.

Tenía los ojos clavados en las manos de Doc; igualmente los otros le miraban sin despegar los ojos. No comprendían aquello.

Tampoco Doc Savage esperaba que lo comprendiesen. Los extraños movimientos de sus manos tenían la finalidad de distraer la atención de la pandilla y no le viesen los pies al pisar un talón con la punta del otro pie.

El tacón del zapato se desprendió con tanta facilidad que era evidente estaba provisto de alguna especie de bisagra. Un polvo amarillento se derramó, formando un minúsculo montículo en el suelo.

Doc retrocedió, giró sobre sus talones, se llevó las manos a la cara y se agachó. Surgió una luz blanca, terrible y cegadora, acompañada de una explosión, parecida a la de una cámara de retratar.

La luz ardió unos dos segundos, emergiendo un humo blanco y denso del montículo de polvo. La luz se extinguió.

Sólo entonces las pistolas empezaron a tronar.

Fue demasiado tarde.

Doc Savage se tiró al suelo al brotar la luz. Sabía lo que sucedería. EL producto químico era infinitamente más fuerte que el magnesio; producía una luz tan fuerte que cegaba durante unos momentos.

El polvo se encendía mediante una pildorita y otro compuesto químico que provocaba una llama, poco después de estar expuesta al aire.

Los hombres de ojos oblicuos mascullaron maldiciones en su dialecto.

Dispararon unos treinta tiros erráticos. Dos hombres cayeron derribados por las balas de sus compañeros.

Doc Savage no se entretuvo por allí ni intentó capturar a nadie. La ceguera no duraría bastante para ello. Era momentáneo, como si hubiesen enfocado una linterna en unos ojos acostumbrados a la oscuridad intensa.

El hombre de bronce se dirigió hacia la parte posterior. De allí vinieron los gritos de Monk. Encontró una puerta abierta, recayente a una callejuela.

En el pavimento de la calleja había unas huellas discernibles en el fango.

Las siguió y salió a la calle. Las huellas cruzaban hacia una acera. Habían hecho recientemente algunas obras en el pavimento y quedaba aún un poco de arena.

Doc conocía las dimensiones de las huellas de Monk y Ham. Las encontró.

Monk tenía pies grandes y un andar pesado y tosco. Los zapatos de Ham eran pequeños, casi femeninos y ponía los pies de plano al pisar.

Las huellas terminaban en la acera. Cerca del bordillo, veíanse las huellas de los neumáticos de un automóvil. Estaban aún secas, pues el peso del coche había expulsado la humedad.

El vehículo se había marchado hacia unos momentos. Debía llevar un motor silencioso para que no se le oyese desde el interior de la fábrica abandonada.

Los orientales seguían chillando; algunos salieron y enfocaron los rayos de sus linternas por la callejuela; luego se acercaron, corriendo, al lugar donde el gigante de bronce se hallaba parado.

Doc Savage se desvaneció en la noche. Llegó a la calle principal, dobló hacia el Norte, subió dos esquinas y finalmente torció a la izquierda.

Era allí donde el Khan Nadir y la joven debían haberle esperado con el «sedan».

Encontró el coche. Estaba a oscuras, con los faros y la luz del techo extinguidos. Se detuvo a unos cuantos metros del vehículo, escuchó y luego continuó andando. No llamó. Proyectó la luz de su linterna eléctrica, sobre el coche.

Había un sólo cuerpo dentro, con el cuello retorcido y roto grotescamente.

Era el hombre esquelético que declarara ser un actor aficionado de teatro contratado para representar el papel de Guillermo Harper Littlejohn.

Del Khan Nadir y de Juana Lyndell no había rastro.

CAPÍTULO VI

EL HOMBRE RESCATADO

DOC Savage examinó atentamente el automóvil, observando la marca de los neumáticos, el número de la matrícula. Probablemente era un vehículo robado.

Los hombres de piel morena registraban la calle. Una sirena de policía silbaba a lo lejos; parecía acercarse, indicando que el tiroteo del interior de la fábrica abandonada llamó la atención.

Los tananeses oyeron al parecer la sirena, pero estaban tan poco familiarizados con las costumbres norte americanas que no se percataron de lo que era hasta que el sonido les anunció que se dirigía hacia el lugar.

Entonces se dispersaron como ratas asustadas.

El gigante de bronce deseaba averiguar más sobre el Mullah Místico, antes de informar a la policía. Un momento después, llegó al lado de su <roadster>.

Era un automóvil de largas líneas, fabricado por una casa conocida por sus coches de larga duración. Tan sólo un observador experto conocería que estaba blindado.

Sentándose detrás del volante, se puso un par de anteojos de aspecto singular. Los cristales eran muy grandes, pero tenían la misma forma que una lata de leche condensada. Insertó unas clavijas en los anteojos y al instante se oyó un débil silbido, casi imperceptible.

Acto seguido insertó otra clavija en el tablero. Cualquiera que hubiese estado cerca, habría creído que no había sucedido nada. Ciertamente no aparecieron luces visibles.

Mas para el gigante de bronce, llevando puestos los extraños anteojos, un espacio delante del coche quedaba iluminado. La

luminosidad no se parecía a la luz ordinaria. Los objetos se destacaban en luces y sombras altas e incoloras, como si hubiesen tomado diversos matices de blanco y negro.

El efecto era producido por un reflector montado en la parte delantera de la capota. La luz era invisible a simple vista y su empleo en los faros era posible solamente por medio de los anteojos que el hombre de bronce llevaba.

Usando esta, luz invisible, pudo seguir a la joven y al Khan Nadir Shar.

El «roadster» se deslizaba silencioso como un fantasma por las calles oscurecidas. Dobló a la izquierda, buscando un distrito más solitario.

Llovía mucho. Las gotas, al caer sobre la cabeza descubierta del hombre de bronce, se deslizaban con el efecto peculiar del agua sobre las plumas de un ave. La lluvia no le molestaba.

Enchufó unas clavijas ocultas debajo del tablero y un altavoz empezó a funcionar. De un gancho oculto, descolgó un micrófono, instrumento muy sensible, con un receptor construido de tal forma que, arrimándolo a los labios, podía hablarse sin que nadie pudiese escuchar.

—¿Ha habido suerte? —preguntó.

—Mucha-respondió una voz nasal —. Cruza el puente de Queensborough y dobla hacia el Norte pasando delante del Astoria.

El gigante de bronce siguió las instrucciones. Yendo por calles solitarias pudo marchar a toda velocidad, excepto al cruzar el puente, donde había mucho tráfico y poco espacio.

Casi había cruzado el puente cuando una voz nasal surgió del altavoz de nuevo.

—Una refinería junto al río-dijo —. Te esperamos al principio de la callejuela.

La callejuela era estrecha y presentaba huellas profundas de camiones, pero no parecía haberse cruzado recientemente. Veíanse unos cuantos arbustos sin hojas, pues era otoño. Aunque hacía un relativo calor, había nevado unas cuantas semanas antes.

El individuo que surgió delante del «roadster» era flaquísimo, algo huesudo y tenía un aspecto enfermizo, un aire de haberse pasado la vida en un sótano húmedo y oscuro.

El hombre de aire enfermizo se arrimó al «roadster» y dijo:

—Entraron en esa refinería, Doc. Es un edificio abandonado. Deben haber sobornado al vigilante.

—Excelente labor, Long Tom-felicitó Doc Savage.

El hombre de rostro pálido era el mayor Tomás J. Roberts, parecíase vagamente a un cadáver, pero era muy capaz de zumbar a cualquier hombre tres veces más pesado que él. Era además, un mago de la electricidad.

Otro individuo emergió de la noche, una torre de cartílagos y huesos, casi tan gigantesco como Doc Savage. Tenía una cara larga, de expresión lúgubre y melancólica; el aire de un hombre que acaba de perder a su más íntimo y querido amigo.

Lo más sorprendente del recién llegado eran sus puños enormes, increíblemente voluminosos, compuestos en su mayor parte de hueso y tendones.

—Johnny salió a explorar-comunicó y su voz, aunque procuraba bajarla, semejaba al rugido de un león furioso.

El hombre de los puños de coloso era el coronel John Renwick y su nombre era conocido ampliamente en el mundo de la ingeniería, en cuya profesión había amasado varias fortunas.

Renny, como se le llamaba de ordinario, era también un miembro de los cinco extraordinarios ayudantes de Doc Savage.

EL gigante de bronce condujo el «roadster» fuera de la callejuela, apartándolo a un lugar donde no sería probable que le viesen. Luego todos siguieron adelante.

Johnny les salió al encuentro poco después, apareciendo cual una sombra delgada y oscura en la niebla y en el negror de la noche. Cuando hablaba, empleaba palabras altisonantes.

—¿Es concebible —inquirió—, que estos orientales conjeturen la hipótesis de nuestra invasión en este ambiente que nos rodea?

Renny puso una cara fúnebre.

—¡Virgen, santa! —exclamó:— ¿No hablas nunca en cristiano, sencillamente? A ver, que alguien traduzca eso.

Long Tom dijo con acritud:

—Quiere decir que se pregunta si esos pajarracos morenos, podrían saber que Doc nos había apostado en el fondo de aquella fábrica, para que pudiésemos seguirles.

—¡Diantre! —exclamó Renny—. ¿Por qué no lo dijo? No creo que lo sepan.

—¿Visteis lo que le sucedió a la muchacha y al rey después de marcharse en el «sedan»? —inquirió Doc.

—¡Un rey! —explotó Renny.

—El hombre lleva tatuado en la frente el Sello Sagrado de Tanan, la señal del Hijo de la Divinidad, Dueño y Señor de Diez Mil Lanzas. Emperador de la Mongolia Exterior-explicó Savage.

—Todo eso suena muy pomposo-comentó Renny, moviendo la cabeza en señal de asentimiento.

—Significa que es rey absoluto de Tanan, posiblemente la ciudad más extraña y medieval de Asia-replicó Doc —. ¿Qué le sucedió a él y a la joven?

—Fueron atrapados por los pajarracos morenos mientras esperaban en el «sedan» —repuso Renny—. No llegamos a tiempo para impedirlo. Oímos unos gritos y ruido de pelea; mas, al llegar allí, encontramos a aquel individuo esquelético tendido en el suelo, muerto, al parecer con el pescuezo roto. ¿Qué le sucedió?

—La mano de Mullah Místico-respondió Doc.

—¿Eh? —Renny pestañeó—. No entiendo.

Doc Savage les explicó lo que había visto y oído y lo sucedido. Omitió algunos detalles.

—¡Diantre! —murmuró Renny—. Sin embargo todavía no lo entiendo.

—Tal como sucedieron las cosas-replicó Doc —, no hubo tiempo para escuchar la historia del Khan y de la joven.

Los hombres continuaron avanzando y pronto percibieron el olor especial de la refinería. Llegaron a una alta valla de alambre tan grueso que semejaba una serie de barrotes de hierro.

Permanecieron inmóviles, escuchando. No se oyó ningún sonido, excepto los que provenían de la bahía lejana. Luego un tren aéreo gimió a lo lejos.

—Esperad aquí-ordenó Doc.

Saltar la valla no presentaba ninguna dificultad para el gigante de bronce.

Renny y sus compañeros oyeron gemir el alambre cuando brincó al otro lado; pero después no se oyó la menor indicación de su marcha. Estaba oscuro como boca de lobo.

El gigante de bronce se perdió al instante en el húmedo vacío.

Marchaba con rapidez pero con prudencia para evitar un

contratiempo. Únicamente por el hecho de andar con los brazos extendidos delante de él, no cayó en un pozo abandonado.

Poco después divisó unas luces furtivas, los destellos de una linterna usada con cautela. Dirigióse hacia ellas y pronto distinguió el origen de aquellos dedos luminosos.

Varios hombres trabajaban con grandes llaves inglesas a lo largo de una solera de emparrillado. Quitaban las bocas que estaban sujetas con gruesos pernos.

Un oriental, que dirigía el trabajo, parecía más sabiondo que los otros.

—Es una buena prisión-decía en dialecto tananés —. El acero es grueso y sus gritos más fuertes no se oirán.

Sacaron el último perno; después alza-primaron la plancha de acero ovalada que cerraba el elevado cilindro metálico. E individuo que antes hablara, metió la cabeza y una linterna eléctrica para examinar el interior.

—Ni hecho de encargo-dijo —. Traed a los prisioneros.

Un tananés salió disparado, usando su linterna sorda para no topar con las tuberías aéreas, las puertas y otros objetos de la refinería. Eventualmente levantó el destello y lo proyectó sobre un edificio de ladrillo. Dirigióse hacia la puerta.

Un gigante de bronce descendió sobre él, una mano de largos dedos y fuerza fantástica, le tapó la boca. Un solo golpe abatió y derribó inerte al mensajero. Después de haber fulminado al tananés, Doc Savage se aproximó a la puerta del edificio de ladrillo. Palpando, observó que habían arrancado la cerradura.

Las astillas de las fibras de madera indicaban que fue hecho recientemente.

El hombre de bronce no intentó entrar por la puerta. Se dirigió hacia la izquierda, donde una ventana quedó iluminada de repente por una luz interior. Escudriñó por la ventana.

La habitación interior era mísera y el suelo estaba cubierto de polvo y papeles. No parecía haberse usado desde hacía meses, dando la impresión de que la refinería estaba cerrada desde hacía algún tiempo.

Varios tananeses estaban presentes. Todos, vestidos a lo oriental, presentaban un aspecto aseado.

Un blanco, encorvado de hombros, se hallaba en el centro de la

pieza. Una placa metálica adherida a la grasienta gorra decía: «Vigilante nocturno».

Estaba nervioso.

—Estoy corriendo un grave riesgo-refunfuñó, y sus palabras llegaron débilmente a los oídos de Doc Savage.

—Estás bien pagado por dejarnos usar este lugar para esconder a nuestros prisioneros —le dijo uno de los tananeses.

Aparecieron mas asiáticos, emergiendo de otra habitación. Llevaban a rastras al simiesco Monk y al elegante Ham. Los dos prisioneros iban fuertemente atados por las muñecas.

Ham había logrado conservar su elegante atuendo en magnífico estado. La raya de sus pantalones seguía irreprochable.

Uno de los tananeses trajo unos sacos. Monk pataleó y se debatió pero no consiguió impedir que le pusiesen la boca del saco por encima de la cabeza y lo atasen en el fondo. Ham recibió el mismo irrespetuoso tratamiento.

Monk chilló:

—Condenados herejes, ¿qué vais a hacer con nosotros?

—¡Cállate, mono peludo! —increpó Ham—. El hecho de que quieran que no veamos donde estamos, prueba que no abrigan el propósito de escabecharnos.

Doc Savage se lanzó de repente, con la velocidad de un rayo.

El cristal de la ventana se rompió en mil pedazos. Un acero chispeante atravesó la ventana, pasó por debajo de uno de los tananeses, quien pegó un brinco con extraordinaria rapidez, y se clavó tembloroso, en el zócalo de madera. Era un cuchillo de hoja muy pesada.

El sonido que avisara a Doc fue muy débil; fue el rumor de la tela cuando el brazo que empuñaba el cuchillo se echó atrás para lanzarlo. El tirador fue, sin duda, un guardián apostado en la calle.

Los finísimos oídos del hombre de bronce habrían percibido cualquier rumor, por levísimo que fuese. El atacante debió tirar el arma sobre el perfil de la cabeza de Savage contra la ventana. Una vez dentro Doc avanzó a gatas a lo largo de la pared. Una lámpara de bolsillo enfocó su haz luminoso sobre los ladrillos. El haz luminoso recorrió un trecho y localizó al coloso.

—¡Es el hombre de bronce! —gritó a voz en cuello el tirador del cuchillo.

El gigante divisó un pedazo de ladrillo, lo cogió y lo tiró a la luz. El destello desapareció en la oscuridad.

—¡Ah! —gruñó el tananés.

No, fue tocado.

Dentro de una de las alas del edificio, sin duda las oficinas de la refinería, se levantó un clamor. Por el lado de la ventana aullaban unos cuántos. Las luces iban apareciendo por todas partes, moviéndose rápidamente sus destellos, como fantasmas asustadores.

El vigilante nocturno, que seguramente fue sobornado para que los asiáticos escondiesen a sus prisioneros en la refinería, salió como alma que lleva el diablo a la noche húmeda.

—¡Callaos! —gritó—. Alguien oirá esta zarabanda.

De las puertas principales del edificio llegaban los estampidos de las detonaciones, seguidos de chillidos histéricos. Una voz rugió como un león enfurecido.

¡La voz de Renny! Ayudado por Long Tom y Johnny, trataba de penetrar en los terrenos de la refinería.

Doc Savage persiguió a las sombras, dando vuelta a las oficinas con el objeto de encontrar a Monk y a Ham. El Khan Nadir Shar y la joven Juana Lyndell tal vez fueron llevados allí, también.

Dentro de las oficinas resonaron unas órdenes en la lengua gutural de los tananeses. A continuación, los asiáticos empezaron a moverse de una manera ordenada.

Abandonaban la búsqueda y se reunían en grupo compacto en torno de la puerta.

Uno de los orientales sacó un saco grande, lo abrió y empezó a distribuir caretas antigás sumamente modernas y compactas.

Era evidente que tan sólo dos o tres de los tananeses sabían ponérselas. Pero después de muchas instrucciones acompañadas de maldiciones, consiguieron encasquetárselas.

El gigante de bronce trabajaba cerca y había extraído de sus ropas una cantidad de bombillas llenas de líquido incoloro. Eran bombas de gases estupefacientes.

El contenido de vapor anestésico era eficaz solamente cuando se lo inhalaba. Las caretas antigás lo habían hecho inútil.

En lugar de las bombas de gases, sacó dos latas provistas de una válvula.

Abrió estas y las latas empezaron a producir unos sonidos

sibilantes y débiles.

El hombre de bronce tiró una de las latas hacia los orientales, cuidando de que no cayera demasiado cerca de ellos. La segunda lata la arrojó con fuerza, de forma que pasó por encima de sus perseguidores y cayó al otro lado.

Calculando matemáticamente el tiempo en que tocaría el suelo, gritó fuertemente para amortiguar el ruido de la caída.

El grito provocó una lluvia de plomo que atravesó la noche con penetrantes silbidos. Doc Savage se echó detrás de unas tuberías. Una bala, al estrellarse en las tuberías, salpicó como una gota de agua.

—Alguien oirá el ruido-chilló el vigilante —. ¡No hacer ruido!

Dos de los orientales consultaron en voz baja. Uno se aproximó al vigilante y murmuró algo que Doc Savage no pudo oír. El otro se colocó disimuladamente detrás del guardián.

Doc Savage gritó con voz potente; —¡Vigilante! ¡Cuidado!

El aviso fue dado demasiado tarde, porque el oriental de ojos oblicuos situado detrás del hombre, se inclinó de pronto hacía adelante, entrelazadas ambas manos delante de su pecho. De sus manos emergía la punta de acero de un cuchillo y éste desapareció en la espalda de su cómplice.

El grito del vigilante fue acompañado de una bocanada de sangre. Cayó pesadamente, se retorció presa de convulsiones, luego quedó tendido boca abajo mientras que un chorro rojo emergió de sus espaldas varias veces.

El chorro cesó cuando su corazón quedó paralizado.

—Ya no podemos usar este lugar-dijo uno de los tananeses —. Y este diabólico fantasma blanco-agregó señalando al vigilante muerto—, podría haber hablado, comprometiéndonos.

Unos hombres llegaron corriendo procedentes de las puertas. Eran individuos morenos que corrían frenéticamente, chillando que un fantasma blanco que tenía cien manos les perseguía, junto con un esqueleto que vivía y peleaba de una manera terrible y otro hombre que parecía un cadáver.

Debían ser Renny, Johnny y Long Tom.

Los sucesos se desarrollaron con rapidez vertiginosa. Una pistola automática disparó desde las manos de uno de los ayudantes de Doc.

Las linternas sordas se extinguieron como por arte de magia. Los gritos de los tananeses indicaban que sacaban del edificio a los prisioneros.

Los asiáticos avanzaron hacia Doc y el gigante de bronce, en lugar de batirse en retirada, encontró el puntal de soporte de una tubería y trepó.

Los asiáticos empezaron a pasar debajo de él. Respiraban pesadamente. Uno cayó y los otros le dirigieron insultos y maldiciones. Luego encendieron una lámpara eléctrica para ver por dónde marchaban.

Doc Savage distinguió las formas vagas de los prisioneros, cuyas cabezas iban tapadas con sacos para que no viesen el lugar donde se encontraban.

Contó tres cautivos, pero no pudo ver a todos los que formaban el grupo de aprehensores. La linterna se apagó.

El gigante bronceado se lanzó de cabeza sobre el grupo de tananeses. Los hombres de ojos oblicuos esperaban un ataque, pero no estaban preparados en el caso de que surgiera de arriba.

Un hombre, sobre cuyos hombros aterrizó Doc, cayó al suelo. Resonó un crujido sordo, cuando al individuo se le rompió un hueso.

Savage se mantuvo abajo, golpeando hacia arriba, asiendo piernas. Los hombres cayeron pesadamente, chillando. Quien no conociese a los orientales, habría creído que no pensaban más que en escapar.

Por el contrario, sacaron cuchillos y empezaron a lanzar cuchilladas a diestra y siniestra, sin consideración para sus mismos compañeros.

Resonaron ruidos de pisadas cuando Renny, Long Tom y Johnny se acercaron. Tuvieron la precaución de no encender ninguna linterna.

Doc Savage recogió un cuerpo tendido en el suelo con el que tropezó.

Reinaba una oscuridad intensa. Doc buscó el rostro del hombre. Sus dedos encontraron un saco de cáñamo. Era uno de los prisioneros.

El hombre de bronce estaba cerca de la parte exterior donde los tananeses peleaban furiosamente. Sin soltar al prisionero, se apartó.

Luego dio un tremendo empujón al cautivo, lanzándolo hacia la oscuridad.

Y girando sobre sus talones, se lanzó al centro de la batalla.

Los asiáticos, recobrados de su sorpresa, se habían agrupado y se batían en retirada. Pusieron en juego las linternas eléctricas al mismo tiempo que las pistolas.

Doc, encontrándose enfocado por un fuerte haz luminoso, trató de ponerse a cubierto. El único refugio a la vista era una columna de cemento que sostenía la tubería aérea.

Se agazapó detrás de la columna. Empezaron a saltar fragmentos cuando las balas se estrellaron.

Renny y los otros tuvieron que retroceder también. Usaron sus pistolas automáticas pero los asiáticos se metieron detrás de un alambique, se corrieron de allí hacia unos depósitos de bencina y, en plena huida, pasaron veloces delante de unos recipientes informes.

Renny tenía una lámpara eléctrica y oyendo exhalar un gemido al prisionero que Doc rescatara, proyectó la luz en aquella dirección.

La cinta blanca enfocó un par de piernas que lucían unos pantalones inmaculados. El resto del individuo rescatado yacía detrás de un cajón.

—¡Es Ham! —tronó—. ¡Sus ropas son inconfundibles!

No se entretuvieron, sino que se lanzaron en pos de los tananeses. Éstos eran superiores numéricamente. Doc y sus ayudantes, con el objeto de no descubrir su posición, se abstuvieron de utilizar sus linternas. Esto les retrasó.

Oyeron ruido de metal. Los asiáticos debían estar abriendo una puerta lateral. Breves instantes después, unos motores de automóviles trepidaron; los faros surgieron proyectando largas estelas luminosas y empezaron a moverse.

—Tenían coches preparados para la huída-bramó Renny.

Doc y sus ayudantes llegaron a la puerta. Dispararon unas cuantas balas estupefacientes, pero sin resultado.

Long Tom gritó:

—¡Voy a buscar nuestro coche para perseguirlos!

—¡Es inútil! —respondió el hombre de bronce—. No encontrarías el rastro.

Long Tom regresó de mala gana y volvieron a entrar en la refinería.

Recorriendo el camino por donde huyeron los asiáticos, esperaban encontrar a algunos abatidos por las balas estupefacientes. No había señal de ninguna víctima.

Esos tunantes no perdieron la serenidad-gruñó Renny —. Se llevaron a los que quedaron fuera de combate.

—Celebremos una entrevista con Ham —sugirió Johnny.

Llegaron un momento después al lugar donde se encontraba, el prisionero rescatado por Doc. El individuo deambulaba de un lado a otro, tratando de soltarse las manos. Todavía no había logrado quitarse el saco que llevaba en la cabeza.

—Es Ham no cabe duda-declaró Long Tom —. Eh, Ham, ¿qué averiguaste de esos pajarracos negros? ¿Qué hay tras todo esto?

El hombre encapuchado emitió unos sonidos tartamudeados.

—Está amordazado-dijo Renny.

El ingeniero de los puños colosales se inclinó, intentó desatar el nudo de la cuerda del saco y observó que era difícil. Entonces, con toda calma asió el saco con ambas manos y lo desgarró en dos.

Echó atrás las dos mitades para poner al descubierto el rostro del rescatado.

Renny tuvo una sorpresa. Abrió la boca y al echarse hacia atrás quedó sentado.

—¡Cielos! —exclamó.

El rescatado no era Ham.

Long Tom miró con fijeza al hombre.

—¿Quién demonio es usted? —interpeló.

El hombre era flaco, muy delgado de cintura, pero bastante musculoso.

Vestía con elegancia y, a pesar de su aventura, conservaba sus ropas en estada muy presentable. En estos dos aspectos se parecía a Ham, el elegante abogado que era uno de los cinco compañeros de Doc Savage.

El individuo intentó contestar, pues no estaba amordazado. Pero los sonidos que profería eran ininteligibles. Parecía estar agonizando.

—Sácale esa cuerda de la garganta-murmuró Renny —. Quizá se está asfixiando.

Le aflojaron la cuerda. Luego el hombre cayó de bruces, hundiéndose la cara en un charco de agua. Jadeaba penosamente.

—Se ha desmayado-dijo Doc, levantando al hombre.

A lo lejos oyéronse tres ruidos sordos y rápidos. Parecían disparos.

CAPÍTULO VII

LOS MORENOS-ALBINOS

LOS ruidos eran tiros disparados por una de las pistolas de los asiáticos sobre el neumático delantero de una moto de policía. Los automóviles marchaban a una velocidad que ofendió al policía motociclista.

La llanta delantera de la moto emitió un fuerte silbido. EL agente se debatió con las guías, pero la moto fue a parar a un foso y lo despidió. Nadó unos instantes en el agua que llenaba el foso, salió e intentó usar su revólver.

Pero los coches donde huían los orientales ya estaban demasiado lejos.

Los automóviles-eran dos-siguieron a toda velocidad un trecho, luego doblaron a la derecha y moderaron la marcha.

—Es una acémila el que pone tan sólo espinas en el camino del tigre-murmuró un asiático, el que disparara, sobre el policía motociclista —. El tigre volverá por otro camino.

—Más bruta es quien mata el cachorro del tigre-replicó el otro: —La policía de estos diabólicos fantasmas blancos es un tigre de cuidado.

Monk, que iba en el mismo coche, con la cabeza metida en un saco, rezongó:

—Si alguna vez me encuentro suelto, alguien sabrá lo que es un tigre.

Un hombre se inclinó, escogió el lugar del saco donde debía estar la nariz de Monk, y descargó un puño duro y moreno.

El químico bramó y trató de soltar un puntapié, pero los tenía atados. Reinó cierta agitación mientras le zumbaban hasta el punto en que le pareció que era más conveniente someterse a sus

aprehensores.

Los coches se habían parado.

—Es un leopardo sabio el que cambia de marchas-dijo un asiático.

Se apearon de los dos coches. Frotaron vigorosamente con unos pañuelos casi todas las partes del coche, para borrar las huellas dactilares. Luego avanzaron a pie.

Un poco más adelante había un poste de señales luminosas que aun funcionaba, aunque el tráfico era muy escaso. Los orientales se dispersaron, perdiéndose en la oscuridad, arrastrando a sus prisioneros.

Un momento después, un automovilista, al pararse ante la luz roja, recibió un susto cuando los asiáticos descendieron de repente sobre él, de ambos lados, encañonándole con sus pistolas.

El automovilista, no estando desprovisto de sentido común, levantó las manos. Fue sacado del coche y le golpearon repetidas veces en la cabeza hasta que perdió el conocimiento. Luego lo tiraron detrás de una valla cercana.

Unos diez minutos después, otro conductor sufrió la misma suerte.

Los hombres subieron a los vehículos obtenidos de este modo y se alejaron.

Iban a una velocidad decorosa ahora, para que no se repitiera, el incidente del policía motociclista.

Llovía de nuevo, con mayor violencia, corriendo el agua a torrentes por las calles. Los agentes de tráfico semejaban figuras grotescas y negras en sus impermeables y cascos.

Monk y Ham iban ocultos y amordazados de modo tan eficiente que no podían hacer ningún ruido perceptible fuera de los coches. Los tananeses estaban silenciosos.

Descendieron, finalmente, por una carretera pendiente que conducía a la orilla del río Hudson, debajo de Riverside Drive. Sacaron a Monk y a Ham, les desataron los tobillos y, encañonándoles, les obligaron a avanzar.

Llegaron a un edificio grande y sombrío, sobre el cual un tananés proyectó una linterna eléctrica. Apareció a la vista un rótulo que decía:

CERRADO POR ORDEN DE LA COMISIÓN DE PARQUES

El edificio situado detrás del rótulo estaba envuelto en un profundo silencio; y el haz luminoso, culebreando, enfocó un nombre pintado encima de la puerta:

CLUB DE YATES COSTEROS

Un tananés llamó en voz baja.. Una voz respondió desde la puerta y los asiáticos penetraron en el interior. Monk y Ham ya no estaban encapuchados ni amordazados.

Veíanse grandes señales, ribetes rojos, en las manos y en los rostros de los dos prisioneros. Resaltaban cual bandas de pintura escarlata cuando el destello de una linterna se posaba sobre ellos.

Los tananeses se alinearon a lo largo de una pared, y encendieron las luces de sus lámparas de bolsillo. La oscuridad se tornó en una masa negra y sólida. Aguardaron un momento en silencio.

Luego uno habló con voz hueca, dramáticamente, como quien espera alguna cosa de importancia, de vida o muerte.

—Esperamos tu presencia, ¡OH, tú que moriste antes del comienzo de los tiempos! —anunció.

Y la voz extraña que Monk y Ham oyeron anteriormente cerca del muelle, respondió:

—Mi alma verde está con vosotros. Tornará la forma visible de un rostro.

Monk, al oír esta palabra dio un respingo y giró los ojos hacia el lugar de donde procedía la voz. Al localizarla, dio otro respingo y pestañeó incrédulo.

En el otro lado de la sala, a unos diez metros de distancia, aparecía un rostro verde y luminoso. Las facciones, cosa extraña, no sugerían una procedencia oriental.

La boca se abrió y la lengua semejaba un vago y pálido brote de llamas detrás de los dientes, que relucían, de una manera sobrenatural. Producía el efecto de un fantasma luminoso.

El cabecilla de los asiáticos se arrodilló y tocó con la frente el suelo.

—Mi alma es un gusano que ha sido pisoteado —declaró, nervioso—. Mis palabras vehículos que os transmiten más que malas noticias. Por esta razón, mi espíritu está lleno de tristeza.

Monk observaba al fantástico rostro luminoso. Se esforzó la vista hasta que los ojos le dolieron. Sin embargo, no lograba discernir

una forma, debajo del continente verdoso, como si la cara fuese una cosa incorpórea, algo irreal.

Un encanto se había apoderado de les tananeses. Contenían el aliento.

Tenían las manos entrelazadas apretadas contra la frente. Era sin duda, un gesto de sumisión peculiar de su país.

—Mi alma es una sabandija, mi cuerpo tiembla como el flanco de un ciervo acorralado y mis antepasados esconden el rostro, avergonzados. Pues he fracasado, no he podido cumplir los deseos de El Que Ha Estado Muerto Un Millón de Años, el Mullah Místico-suspiró el asiático —. Voy a relatar los sucesos que me han hundido en el vilipendio...

El relato fue kilométrico, pero al terminar, el tananés había contado la historia de lo sucedido en la refinería abandonada.

—Fuimos unos perros que huimos-se lamentó —. Y este hombre de bronce, este diabólico fantasma blanco, que no es blanco, nos arrebató el tercer prisionero.

—Sois unos perros-asintió la voz macabra del Mullah —. Pero sois unos perros sabios, como los que llegan a una edad madura en las calles de Tanan, porque saben cuándo deben correr y cuándo luchar.

—Ese elogio de tus labios es hermoso-murmuró el otro —. Es como un perfume para nuestras narices, néctar a nuestras bocas y vino en nuestros estómagos. ¿Cuál es tu próximo deseo?

—La muerte del hombre de bronce-indicó el Mullah.

Nadie pareció tener una respuesta preparada. Varios hombres respiraron pesadamente. Un cuchillo cayó de la manga de uno, produciendo un estrépito, y el individuo lo recogió con la expresión de culpabilidad de un chiquillo sorprendido con un cucurucho de caramelos en la clase.

Monk se sentó en el suelo, lentamente. Como si estuviera cansado. No hizo caso de un agudo silbido de su vigilante ordenándole que permaneciese de pie, erguido.

El aprehensor, al parecer, no queriendo armar un tumulto en presencia del horrible continente verde, que seguía suspendido en el aire, se agazapó y apoyó la punta de un cuchillo en la espalda de Monk, en son de amenaza.

El Mullah continuó hablando.

—Este diabólico fantasma blanco, que no es blanco, este Doc Savage, no debe oír el cuento que piensan llevarle la mujer Juana Lyndell y ese camello de corazón blando que es el Khan Nadir Shar de Tanan-dijo la voz hueca —. Hasta, ahora, hemos hecho bastante. El mensajero, Hadim, murió cuando trataba de ver al hombre de bronce. Luego, utilizando al necio del actor, que se vendió por unos cuantos dólares, pillamos a Juana Lyndell y al Khan en nuestra trampa, que dio un buen resultado después de salvar algunas dificultades.

El cabecilla de los tananeses preguntó:

—Pero ¿y nuestro tercer prisionero, el que nos arrebataron?

—No es más que una polilla atraída por la llama-repuso el Mullah.

El jefe de los hombres morenos estaba perplejo.

—Tu sabiduría es demasiado profunda-murmuró —. ¿Quieres hablarnos con palabras sencillas para que tus hijos puedan comprenderte?

—Puedes olvidar al tercer prisionero-explicó el Mullah —. No os preocupéis de él. No le hagáis daño, pues nos será de alguna utilidad.

El cabecilla soltó una risita:

—Tus palabras sencillas nos atraen la luz. Este tercer prisionero es uno de tus servidores.

—No intentes averiguar ni comprender lo que es sabido solamente por El Que Ha Estado Muerto Un Millón de Años-advirtió el Mullah. Monk se contorsionó para escapar del cuchillo que le pinchaba la espalda. Sentía que la sangre manaba debajo de su camiseta. Le pareció que una bardada de moscas caminaba por su piel desnuda. Gruñó, de una manera ininteligible; así pareció a sus aprehensores.

Los sonidos que emitía eran, guturales, y perceptibles. Podían haber sido los murmullos de un hombre que tuviese miedo de hablar.

En realidad, los gruñidos de Monk eran completamente inteligibles, para media docena de hombres del mundo civilizado.

Las palabras eran mayas, la lengua de la raza perdida, que en una época, remota poblara América Central. Era, además, la lengua que Doc Savage y sus cinco ayudantes aprendieron para

comunicarse los unos con los otros, sin que nadie les comprendiese.

Ham oyó las palabras y empezó a moverse con el objeto de aproximarse a Monk. Sus piernas no estaban amarradas como tampoco las de su compañero.

—Conocemos mucho de este hombre de bronce-continuó el Mullah —. Por medio de vuestros ojos, mis servidores, hemos estudiado su institución en esta gran ciudad de los diabólicos fantasmas blancos. Conocemos que aprecia las vidas de sus cinco ayudantes sobre todas las cosas. Aprovecharemos esta oportunidad, pues tenemos en nuestro poder a dos de sus hombres.

Monk exhaló un fuerte suspiro.

Ham propinó prestamente un puntapié al individuo que empuñaba el cuchillo que pinchaba la espalda de su simiesco compañero.

Llevaba zapatos de punta estrecha y el puntapié fue formidable. El asiático se desplomó, recorriendo el cuchillo la espalda de Monk, cortándole las ropas y arañándole la carne.

El coloso chilló:

—¡Podías haber propinado un puntapié mejor, abogadete fullero!

Al mismo tiempo se puso en pie de un brinco, como impulsado por un resorte. Dirigióse derecho hacia la cara fantástica suspendida en el aire.

AL llegar allí, lanzó un terrible puntapié donde el cuerpo debería haber estado.

Su pie silbó a través del espacio vacío. El impulso le hizo girar como una peonza. Perdiendo el equilibrio, cayó al suelo.

No obstante, al caer no apartó sus ojos sobresaltados de la satánica cara.

Observaba un fenómeno extraordinario.

EL sobrenatural resplandor verde, que era el rostro, empezó a amortiguarse hasta, que sus perfiles se desvanecieron, quedando tan sólo una vaga luminosidad. Ésta, igualmente, se esfumó, dejando la sala sumida en una completa oscuridad.

—¡Luces! —tronó una voz en tananés.

Otro asiático gimió:

—¡El que encienda una luz en presencia del Mullah Místico es hombre muerto!

—¡Luces! —chilló el otro—. ¡Acémila! ¡El Mullah Místico se ha convertido en aire! ¡Luces!

Alguien rompió el cristal de una lámpara de bolsillo y un haz luminoso alumbró la sala.

Monk, escudriñando a su alrededor, se quedó de pronto paralizado de asombro al observar que las puertas de la sala estaban cerradas herméticamente y las ventanas tapadas con maderas desde el exterior, de forma que apenas había una rendija.

Y en ninguna parte veíase rastro de la siniestra presencia del Mullah.

Tampoco observó nada que explicase la naturaleza del fantástico rostro verde que estuvo suspendido en el aire en la oscuridad.

Unos tananeses se abalanzaron sobre Monk y el químico retrocedió. Uno se aproximó, empuñando un cuchillo con ambas manos.

Monk lanzó un puntapié. El hombre del cuchillo salió despedido con el rostro, la parte inferior deformada. En el otro lado de la sala, Ham batallaba también, usando tan sólo sus pies.

—¡Tenemos la intención de que sus vidas sirvan de instrumentos del Mullah Místico! —advirtió el cabecilla, en tono imperioso—. No los matéis, El Que Ha Estado Muerto Un Millón de Años no quiere que se destruya a sus instrumentos.

El jurisconsulto cesó al instante la lucha y ladró a Monk:

—¡No seas zopenco, orangután! ¡No piensan matarnos!

Monk gruñó:

—¡Estupendo!

Y acto seguido, dando un salto asombroso, pegó un tremendo puntapié en el pecho a uno de los orientales. Se oyeron ruidos de costillas rotas.

Un tananés se colocó detrás del simiesco químico y le descargó dos golpes en la cabeza con una pistola automática de dos cañones. Monk se sentó en el suelo, con los ojos nublados.

Ataron fuerte a los dos ayudantes de Doc. Volvieron a amordazarlos. Luego uno de los tananeses salió, regresando breves instantes después para avisar que no había novedad.

—Este es un lugar solitario-informó —. Estamos tan solos como el lobo que aúlla en el desierto.

De pronto dio un respingo y se miró las manos. Luego dirigió

una ojeada a sus compañeros.

—¡Mirad! —exclamó con voz ahogada. Todos miraron. En sus rostros aparecieron extrañas expresiones, expresiones de asombro mezcladas de temor. Examináronse repetidamente las manos y se escudriñaron los unos a los otros las caras. Se frotaron con violencia las manos, como si quisieran lavarlas.

Sacaron pañuelos y se restregaron con energía. Finalmente menearon la cabeza lentamente.

Sus manos y sus semblantes se estaban volviendo blancos poco a poco.

Quizá el color era gris cadavérico. El efecto era horrible. Los hombres morenos se habían vuelto blancos. Parecían albinos.

—¡Nos estamos muriendo y, sin embargo, vivimos! —gimió uno.

Algunos se pusieron las manos entrelazadas en la frente y empezaron a llamar fuerte a sus antepasados. Sus voces temblaban de espanto. El cabecilla, evidentemente el más inteligente de la pandilla, habló en voz alta:

—¡Rebaños de borricos! —gruñó—. ¡Esta es la mano del Mullah Místico, cuyos poderes son inescrutables! Ha juzgado conveniente darnos el color de la piel de los diabólicos fantasmas blancos para que le sirvamos mejor sin llamar la atención.

—Verdaderamente, los métodos de El Que Ha Estado Muerto Un Millón De Años son maravillosos-murmuró otro, exhalando un suspiro de alivio.

Monk los miró con fijeza. Sus ojillos brillaban en sus cuencas de cartílagos.

Luego se contempló sus propias manos. También estaban tomando un tinte gris satánico.

Y mientras las contemplaba, emitió por la nariz un fuerte sonido de risita.

CAPÍTULO VIII

EL GRACIOSO

GUILLERMO Harper Littlejohn giró un monóculo envolviendo con su cinta negra el dedo, luego lo desenvolvió con un movimiento de retroceso. Su dedo semejaba un trozo de hueso con una delgada piel pintada encima.

—Los augurios indican la reanimación del individuo, en breve-manifestó.

—¡Hurra! —contestó Renny, en tono lúgubre—. Son las palabras más sencillas que has pronunciado esta última media hora.

Long Tom, que conducía el automóvil a través de la neblina y la lluvia, frunció el ceño y limpió con la palma de la mano la niebla del parabrisas.

Doc Savage se ocupaba del hombre flaco, de cintura delgada, que rescataran de la diabólica pandilla de tananeses.

Localizó varias contusiones en la cabeza, que podrían haber sido producidas por las culatas de unas pistolas. Quizá el efecto de los golpes, añadido a la excitación del rescate, provocara el desmayo del individuo.

Doc le había estado administrando algunos restaurativos desde hacia algún tiempo, pero el hombre tan sólo ahora, daba señales de recobrar el conocimiento. Movióse, sus dedos se reanimaron un poco y su boca se abrió.

Luego parpadeó.

—Ese hombre no es humano-murmuró. Las palabras fueron pronunciadas con claridad. Tenía una voz agradable.

—No es humano-tornó a musitar.

Johnny, Renny y Long Tom cambiaron miradas. Las facciones de Doc permanecieron inescrutables.

—¿De quién está hablando? —susurró Renny.

El individuo se retorció y, finalmente, logró ponerse erguido usando los brazos para apoyarse. Cerró los ojos con fuerza varias veces, abriéndolos ampliamente después de cada esfuerzo.

—¡Uf! —murmuró—. ¡Mi cabeza!

Renny se agachó, destacando la mandíbula, y gruñó:

—¿De quién hablaba cuando despertó?

—Del Mullah Místico-respondió el otro, claramente —. ¿Quién diablo es usted?

Luego giró los ojos en las órbitas, se humedeció los labios y, de repente, se reclinó en el asiento trasero.

—Aleluya-dijo, con sequedad —. ¡Estamos salvados!

Long Tom apartó la vista de la carretera para decir:

—Parece que está loco.

Doc Savage observó atentamente al individuo y preguntó:

—¿Qué día de la semana es hoy?

—Miércoles-respondió el hombre —. Suponiendo, desde luego, que es más tarde de las doce de la noche. ¿No puede hacer algunas preguntas más razonables?

—Tiene la cabeza bastante despejada-murmuró Doc —. ¿Cómo se llama usted?

—Podría llamarme Mahoma o Chiquilín Azul o Colón-respondió el individuo —. Pero, desde luego, no es mi nombre.

Renny arrimó un puño enorme a la cabeza del sujeto. El puño y la cabeza no se diferenciaban gran cosa de tamaño.

El desconocido contempló los nudillos arrimados a su nariz, abrió la boca en son de burla y preguntó:

—¿Qué demonios es eso?

—Eso es lo que avisa a los graciosos-explicó Renny —. Escuche, va a hablar con sentido común o voy a empezar a repiquetear las campanillas en su cantimplora.

—Oprima el botón-indicó el otro —. O váyase al infierno. Elija.

Long Tom volvió la cabeza para preguntar:

—¿Qué le sucede a este pájaro? ¿Está realmente atontado?

Doc Savage dijo:

—AL parecer, el caballero no quiere hablar.

EL automóvil se deslizaba raudo como una centella por el distrito comercial, apartado del barrio de los teatros, donde los

coches eran escasos. Tan sólo percibíase de vez en cuando el ruido de un tranvía o el estruendo de un tren aéreo.

La niebla era negra y espesa; todo estaba reluciente y mojado; el agua penetraba ruidosamente en las alcantarillas y las calles parecían inundadas.

El desconocido miró hacia el exterior y dijo:

—No debió tener una noche como ésta.

Renny rugió:

—Caballerete, ¿va usted a hablar?

El desconocido soltó una risita estridente, luego cerró los ojos como si le hubiesen lastimado.

—Señores, ¿son ustedes obtusos? —inquirió—. No. No hablaré. Me figuraba que ya lo había dado a entender de una manera bastante clara.

Johnny envolvió cuidadosamente en un pañuelo su lente de aumento y se lo guardó en el bolsillo superior de la americana. Era una precaución que solía tomar cuando había peligro de que se le rompiese.

Luego, evidentemente preparado para el caso de que el individuo ofreciese resistencia, empezó a registrarle minuciosamente. Pero el desconocido permaneció impasible.

—Como dicen los secuaces del Mullah Místico: <Es un sabio el que sabe cuándo no debe hacer nada>.

Johnny volvió del revés los bolsillos del rescatado. Examinó las ropas, buscando las etiquetas del sastre. EL resultado fue infructuoso.

—Me registraron, no hace mucho y me desplumaron-informó el hombre.

—¡Valiente fresco! —murmuró Long Tom—. Este sujeto es la personificación de la ambigüedad-declaró Johnny.

—¿Facilita un diccionario con esa frase? —inquirió el individuo.

Long Tom viró el «sedan» hacia el lado del rascacielos donde estaba alojado el cuartel general del hombre de bronce. Oprimió un botón debajo del tablero, haciendo funcionar el reflector que proyectaba una luz infrarroja de que estaban dotados todos los automóviles.

El invisible destello reaccionó a su vez sobre una célula fotoeléctrica conectada a un electromagneto que hacía funcionar la

cerradura de la puerta del garaje.

Long Tom entró con el coche y descendió por la rampa, cerrándose la puerta automáticamente detrás de él.

El mecanismo de apertura era conveniente, porque el «sedan» era blindado; Y no necesitaban apearse para abrir las puertas.

—¿Y tu <roadster>? —preguntó Renny al hombre de bronce.

Doc lo había dejado en la callejuela, cerca de la refinería. Acompañaba a sus ayudantes con el objeto de interrogar al desconocido rescatado.

—No le ocurrirá nada donde está hasta que tengamos tiempo de ir a buscarlo.

El desconocido miraba con curiosidad a su alrededor, pero no despegó los labios. Entraron en un ascensor situado en el fondo de un pasillo. El aparato era de una solidez y velocidad extraordinarias.

Entraron. Doc oprimió un botón y el aparato aceleró su marcha, alcanzando una velocidad fantástica. El desconocido, pillado de sorpresa, cayó al suelo; las otros, conocedores de la marcha del ascensor, conservaron el equilibrio.

El rescatado se incorporó algo corrido; luego asió instintivamente una barandilla cuando el ascensor se paró tan velozmente que pareció quedar suspendido en el aire.

—Esto es más divertido que una montaña rusa-comentó.

—Cállese-avisó Renny —. ¡Ya me está fastidiando demasiada con sus gracias!

—Espera-dijo Doc, cuando Long Tom se disponía a abrir la puerta del ascensor.

El hombre de bronce señaló una pequeña perforación en las puertas corredizas.

Por ella era, posible mirar un espejito colocado en el armazón de la puerta.

Por medio del espejo era posible escudriñar el pasillo.

—¡Diantre! —murmuró Renny.

Un policía se paseaba delante de la puerta del despacho de Doc Savage.

Sin titubear más, el hombre de bronce abrió la puerta y salió al pasillo, seguido del resto del grupo de hombres.

El agente, al reconocer a Doc se le acercó y dijo:

—Míster Savage, el comisario me manda para preguntarle si sabe algo, del oriental encontrado muerto con el cuello roto en el corredor.

El agente estaba algo nervioso en presencia de Doc.

—Diga al señor comisorio que, hasta ahora, el caso es un misterio para mí; Y que tan pronto como averigüe algo, se lo notificaré.

—Bien, mister Savage.

El policía saludó militarmente y se retiró.

Doc entró en su despacho. Luego todos pasaron al laboratorio con su fabuloso surtido de aparatos científicos, sus millares de frascos de productos químicos y el laberinto de alambres eléctricos.

El rescatado giró la vista a su alrededor con manifiesto interés.

—Muy completo-comentó con tono indolente.

Renny se pasó la mano por la cabellera.

—Debemos dar con el paradero de Juana Lyndell y del Khan Nadir-añadió Long Tom.

—Me lo imaginaba-apostilló el desconocido.

Renny le dirigió una mirada ceñuda.

—¿Usted se figuraba qué? —le preguntó.

—¡Qué cara, triste pone usted, abuelo! —murmuró el desconocido.

—Es usted un enigma hegemónico-observó el esquelético Johnny.

—Usted me aturde con esas palabras-repuso el hombre a quien rescataron.

Long Tom, el mago de la electricidad, dijo con viveza:

—¡Estamos perdiendo el tiempo miserablemente! ¿Cómo averiguaremos el paradero de Monk y de Ham?

Cual si fuese a explicarlo, Doc Savage fue al teléfono, descolgó el receptor y empezó a hablar. La bocina estaba provista de un dispositivo en forma de caja que encerraba en parte el semblante y hacía que las palabras fuesen imperceptibles para los que estuviesen en la habitación.

Habló un rato. Luego colgó el receptor.

Long Tom miraba con fijeza, las manos del hombre de bronce.

—¡Doc! —estalló—. ¡Mírate las manos! ¡Y la cara! ¡La piel se te está volviendo blanca!

*****

Amanecía. La niebla se había despejado barrida por un viento frío del Norte y el sol matutino brillaba espléndidamente.

Long Tom había salido a buscar la prensa de la mañana. Regresó breves momentos después. De ordinario tenía un aspecto cadavérico, pero ahora su piel aparecía completamente blanca como el papel.

Doc Savage, Renny, Johnny y el desconocido-que aun no había hablado-aparecían también absolutamente blancos. Discutieran durante las horas últimas de la noche, sobre esta singular palidez.

Pero el hombre de bronce no intervino en la conversación. Al parecer, no le preocupaba el extraño fenómeno y los otros, observándolo, no le molestaron.

Si aquella blancura hubiese sido peligrosa; habría actuado sin pérdida de tiempo, pensaron.

Long Tom depositó su montón de periódicos.

—No hay nada, nuevo en ellos-informó.

—¿Miraste los anuncios? —preguntó Savage.

—¿A santo de qué? —repuso el mago de la electricidad.

Doc Savage echó una ojeada a los periódicos. Desdoblándolos, los extendió sobre la mesa, exhibiendo una página de anuncios.

—El resultado de mi conferencia telefónica-explicó.

—¡Diantre! —exclamó Renny, al observar las páginas exhibidas.

Los anuncios aparecían en tipo negro muy destacado. Todos decían lo mismo:

RECOMPENSA MIL DOLARES POR UN HOMBRE FANTASMA

«Se pagará la cantidad de mil dólares al que facilite alguna información referente al paradero de un hombre de piel anormalmente blanca. Este hombre tiene el rostro de un oriental. Su piel es blanca como una sábana.

Telefonee a esta redacción cuando vea a un hombre de estas características.»

—¡Diantre! —replicó Renny—. ¿De modo que esta piel blanca es obra tuya? ¿Cómo lo hiciste?

—Se trata de un vapor químico-explicó Savage —. Es inodoro e incoloro al principio, pero después de una larga exposición al oxígeno del aire, se vuelve blanco. Es inofensivo.

—¿Pero dónde lo usaste? —insistió Renny.

—En la refinería-respondió Doc —. El producto estaba en dos latas tiradas en tal posición, que los secuaces del Mullah Místico tenían que pasar por encima de ellas.

Long Tom arguyó:

—¡Pero se darán cuenta! No tienen más que teñirse la piel o cubrirla de pintura grasienta.

—No será eficaz-repuso Doc —. Este producto tiñe materialmente todo cuanto se pone en contacto con él. Por ejemplo, examina tus ropas.

Long Tom se miró atentamente la manga de su americana y descubrió que era mucho más clara que el color primitivo.

—De modo que no tenemos más que esperar que alguien vea a uno de esos asiáticos albinos-sonrió.

—Los periódicos tienen órdenes de comunicarnos al instante cualquier noticia-explicó Savage.

El desconocido había escuchado con atención.

—¿Tienen ustedes otros materiales de prestidigitación? —inquirió con sequedad.

Renny le dirigió una mirada fulminante y preguntó:

—¿Qué te parece, Doc, si zarandeo un poco a este pajarraco?

Repicó el teléfono. Llamaban desde una redacción.

—Un hombre de piel albina fue visto hace unos minutos-informaron.

—Deme las señas, haga el favor-rogó Savage.

EL comunicante habló unos momentos.

—Lo siento-dijo Doc —. Ese hombre no era un oriental.

Colgó el receptor.

—¿A quién vieron? —inquirió Long Tom.

—A ti-contestó Savage —. Alguien debe haberte visto cuando bajaste a comprar los periódicos.

El teléfono volvió a sonar. El hombre de bronce-ya no era broncíneo, en virtud del efecto de blanqueo del producto químico-respondió y escuchó.

Colgó el aparato.

Un hombre que había salido a pasear a lo largo del río Hudson, vio a un oriental de piel blanca, entrar en uno de los clubs de yates que el director de parques ordenó cerrar hace unas semanas-comunicó.

Renny dijo con energía:
—¡Vamos!
Media hora más tarde, Doc Savage decía:
—Johnny, tú y Long Tom vigiláis el río. Estos pájaros son muy ladinos. Apuesto a que tienen preparada la huída por el río.
—¡Súper estupendo! —asintió Johnny.
—¿Ese hombre no sabe hablar en cristiano? —inquirió el desconocido, con acento sarcástico.
Renny avisó, indignado:
—¡Cállese, amigo, o de lo contrario voy a hundirle esa carota.
Johnny y Long Tom se pusieron en marcha. Embarcaron en una lancha veloz, estrecha y pesada, provista de motores tan potentes que parecía hundirse cuando no estaba en marcha.
Las hélices lanzaban una especie de gigantesco geiser de espuma, pero producía muy poco ruido pues los motores eran silenciosos. A una distancia de cien metros, la embarcación navegaba a ochenta kilómetros por hora.
Johnny y Long Tom sacaron la lancha a motor del hangar de un aeropuerto y un tinglado de propiedad de Doc Savage, quien lo tenía camuflado de almacén abandonado en uno de los muelles del río Hudson.
Doc Savage abrió la marcha dirigiéndose hacia su automóvil. Se llevaba al desconocido. Usaban otro coche, blindado como todos los de su propiedad.
Sin embargo ostentaban una licencia emitida bajo nombre supuesto. EL coche se puso en marcha silenciosamente.
Renny hurgó con un pulgar al individuo rescatado y le preguntó:
—¿Qué me cuenta de los graciosos, que por demasiado listos, pasan por tontos?
Doc miró al hombre y dijo:
—No hablando, empeora la situación.
—Que discurso más hermoso-sonrió el desconocido.
—Se acabó mi paciencia-murmuró Renny levantando un puño.
La enorme masa de hueso y cartílago parecía a punto de descargar sobre el hombre misterioso para dejarlo sin conocimiento. Pero no fue así.
El individuo ladeó la cabeza a estilo de boxeador. El golpe le pasó rozando.

Luego asestó un puñetazo formidable a Renny.

Ambos se contemplaron mutuamente atónitos; Renny por recibir el golpe tan inesperadamente; el desconocido porque esperaba que Renny se desplomase y no sucedió nada por el estilo. Un instante después, hubo una violenta refriega en la parte trasera del sedán. Resonaban golpes terribles.

Los dos hombres se miraron. Ambos, evidentemente, eran expertos boxeadores, pero había poco espacio en el coche.

Renny, usando su fuerza superior para lanzarlo al piso del automóvil, lo redujo a la impotencia y, luego, de un formidable puñetazo, le dejó sin conocimiento.

—Ese tipo sabe pelear-comentó Renny —. Pero lo que intriga es su manera de actuar. Habréis observado que no ha hecho el menor intento para escapar. Ni siquiera ha preguntado cómo pensábamos clasificarlo.

—Es extraño-asintió Savage.

—¿Qué haremos con él? —preguntó Renny.

En respuesta, Doc sacó una aguja hipodérmica de una cartera del coche.

—Traje esto para el amigo-dijo —. Permanecerá desvanecido hasta que se le administre un estimulante reactivo.

Renny tomó la aguja hipodérmica, se inclinó y se la aplicó al desmayado. El individuo-se movía un poco, indicando que volvía en sí-empezó a respirar más sosegadamente.

—¿Cómo entraremos en ese club de yates? —preguntó Renny—. No podemos entrar como Pedro por su casa.

—Eso es-repuso Doc —, lo que haremos.

Entraremos como Pedro por su casa.

CAPÍTULO IX

CLUB ZAFARRANCHO

EL club de yates costeros era uno de los más antiguos y más distinguidos de Norteamérica; Y había estado enclavado en las orillas del río Hudson desde la época colonial.

Pero el último Ayuntamiento expropió todos los edificios de aquella parte del río con el objeto de abrir un parque. Los propietarios se opusieron enérgicamente y llevaron el asunto a los tribunales; pero el Ayuntamiento ganó el pleito y el club abandonó su antiguo local trasladándose más hacia la parte de la ciudad.

El viejo club esperaba la llegada de los demoledores. Era un blanco edificio de madera que se extendía a lo largo del río, y con el asta de la bandera, no del todo vertical.

Poco después de las ocho un jadeante remolcador escoltaba a una barcaza vacía que se dirigía al muelle del club. Una vez en el muelle, la barcaza fue amarrada de popa y proa para que la pintura no la rozase alguna otra embarcación. No había nadie a bordo.

El lanchón fue atracado y luego el remolcador se alejó río abajo. Dos bateleros saltaron a tierra.

Eran individuos de aspecto mugriento, con las viejas ropas demasiado voluminosas aun para la mañana fría. Llevaban, además, relucientes impermeables que parecían haber estado toda la noche en la niebla y la lluvia.

Dirigiéronse hacia el club y no parecían tener mucha prisa cuando llegaron al pórtico y se sentaron. Uno de ellos ocultaba las manos cuidadosamente.

—Me imaginaba que esa tripulación de salvamento estaría ya aquí-dijo en voz alta, al final.

—Bajemos a tierra nuestras herramientas-rezongó el otro.

Abandonaron el pórtico, fueron a la barcaza y regresaron llevando unos sacos de lona, grandes y mugrientos.

Depositaron uno de éstos en el muelle, otro en el pórtico posterior del club; luego fueron, a la parte delantera y colocaron otro en el pórtico de allí.

Después volvieron a sentarse y reanudaron la conversación.

—Es extraño que la otra tripulación no haya comparecido-murmuró el que escondía las manos.

—Si-asintió el otro —. Echemos un vistazo dentro y veamos si tendremos, mucho trabajo.

Levantáronse y fueron a la puerta. Intentaron escudriñar el interior, pero había unos centímetros de polvo en los cristales impidiendo la visión.

Probaron abrir la puerta, pero ésta resistió. Uno de ellos sacó una llave y empezó a probarla en la cerradura.

La puerta, se abrió de repente. Con la velocidad de una centella, los dos bateleros saltaron al interior. Quizá esperaban esto.

Dentro del club, un hombre chilló atónito. Era un oriental, que en un tiempo tuvo la piel morena, pero ahora era un individuo, más que blanco, albino.

El individuo empuñaba un cuchillo de regulares dimensiones; pero al abrirse la puerta, el cuchillo quedó clavado. Ahora trataba de arrancarlo. Un puño descargó con fuerza sobre la cabeza del asiático que cayó pesadamente, dejando el cuchillo vibrando en la madera. El puño era una cosa seria, tremenda, y pertenecía al batelero que escondiera las manos.

Había dos hombres más dentro, armados de cuchillos.

Los dos bateleros se habían disfrazado hábilmente. Nadie podía confundir su identidad ahora. Eran Doc Savage y Renny.

Los dos hombres armados de cuchillos morenos albinos, vieron que habían dado con la horma de su zapato; pero eran valerosos y no intentaron batirse en retirada. Atacaron lanzando cuchilladas maestras.

Vieron que sus cuchillos llegaban, a los pechos de sus adversarios. Doc y Renny daban la sensación de ser unos enemigos torpes e inofensivos.

Lanzando a centelleante velocidad, uno de los cuchillos, tocó a Doc en la boca del estómago. En lugar de hundirse, dio un sonido

áspero y la hoja saltó rebotando.

Un mazazo descargó en la cabeza del que tirara el cuchillo. El individuo se desplomó inerte. Probablemente no tuvo tiempo de percatarse de que Doc usaba un chaleco acorazado.

El otro moreno-albino hizo un admirable esfuerzo para hundir el cuchillo en el cuerpo de Renny, descubrió demasiado tarde el chaleco acorazado y recibió un golpe fulminante.

Sonaban por todo el edificio una multitud de chillidos tananeses. Daban la alarma.

Doc y Renny dieron una carga. Podría haber parecido temerarias su conducta, pero no sólo llevaban las ropas acorazadas que les protegían el cuerpo, las piernas y hasta parte del cuello, sino que las gorras impermeables no eran las usadas vulgarmente por los marineros, sino cascos de acero tan eficaces como los del ejército.

Un laberinto de pasillos y escaleras apareció ante ellos. Ventanas tapadas con tablas de madera oscurecían aún más el sombrío interior, a pesar de la mañana, espléndida que hacía en el exterior.

En la oscuridad, los morenos-albinos se deslizaban como fantasmas.

Sonaron algunos disparos espaciados.

—¡Monk! —tronó Renny—. ¡Ham! ¿Estáis aquí?

En respuesta a la llamada, empezó una tumultuosa refriega en la parte posterior.

—¡Son ellos! —gruñó Renny.

El ingeniero de los puños colosales y el gigante de bronce se lanzaron resueltos en la dirección de la batalla. Con sus expresiones feroces y la piel albina, parecían verdaderos fantasmas. Unas cuantas figuras espectrales, aparecieron en la oscuridad. Monk y Ham luchaban con tesón, esperando evitar que se los llevaran. A pesar de no poder usar más que las piernas y los brazos amarrados, hacían honor a su fama.

Varios revólveres escupieron llamaradas, despertando ecos ensordecedores sus detonaciones. Las armas automáticas de cañón corto producían unas detonaciones escalofriantes; las balas disparadas con fuerza, eran capaces de atravesarlo todo menos las eficientes corazas de Doc y su ayudante.

Doc y Renny se separaron, agazapándose detrás de unos enormes armarios de acero. Los tananeses, enfurecidos, dispararon

unos cuantos balazos sobre los metálicos refugios. Algunos de ellos cloquearon varias órdenes.

Renny esperaba que dieran una carga y le sorprendió que no lo hicieran.

—¿Qué se proponen hacer ahora? —preguntó en voz alta.

—Tratan de llevarse a los prisioneros-respondió Doc.

Una puerta retumbó en la parte posterior de la sala; luego ésta quedó sumida en un completo silencio.

Doc y Renny se enderezaron simultáneamente, se lanzaron contra la puerta, y la encontraron cerrada por dentro. Renny puso en acción sus puños, golpeando con increíble violencia. La puerta saltó hecha astillas y Doc y Renny salieron.

Se oyó un ruido de pisadas.

—¡A la escalera! —rugió Renny.

—Espera —repuso Doc—. Escucha.

Oyeron carreras en las salas inferiores, luego el ruido de puertas y voces orientales en el exterior.

—Han salido-rezongó Renny.

Doc Savage se desabrochó la americana y se levantó el faldón de su túnica acorazada. Apareció a la vista una cajita que había estado bien protegida.

Se proyectaba de la caja un pomo semejante al de los aparatos de radio y al cual había ajustado un marcador. En un círculo, en torno al disco, había cuatro números. Donde el marcador descansaba, estaba marcado «Cerrado».

Doc giró el disco hacia el primer número.

Se oyó fuera una fuerte explosión, como si alguien hubiese tirado un huevo podrido de un metro de diámetro.

Los morenos-albinos empezaron a chillar y a cloquear como pavos.

—¡Ham! —rugió Renny—. ¡Me parece que no esperaban eso!

Doc Savage no despegó los labios; giró el pomo hacia el número siguiente.

Resonó otra explosión. La primera fue en la parte posterior de la sala; la segunda, en la porción delantera. Unos fantásticos maullidos brotaron de los orientales.

—Ahora es la nuestra-observó Renny, innecesariamente, pues Doc ya corría veloz escaleras abajo.

Salieron disparados del edificio y se encontraron de repente en medio de una numerosa pandilla de hombres que chillaban y se retorcían. Los asiáticos albinos, los que se encontraban junto a la puerta, no presentaban batalla.

Se preocupaban de lo que les había ocurrido.

Parecían haber sido acribillados por miles de agujas o quizá, pillados por una lluvia de perdigones. Gotas diminutas y escarlatas rezumaban de sus pieles, con tal profusión que les daba un aspecto jocoso.

El aire estaba saturado de un olor a pólvora. Una nube de humo de pólvora formaba una especie de niebla sobre el tumulto. Los fragmentos del saco de herramientas que Doc dejara en el pórtico yacían dispersos por todas partes.

Los tananeses empezaron a desplomarse convulsivamente, con la boca abierta y contorsionada.

Renny resopló alegremente y pasó por entre los hombres abatidos o a punto de desplomarse. Las bolsas de herramientas de Savage eran bombas que explotaron eléctricamente, por medio de la radio.

Contenían, no metralla mortífera, sino partículas solidificadas del mismo producto químico que el lechuguino Ham empleaba, para barnizar la punta de su estoque. El producto químico parecía una sal amarillenta.

—¡Diantre! —tronó Renny—. ¡Monk y Ham no están aquí!

Era verdad. Ni el químico ni el abogado se encontraban allí.

Se oyeron fuertes pisadas viniendo del muelle. Un cobertizo tapaba la vista.

Doc dio la vuelta al cobertizo… y casi cayó encima de dos figuras tendidas, ambas atadas y amordazadas.

Eran la muchacha Juana Lyndell y el Khan Nadir Shar. La pareja giró los ojos implorantes hacia el hombre de bronce.

Más adelante, hacia el extremo del muelle, una docena de tananeses corrían hacia la barcaza atracada. Llevaban dos bultos envueltos en lonas, probablemente velas abandonadas que cogieran en el club.

Entre los tananeses, destacábase uno que llevaba la cabeza cubierta. Era una figura alta y flaca que se encorvaba queriendo ocultar su estatura.

Se había tapado la cabeza con la americana. Iba corriendo delante, como si tuviera más ansiedad de escapar que los otros.

En el suelo, delante de Doc, el Khan Nadir Shar levantó las manos. Le habían quitado las sortijas. Logró sacarse la mordaza.

—¡Se llevan a sus ayudantes Monk y Ham! —exclamó en un inglés demasiado correcto—. ¡Capture al individuo que lleva la cabeza tapada con la americana!

Doc Savage corrió hacia el extremo del muelle.

Los tananeses tiraron las dos figuras envueltas que llevaban. Los cuerpos cayeron en el fondo de la barcaza. Los hombres morenos-albinos saltaron a bordo. Uno se posesionó de los mandos. El motor trepidó.

Todos los tananeses, menos dos, hallábanse ahora a bordo. Saltaron a lo alto de la cubierta del entarimado del collado. Esta se rompió, cayendo los hombres sobre el que llevaba la cabeza cubierta.

Éste cayó al suelo pero no se descubrió la cabeza; luego se incorporó y empezó a propinar fuertes puntapiés en las costillas de los dos tananeses que le cayeron encima.

La embarcación movíase ya. La hélice arrojó una columna de espuma.

—¡Maldición! —rugió Renny, y fue a lanzarse en pos de la lancha.

Doc Savage tiró de su ayudante hacia atrás y luego le dio un violento empujón. Renny remolineó, los brazos, dio un salto de campana y cayó al agua. Doc se lanzó al río simultáneamente.

—¡Zambúllete! —gritó Doc—. No asomes las narices.

Resonó un fuerte <chung> cuando una bala tocó al agua. Siguieron otras. La espuma levantada por el plomo se metió en los ojos de Renny. Los tananeses se inclinaban sobre el entarimado del sollado, disparando a la manera errática de los orientales excitados.

Renny llenó de aire sus pulmones y se metió debajo del agua. Ahora comprendía, por qué lo empujó Doc y luego él mismo se zambulló. En el muelle habrían perecido.

Encontrando un pilón, Renny se abrazó a él y permaneció bajo el agua hasta que observó que sus pulmones ardían y sus oídos empezaban, a latir al compás de su corazón.

Salió a la superficie, esperando encontrar que la embarcación

había vuelto.

Pero ya no estaba allí. A lo lejos, río abajo, navegaba cómo un inmerso y blanco pato.

La explicación de su precipitada huida fue un gemido que se oía por el río: la gasolinera ocupada por Long Tom. La potente lancha había estado navegando, con la popa bastante hundida. Pero ahora estaba en la superficie, pareciendo que tan sólo las hélices y el timón rozaba el agua.

La lancha a motor se dirigía, veloz hacia el muelle. Aminoró su velocidad, se paró y luego pareció quedar erecta sobre la popa cuando Johnny giró la palanca de contramarcha.

Doc Savage nadó hacia la embarcación y saltó a la borda. Renny asomó la cabeza. Long Tom le asió de las muñecas y de un tirón lo subió a bordo.

Renny cayó sobre cubierta, mascullando maldiciones, y con las ropas chorreando. Cuando se incorporó, la velocidad de la gasolinera era tal que por poco el aire no lo derribó.

Johnny dio vuelta a los silenciadores. Ya era indiferente que se oyera, el ruido de la embarcación. AL abrir el escape libre aumentó la potencia del barco. El río estaba bravo; el casco de la embarcación golpeaba sobre las olas con una serie de fuertes ruidos.

Empezaron a oírse otros ruidos, El parabrisas fue perforado varias veces; volaban las astillas en las brazalas de caoba.

—Sí que nos quieren —comentó Long Tom—. Espero que no lleven nada más peligroso que esas pistolas tananesas.

—Se observa cierta propensión a la salobridad-asintió Johnny.

Había instalado un periscopio que usaba para gobernar.

Balas disparadas desde la barcaza continuaran picando al casco de la gasolinera, pero no producían ningún daño porque la embarcación fue construida, para afrontar una existencia aventurera y violenta.

Estaba acorazada tan pesadamente como lo permitían las circunstancias; bajo la capa de caoba de aspecto inocente había una capa de una aleación de cromo y níquel carbonizada y templada como la plancha de un buque de guerra.

Doc abrió un armario, extrajo otro periscopio y se puso a observar a la barcaza que cruzaba el río, en dirección al Norte.

—Se dirigen a la costa de Jersey-declaró.

Renny, que siempre era muy cauto, asomó la cabeza para echar una ojeada.

—Y llegarán-murmuró entre dientes —. Se adelantaron, cuando Johnny se entretuvo a recogernos.

Durante un momento no se oyó más que la terrible trepidación de los motores y el ruido de las olas.

—¡Se llevan a Monk y a Ham envueltos en lonas! —dijo—. ¡Maldición! ¡Espero que estén aun vivos!

Doc no pronunció palabra. Observaba a la barcaza fugitiva. Dirigíase ésta a una zona de playa, una de las pocas de aquella costa.

A corta distancia de la playa, enclavado en una loma, había un parque de diversiones, cerrado durante el invierno. Presentaba un aspecto de desolación.

La barcaza apenas aminoró su velocidad al llegar a la playa. Los hélices y el timón saltaron. La embarcación se deslizó sobre la arena.

Los tananeses se levantaron, y empezaron a saltar a tierra. El primero que pisó la arena era el hombre de elevada estatura que llevaba la cabeza tapada, con su americana.

Los siguientes morenos-albinos que salieron conducían dos figuras envueltas en lonas.

Johnny enfiló la gasolinera rumbo a la playa. Doc se le acercó, dijo una palabra y tomó los mandos. Luego Johnny, Long Tom y Renny se pusieron, en las brazolas acribilladas por las balas. Sacaron unos escudos de acero ya provistos de troneras e introdujeron por éstas sus pistolas automáticas cargadas de balas estupefacientes. Las pistolas empezaran a tabletear escupiendo llamaradas.

Los tananeses se detuvieron un instante, queriendo presentar batalla. Dos individuos se desplomaran. El hombre alto, de la cabeza cubierta, agitó un brazo y probablemente gritó unas órdenes que no llegaron a oídos de Doc y sus compañeros. La pandilla huyó a la desbandada.

Doc, efectuó una maniobra. Unos cuantos millares de caballos de fuerza gritaron y gimieron. La maquinaria se puso tensa.

La gasolinera se detuvo en seco. El frenar de súbito despidió a los tres hombres. Luego la embarcación varó ligeramente.

Doc, de un salto formidable, pisó tierra. Sus tres ayudantes le seguían, chapoteando. Emprendieron una carrera, usando, las pistolas automáticas.

Disparaban sobre los fugitivos, sin preocuparse de sí tocaban a los hombres secuestrados que iban envueltos en lonas. Las balas estupefacientes no harían ningún daño grave a Monk y a Ham, excepto en el caso rara de que entrasen en contacto con un ojo.

Los tananeses llegaron a una hilera de barracas desiertas y cerradas. La pintura chillona de los barracones había comenzado a caerse. Veíanse papeles y basura por todas partes.

Sorteando los barrancos, los tananeses se detenían de vez en cuando para hacer fuego. Libraban una batalla difícil. Doc y sus ayudantes, con su eficaz coraza, eran invulnerables, salvo el caso de un tiro muy certero.

Los tananeses comprendieron que la huida no sería fácil. Se refugiaron en los barracones, hallando puntos de apoyo para sus pistolas y comenzaron a disparar con mayor precisión.

Renny ladró de sorpresa cuando una bala le estropeó la oreja izquierda.

—¡Tiraos al suelo! —ordenó Doc—. ¡Permaneced aquí!

Renny objetó con voz tonante:

—Pero, Doc, si damos vuelta a ese parque y les cortamos la retirada, podremos…

—¡No os mováis de aquí! —cortó el hombre de bronce.

Tras estas palabras, alejóse arrastrándose, y desapareció poco después tras un gigantesca rótulo que: decía: «Casa de los Espejos». Renny, Long Tom y Johnny, le perdieron de vista.

CAPÍTULO X

DOS HOMBRES ENROLLADOS EN UNAS LONAS

RENNY cargó nuevamente de balas estupefacientes su pistola automática.

Los cartuchos, impermeables, no habían sufrido por la inmersión.

Los compañeros yacían tras un pequeño montículo circundado por una pared de cemento. Tenía unos treinta centímetros de altura y evidentemente servía de soporte de uno de esos aparatos en que un peso asciende cuando se golpea una palanca con un mazo.

Varias balas silbaron par encima de las cabezas de los ayudantes de Doc Savage, salpicándoles de tierra húmeda.

Renny buscó con la vista a su jefe, pero no se veía señal del hombre de bronce.

—Doc debe haber ido a dar la vuelta, para atacar por detrás-observó.

—Lo más probable es que trate de liberar a Monk y a Ham, para que estos pajarracos no los maten-opinó Long Tom.

—Ojalá que atrape al sujeto de la cabeza cubierta-murmuró Johnny —. Creo que ese caballero es el Mullah Místico.

Renny y Long Tom miraran al delgado geólogo. Johnny no había usado palabras vulgares desde hacía algún tiempo. Pero el eminente geólogo tenía la costumbre de saltarse el diccionario científico en las situaciones críticas.

—¡Mirad! —estalló Renny, de pronto.

Apuntó con un brazo que parecía una viga.

Varios tananeses cruzaban a toda velocidad un espacio abierto. Arrastraban a los dos hombres envueltos en las lonas. Corrían frenéticamente, agachados; luego se zambulleron en un barracón

grande y circular.

—¿Qué hacemos? —rezongó Renny—. Doc se fue por el otro lado.

—Nos ordenó que no nos moviésemos-dijo Long Tom, rechinando los dientes —. Pero, esos son Monk y Ham.

—¡A ellos! —rugió Johnny, irguiéndose.

Echaron a correr hacia la izquierda. Un tananés disparó sobre ellos. Una ráfaga de la pistola de Long Tom le obligó a ponerse a cubierto.

Renny llegó al costado del barracón circular. Johnny y Long Tom le seguían, pisándoles los talones. Distinguieron entonces el rótulo que decía:

EL MUNDO PREHISTÓRICO

Corriendo velozmente, Renny llegó a una puerta lateral. Estaba cerrada con pestillo y candado, poco sólido. El ingeniero de los puños monstruosos enfundó la pistola, asió el candado con ambas manos y lo retorció.

Sus manazas eran bloques de tendones, sus brazos vigas en los que los tendones sobresalían como cañones de fusil. Con ruido de chirridos y de astillas, las grapas de hierro saltaron. Empujó la puerta y entraron. Había un biombo metálico para impedir que los clientes gratuitos viesen al otro lado de la puerta. Dieron la vuelta.

—¡Virgen Santa! —tartamudeó Renny, retrocediendo despavorido.

Reinaba una intensa oscuridad en el barracón, pero se reflejaba una lucecita a través de la puerta que habían abierto. La luz mostraba de cerca una visión asombrosa.

Un monstruo fantástico aparecía erguido sobre sus patas traseras. La horrenda figura tenía unos seis metros de altura, patas gigantescas, un cuerpo horrible cubierto de escamas del tamaño de un plato, cabeza con mandíbulas abiertas y predominantes y colmillos enormes, de los cuales fluían gotas de sangre imitada en cera roja, a la perfección.

Los cortos brazos delanteros del monstruo se extendían delante de los colmillos, asiendo lo que parecía ser el cuerpo mutilado de un hombre peludo y siniestro.

—¡Uf! —resopló Renny—. ¡Creí que era el cuerpo de Monk!

El monstruo era una de las exhibiciones del parque y el hombre

sujeto en las garras un objeto de papel y cera, destinado, sin duda, a representar al hombre prehistórico.

Veíanse otros titanes prehistóricos. Había un brontosauro de largo pescuezo, con un asombroso aire burlón en su cara serpentina; otro tiranosauro, parecido al que representaba al hombre prehistórico; también varios dinosauros; y suspendido del techo, en una inmovilidad que parecía estar vivo, varios pterodáctilos volantes.

Estos últimos, especie de murciélagos pelados, estaban fijados a varios alambres y pistas aéreas. Cuando eran exhibidos, probablemente volaban de un lado a otro en forma calculada para erizar los cabellos de los espectadores.

Oíanse a varios hombres moviéndose cerca de la fachada del barracón. Sonó un rumor de hojas. Esto significaba que alguien había turbado el follaje artificial que formaba parte de la exhibición.

—Vamos-exhaló Renny, bajando con dificultad su vozarrón hasta formar un cuchicheo.

Avanzaron. Era difícil no hacer ruido en aquella jungla artificial. No es que los tananeses ignorasen que se encontraban dentro; la rotura del candado les advirtió. Pero era conveniente que no supiesen de qué dirección surgiría el ataque.

La jungla, era asombrosamente natural y fantástica, estando compuesta de helechos del tamaño de árboles y hierbas que tenían unas briznas de unos cuatro metros de altura. Todo esto había sido fabricado con cierto gusto y estaba pintado de un verde natural.

—¡Valiente lugar! —cuchicheó Long Tom.

—¡Chitón! —amonestó Johnny.

—¿Qué fue eso? —exhaló Long Tom.

Repuso Johnny:

—Me pareció oír algo detrás...

Renny pegó un chillido. Sabían que era Renny, pues no existía otra voz igual a los tonos rugientes del ingeniero de los puños monstruosos. El aullido expresaba un dolor infinito.

En ese momento Johnny sintió un dolor cauterizante en una mejilla. Era un dolor que jamás había sentido en su vida. La acción muscular refleja y un movimiento instintivo le hicieron lanzarse de costado.

Se hundió en un macizo de hierba rojiza y prehistórica. Cayó con gran estruendo.

Sintió el ardiente dolor otra vez. Ahora lo sentía en torno a uno de sus tobillos. Ascendió por su pierna hasta la rodilla, aumentando el dolor hasta volverse casi insoportable.

Se inclinó y golpeó con furia. Sus dedos comenzaron a arder, como si alguna cosa terrible hubiese hecho presa en él.

Escurriéndose, logró sacar unas cerillas, oyó a Long Tom y a Renny gemir y debatirse por su lado. Encendió una cerilla. Sus ojos se desorbitaron.

Había una cosa verde, horrible, parecida a una serpiente enrollada sobre sus tobillos. Otra flotaba en el aire cerca de sus manos.

Y mientras la contemplaba atónito, el horror verde fue hacia sus manos, envolviéndolas, y de nuevo sintió el espantoso dolor.

Golpeó frenéticamente, como un loco. La serpiente verde y nebulosa fue rechazada pero volvió flotando. Le asestó otro furioso golpe, pero erró. EL horror verde avanzó, tocóle el rostro y las aletas de la nariz.

El horripilante dolor le hizo chillar hasta que le faltó el aire de los pulmones; luego, cuando tornó a inspirar el aliento, el horror verde pareció aprovechar la ocasión para zambullírsele en la boca.

Tosió, sintió náuseas, cayó hacia atrás batiendo el aire con los puños, torciéndose y retorciéndose, y sus talones patearon con frenética locura el suelo.

Poco después quedó inmóvil y silencioso. Long Tom y Renny también quedaron quietos.

Doc Savage se hallaba a cierta distancia cuando oyó los gritos de sus tres ayudantes. Los sonidos eran ahogados y no percibió más que los gritos, pues en ese momento pasaba con estruendo un tranvía delante del parque.

EL gigante metálico cruzó cual fantasma por el parque de diversiones. Su piel, gracias al blanqueo químico, parecía más de aluminio que de bronce.

Las tananeses hicieran fuego sobre él. Eran dos y disparaban locamente. La lluvia de proyectiles le obligó a echarse a un lado, tras una instalación de un tiovivo.

Se demoró allí unos minutos hasta que los dos asiáticos

desertaron inexplicablemente de sus puestos y huyeron veloces a través del parque de diversiones.

El gigante salió de su refugio. Tuvo cierta dificultad en localizar el origen de los gritos que oyera. Reinaba un completo silencio.

Hasta que vió el candado arrancado de la puerta del barracón circular, no se percató de que los gritos podrían haber emanado del interior. Acercóse a la puerta y escuchó. El lugar estaba sumido en un completo silencio.

Retrocedió un paso y siguió escuchando. Reinaba una perfecta quietud por todas partes. De pronto, en lo alto de la cuesta, hacía las puertas, se oyó un grito ahogado y un alboroto de tananeses cloqueando.

Echó a correr hacia el lugar con la velocidad de una centella. Mas, antes de llegar a las puertas percibió otros gritos, unos chillidos escalofriantes de uno o dos de sus hombres.

A continuación, el motor de un automóvil rugió; luego retrocedió, la violencia de su ruido indicaba que marchaba a gran velocidad.

Doc llegó a las puertas.

Tres hombres yacían tendidos allí. Uno vestía ropas de paisano y delante de su chaqueta ostentaba una chapa, que decía: —«Vigilante».

Los otros des eran policías de Jersey, vestidos de uniforme.

Dos de ellos estaban muertos, con las cabezas retorcidas hacia atrás, de una manera grotesca, que indicaba tener los cuellos rotos. El tercero se retorcía por el enfangado suelo, remoleando y pegando con ambas manos por encima de la cabeza, como si luchara contra algo invisible.

Su pescuezo se doblaba por espasmos, luego se enderezaba, para volverse a doblar, como si algo o alguien estuviese intentando rompérselo. Sus ojos estaban desorbitados y vidriosos, pero al ver a Doc Savage, trató de hablar.

—El vigilante oyó un tiroteo… nos llamó-jadeó espasmódicamente —. Vinimos… serpientes verdes en el aire… los malhechores huyeron en nuestro coche…

«¡Clac!»

La cabeza del agente osciló hacia atrás, luego hacia delante y quedó colgando como una pelota de un hilo. Un horripilante

temblor recorrió el cuerpo del agente y llegó hasta los extremos de sus piernas y de sus brazos, cayendo luego pesadamente.

Doc Savage llegó de un brinco a su lado, tratando de auxiliar al desgraciado.

Fue inútil. El cuello de la víctima, estaba roto.

Doc Savage permaneció tan sólo unos minutos contemplando a los tres muertos El «clac» que oyera, fue el ruido del cuello al quebrarse.

Todos tenían los cuellos quebrados. No se distinguía ninguna señal de los cuerpos, nada en absoluto que indicase la causa de la horripilante muerte.

Veíase varias casas a alguna distancia de la carretera. Doc Savage corrió hacia una de ellas, entró precipitadamente asustando a la dueña y usó el teléfono.

Llamó a la comisaría de la localidad, dio los números de las chapas de los dos agentes muertos, explicó que fueran asesinados, y que los asesinos huyeron en el coche de la policía.

No dio su nombre, pues no quería que le molestasen con preguntas.

Terminada la conferencia, regresó al parque de diversiones.

AL pasar delante de los tres muertos, se detuvo a examinar los cadáveres.

El examen era profesional; entre las aptitudes de este hombre extraordinario, sobresalía la concerniente a la cirugía, pues este fue su primer y más intensivo estudio.

Terminado el examen, entró en el parque de diversiones y fue al barracón redondo que contenía la exhibición de los monstruos prehistóricos.

Entró con cautela, asegurándose de que no quedaba ningún tananés en el parque. Los desvanecidos por las balas estupefacientes fueran sacados por sus compañeros en su furtivo éxodo, pues no se encontraban allí ninguno de ellas.

Una vez en el interior de la barraca circular, Doc arrancó algunos puñados de hierbas artificiales, juntando las puntas, arrancó un poco de algodón verde y seco que había sido pegado a los agujeros de los grandes helechos para simular musgo.

Metió el algodón en la improvisada antorcha y rascando una cerilla la encendió.

La antorcha iluminó una escena fantástica y horripilante, pues a la luz titilante de la llama, el sobrenatural lugar tomaba un aspecto de realidad que no era natural y los monstruos parecían, dotados de vida.

Las mandíbulas abiertas mostrando los colmillos parecían buscar una presa, mientras que la artificial jungla verde respiraba, un aire de amenaza latente.

El humo de las antorchas ascendía en fantásticos dibujos rizados, enlazándose y entrelazándose, y las hierbas chisporroteaban hasta consumirse.

El musgo se desprendió ardiendo, siendo necesario que Doc se volviese con frecuencia para pisotear los hilos llameantes, por temor a incendiar el barracón. Topó de pronto con dos cuerpos envueltos en lonas. Yacían cerca de la puerta en la parte del interior. Uno era grande, voluminoso, cual si contuviese el armazón de simiesco químico Monk.

EL otro era más delgado, un poco más largo, como si Ham estuviese dentro.

Los contempló unos instantes y entonces sonó el trino fantástico característico del hombre de bronce en momentos críticos o de sorpresa.

El trino, diminuto y poco natural estaba en consonancia con el grotesco ambiente. Y su tonada ondulada podría haber sido el canto de algún ser prehistórico alojado en ese lugar fabuloso.

El trino fue desvaneciéndose y Doc agachándose con presteza, desenvolvió la lona de los cuerpos que cubría.

Dentro había dos maniquíes, compuestos cuidadosamente de estacas y rollos de lona vieja.

CAPÍTULO XI

EL HORROR VERDE

LAS sirenas de los automóviles de la policía chillaban en la cumbre de la colina encima del parque de diversiones.

Doc Savage abandonó precipitadamente el lugar, deslizándose hacia el río y usando su fabulosa fuerza para botar la gasolinera.

Estaba ya en medio del río antes de que el primer agente estuviese en el parque y la presencia de la, embarcación no fue relacionada con los tres muertos tendidos junto a las puertas.

El río Hudson era ancho en aquel punto y Doc usó unos binoculares para examinar el muelle del Club de Yates Costeros Distinguió de pie en el muelle, al Khan Nadir Shar alto y exótico de aspecto, aun desde aquella distancia.

Detrás del Khan, los cuerpos tendidos de la joven Juana Lyndell y varios asiáticos albinos. Estos últimos estaban aún inconscientes de los efectos de la metralla química, pero el Khan debió escapar de los gases.

Doc Savage no puso rumbo al muelle sino que examinó la escena lo bastante para asegurarse de que la policía no había llegado, lo cual no era extraño dado que el club se hallaba en una parte del río poco frecuentado en esta época del año.

Doc fue río abajo, cruzó la costa de Manhattan y atracó en el punto donde dejara su automóvil.

El misterioso individuo que fue rescatado de las manos de los tananeses en la refinería, se encontraba todavía en el coche desvanecido por los efectos de la droga que Doc le administrara. Presentaba el aspecto de un hombre durmiendo. Doc le registró las ropas, cosa que anteriormente hiciera. Practicó el registro con mayor cuidado esta vez.

Las ropas eran caras y habían sido hechas por un sastre de Shanghai, China.

No había nada en los bolsillos del hombre inconsciente ni tampoco nada oculto en las costuras ni en los forros de las ropas.

El gigante de bronce sacó un maletín de la cartera de la portezuela del coche, preparó una aguja hipodérmica, la llenó de un líquido oscuro y la inyectó en el brazo del hombre.

El desvanecido se movió ligeramente, empezó a dar señales de vida, y finalmente se irguió, sentándose. No habló durante un largo rato; —cuando lo hizo, sus palabras fueron claras y sus frases coherentes.

—¡Qué métodos más extraños usa Usted! —dijo con sequedad.

—¿Desea hablar? —preguntó Doc.

—La locuacidad fue siempre uno de mi flacos-sonrió el desconocido —. ¿Qué podemos discutir? ¿El tiempo? Hace frío, ¿eh?

Los fantásticos ojos dorados de Doc Savage se posaron inescrutables sobre el rostro del desconocido, quien por primera vez mostró un vestigio de nerviosidad.

—Puedo administrarle algunas drogas que le obliguen a hablar-le dijo —. Quizá sea necesario.

El hombre hizo una ligera reverencia.

—Creo haber observado que sus métodos son singulares-contestó.

—Es posible que usted calle, porque desconoce la situación-replicó Doc.

El desconocido estudió atentamente las facciones del gigante.

—¿Está usted ayudando a Juana Lyndell? —preguntó—. ¿Me equivoco?

Doc observó el semblante de su interlocutor. Carecía de expresión y el gigante de bronce había realizado un estudio intensivo en las jugarretas que las emociones provocan en los rostros humanos.

—Hasta ahora-dijo —, he estado procurando de auxiliar a mis ayudantes. Me metieron en este asunto. No se me ha dado ninguna explicación de lo que se trata.

—¿Va usted a ayudar a Juana Lyndell? —insistió el hombre.

—Auxilio únicamente a quienes se lo merece-repuso Doc.

El individuo dijo entonces:

—En ese caso no auxiliará a Juana Lyndell.

—¿Por qué no?

—Ella es el Mullah Místico-respondió el hombre, bruscamente.

Doc formuló varias preguntas pero el individuo calló volviendo a su manera jocosa de contestar las preguntas. Observó que el aire era estimulante; que tenía apetito; que el río aparecía bellísimo al sol matutino. No intentó apearse del coche, cuando el gigante de bronce se dirigía hacia el abandonado club.

Dos veces rehusó dar su nombre. Pero esa información fue facilitada a Doc Savage al llegar al club de los yates.

El Khan Nadir Shar le salió al encuentro. El dibujo serpentino tatuado aparecía al descubierto en la frente del potentado oriental, que tenía un aspecto sano y vigoroso.

EL Khan no vió al hombre delgado en el coche de Doc hasta que estuvo cerca. AL distinguir al desconocido dio un respingo. Se llevó la mano a un bolsillo, la introdujo y sacó una pistola, que debió tomar del tananés inconsciente.

—De modo que tuvo éxito-dijo pausadamente.

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó el gigante de bronce.

EL Khan hizo con la cabeza un gesto en dirección del desconocido.

—Oscar Gibson-dijo.

—¿Se llama así? —inquirió Doc.

—Si-asintió el Khan, con un movimiento de cabeza.

—¿Conoce usted de qué se ocupa? —interrogó Doc.

—Muchos hombres lo saben... para su desgracia-respondió el Khan —. Este hombre es...

—¡Miente! —interrumpió Oscar Gibson.

—Este hombre es un agente del Mullah Místico-continuó el potentado oriental.

—¡Es falso! —estalló Gibson—. ¡No puede probarlo!

La frente del Khan se enrojeció en torno al tatuaje de la frente que le señalaba como rey por derecho divino, de Tanan; Un monarca que ejercía un poder absoluto sobre sus súbditos, como sus reales antecesores durante muchas generaciones anteriores a él.

—Este hombre conoce quién es el Mullah Místico, si ese personaje es en realidad un ser viviente, o quizá, yo diría, una

bestia viviente-explicó el Khan, con calor —. Fue en la capital de mi reinado, en Tanan, donde primero recayeron sospechas sobre este individuo; y mis soldados lo detuvieron. Les dijo que era un agente del Mullah Místico. Y luego se escapó.

Oscar Gibson exhaló un gruñido. Se llevó las manos al pecho y se desgarró la camisa y la camiseta. Su pecho quedó al descubierto. El torso ofrecía un aspecto horripilante. En lugar de piel, veíase una extensión ondulante de tejido cicatricial.

—Carbones del fuego del campamento-explicó, rechinando los dientes —. ¡Me los echaron encima, ardiendo, uno a uno! Declaré lo que ellos querían oír, no la verdad.

—El jefe de mis tropas, Mihaf, mandaba los soldados que lo detuvieron-dijo el Khan Nadir a Gibson —. Mihaf manifestó que no se le aplicó ninguna tortura.

—¡Mentira! —replicó Gibson—. ¡Mihaf mintió!

Doc Savage dirigió una mirada penetrante a Gibson.

—Hace unos minutos me dio usted el nombre de la persona que es el Mullah Místico —observó—. ¿Posee usted alguna prueba?

—Tan sólo la convicción-respondió Gibson —. Nada más.

La voz del Khan se tornó de pronto chillona.

—¿A quién nombró? —interrogó.

Doc Savage pareció no haber oído, pues se dirigió hacia el club dando la vuelta hasta que vió a la joven Juana Lyndell.

Entre los tres trasladaron a la muchacha y a los tananeses al club, pues era posible que algún curioso viese las figuras inanimadas, si las dejasen fuera, y llamasen a la policía.

Doc Savage administró unos restaurativos a los asiáticos albinos, atándoles primero, para que no pudieran moverse. Después de que los tananeses recobraron el conocimiento, reanimó a la muchacha.

La joven se recobró de una manera admirable de su desvanecimiento, pues no mostró señales de histeria y no habló hasta que no hubo recuperado pleno dominio de sus facultades.

Oscar Gibson, lanzó una mirada escrutadora a Doc Savage, luego desvió la vista de una manera significativa.

—Una joven extraordinaria —observó sutilmente.

Doc Savage comenzó a hablar, con voz sosegada. No mostró señal de turbación ni de preocuparle el hecho de que sus cinco ayudantes estuviesen en poder de los secuaces del Mullah Místico.

Contó lo sucedido en el parque de diversiones enclavado en la costa opuesta.

—Ahora bien, ¿quién es el Mullah Místico?

El Khan Nadir Shar inclinó ligeramente la cabeza. Respondió:

—¡Un demonio, un monstruo tal como vuestro infierno de los blancos o el <mot ghalat> de mi pueblo, no ha producido jamás! ¡El Mullah Místico es una amenaza para mis súbditos, para mí y para el mundo entero!

—Concreten-rogó Doc Savage.

—Hace muchos años-dijo la muchacha —, mi padre fue a Tanan. Fue el primer blanco que pisó aquellas tierras y el primero que obtuvo permiso para residir allí. Era un comerciante y estableció un negocio que se extendió por Tanan, el desierto y las montañas circundantes. Murió hace cuatro años y…

—La hizo a usted, probablemente, la mujer más rica del mundo-interpeló Gibson, bruscamente. Dirigiéndose a Doc Savage, agregó: —Posee más dinero que los dos hombres más ricos de América juntos.

Juana Lyndell miró fríamente al joven. —Tiene usted unas maneras insoportables-le dijo—. Me gustaría saber quién es usted.

—Es un agente del Mullah Místico-exclamó el Khan, con viveza.

—¡Miente! —gritó Gibson.

—Hablábamos del Mullah Místico-sugirió Doc Savage.

Juana Lyndell volvió la espalda a Gibson.

—Hace más de un año oímos hablar por vez primera, del Mullah-dijo —. Encontraron a un hombre muerto en la calle, un hombre acaudalado, que ocupaba un alto cargo en mi compañía comercial. Hasta unas cuantas semanas más tarde no supimos que el hombre había perdido el juicio por la aparición de un horripilante rostro verde que se le aparecía durante la noche, pidiéndole dinero y amenazándole de muerte si no accedía.

Tras una breve pausa, la muchacha siguió:

—¡Las sumas que le exigían eran enormes! EL hombre era millonario, pero de acceder a aquellas demandas se habría convertido en un mendigo. Es evidente que lo asesinaron porque rehusó entregar el dinero.

El Khan Nadir Shar dijo con brusquedad, con voz henchida de emoción:

—Hablamos únicamente de los ricos. No me preocupo de ellos. Hablemos de los pobres, mis súbditos, que han muerto desde aquel día, hace un año, cuando el Mullah Místico actuó por vez primera.

Juana Lyndell hizo un gesto de asentimiento y continuó:

—Empezamos a oír hablar del Mullah Místico. Las historias que corrían eran horribles, de hombres que murieron víctimas de serpientes verdes, fantásticas, las almas esclavas del Mullah Místico, que realizaban la ejecución. Y las almas de estos hombres se convertían en esclavas del Mullah. Ignoramos cuántos han muerto, pero han sido muchos. Quizá un millar, quizá más. Todos los tananeses están aterrorizados y nadie se atreve a hablar en público del Mullah.

—¿Crímenes sin objetivos? —preguntó Doc.

Juana Lyndell negó con la cabeza.

—Por el contrario, tienen una finalidad bien definida. Solamente los que no creen que el Mullah tiene un poder sobrenatural, que no es humano, son las víctimas. En otras palabras, el Mullah Místico está creándose un imperio invisible fundada en el terror.

»Innumerables millares de tananeses obedecen sus mandatos o el de sus ejecutadores, porque tienen miedo de no hacerlo, ocurren muertes todos los días. Siempre son las mismas, del mismo modo. Son fulminados durante la noche o en la oscuridad. Se les oye chillar. A veces los que acuden en socorro de las víctimas, ven unas cosas verdes y horripilantes en torno de ellos; pero estas apariciones se desvanecen y las desdichadas víctimas quedan siempre con los cuellos rotos.

—Corren rumores de que me van a destronar-intercaló el Khan Nadir —. Llegará un día en que el Mullah Místico tome mi vida con esos horrores que él llama sus almas esclavas. Después extenderá su dominio sobre toda Asia y quizá más allá.

Oscar Gibson, mirando con fijeza a Doc Savage, preguntó:

—¿Qué cree usted de todo esto?

Juana Lyndell le dirigió una mirada fulminante, diciendo:

—¿Me llama usted embustera?

Gibson frunció el ceño.

—Le llamaré a usted lo que se me antoje, querida joven. EL billón, más o menos de dólares que usted posee no me asusta.

—Callará usted hasta que le pregunten —le dijo Doc.

Gibson esbozó una sonrisa.

—No se deje engañar-aconsejó.

El Khan, cual si quisiera, terminar con esta disputa, continuó:

—El terror se ha apoderado de Tanan. No pueden ustedes comprender el horror que se ha desencadenado sobre mi pueblo. Están verdaderamente enloquecidos. Este monstruo, este Mullah Místico, se parece a un demonio invisible, fulmina a todos cuantos se le oponen, exige regalos de dinero, de armas, y mata por medio de sus almas esclavas a los que rehúsan.

—¡A menos que usted conozca el Oriente, es difícil figurarse cómo puede suceder semejante cosa-dijo la muchacha —. En Tanan, la gente es supersticiosa. Durante siglos, han rechazado a los blancos rehusando que se estableciesen allí, lo cual era difícil, pues Tanan es uno de los países más ricos del mundo. Es una tierra extraña, donde aun se desconocen las armas de fuego y donde la espada y la lanza siguen siendo las armas de combate.

Hizo una pausa y miró a Doc Savage, preguntándose hasta qué punto creería la historia que estaba relatando.

—¡Mis propiedades en Tanan corren peligro! —prosiguió—. Muchos de mis más fieles servidores han perecido. Conozco, estoy segura de ello, que yo misma, moriré a menos que se destruya a ese monstruo.

Comenzó a hablar con mayor rapidez.

—Hemos discutido muchos procedimientos para combatir al Mullah Místico-agregó —. Soy rica. El Khan también lo es. Podíamos haber importado un ejército, pero temimos que no daría el resultado apetecido. El Mullah Místico puede reunir miles de hombres y los pasos de las montañas de Tanan podrían resistir al ejército más moderno. Podíamos haber utilizado aeroplanos aunque existen pocos terrenos adecuados para campos de aterrizaje.

»Pero, además-extendió las manos, —el Mullah Místico no es más que un hombre, un rostro verde, horrible en la noche; Una cara que nadie ha podido tocar ni herir aunque, yo personalmente, he vaciado un revólver sobre ella. ¿Cómo podría combatir un ejército a una cosa semejante? Por este motivo hemos venido a buscarle a Usted.

—Yo había oído hablar de usted-terció el Khan —. Su fama es tal, míster Savage, que ha llegado hasta nuestro remoto Tanan.

Pronunció el Khan, estas palabras con acento tan altisonante que, en otras circunstancias, habría recordado a un político adulador.

—Adoptamos toda clase de precauciones, para guardar secreto nuestro destino-añadió la muchacha —. Mas al parecer, ha resultado inútil.

Oscar Gibson la miró de soslayo, con expresión escéptica. Sus maneras indicaban que dudaba de la sinceridad de la joven.

—Está usted muy preocupada por la suerte de sus riquezas-observó, con sequedad.

La muchacha le miró fríamente.

—Estoy interesada en la captura del Mullah Místico por otra razón-repuso.

Gibson enarcó las cejas.

—¿Sí? —murmuró.

—Sí-repuso la joven, con firmeza —. Cuando murió mi padre, se le encontró con el cuello roto, sin explicación alguna de cómo se lo quebró ni otra señal en el cuerpo.

Oscar Gibson dio un respingo, abrió la boca, la cerró después, y lentamente se humedeció los labios. Comenzó a mirar atento el suelo.

Doc Savage le miró, cual si fuera a interrogarle. Pero observó algo en su expresión que hizo que se volviese para ocuparse de uno de los tananeses amarrados.

El cuarto estaba sumido en la oscuridad El tananés dirigió una mirada furiosa al gigante de bronce. Éste habló al prisionero en lengua tananesa, de manera tan perfecta, que el Khan se mostró sorprendido y la joven le miró fijamente.

—¿Quién es el que se llama el Mullah Místico? —preguntó.

El tananés respondió al instante, de una manera insultante.

—Un perro fiel conoce a su dueño-dijo.

—Y es un perro sabio el que encuentra a un nuevo dueño cuando el viejo ya no puede cuidarse de él-replicó Doc.

EL tananés se encogió de hombros, frunció los labios y cerró los ojos.

Permaneció completamente inmóvil, en la actitud de un hombre resuelto a no hablar y resignado a su suerte.

EL gigante de bronce se volvió hacia otro prisionero, pero no le

habló inmediatamente. Se puso en cuclillas junto al individuo y permaneció inmóvil. Al poco, sacó de un bolsillo una cajita plana y la puso ante los ojos del prisionero.

La cajita contenía una herramienta para abrir las cerraduras y otros instrumentos pequeños; pero el prisionero lo ignoraba y, a juzgar por su expresión, se imaginó que había algún horror mortal dentro de la caja.

El Khan Nadir se aproximó y dijo en tono solemne:

—No puede usted persuadir a estos hombres a que hablen. Pertenecen a una tribu montañesa, cruel y guerrera que ha sido un origen de terror durante siglos.

—La naturaleza humana es muy parecida en todo el mundo- repuso Doc —. Observe cómo se desmorona su moral.

El hombre de bronce puso la reluciente cajita delante de los ojos del tananés, obligándole a que la mirase con fijeza. Tan suavemente que al principio apenas se notaba, el fantástico trino del hombre de bronce brotó, al parecer, de la nada, empezando a lanzar sus notas exóticas.

Fue un sonido que parecía irreal y produjo un marcado efecto sobre el tananés. El individuo miró con fijeza y respiró fuertemente.

Lo que Doc Savage hacía parecía magia negra, pero la explicación era sencilla: estaba hipnotizando lentamente al tananés Una vez hipnotizado, podría inducirle a hablar.

El plan no llegó a completarse.

Oscar Gibson chilló de repente:

—¡Cuidado! ¡En el otro lado del cuarto!

El gigante' de bronce levantó la cabeza Unas cosas verdes y horribles acercábanse hacia él. Eran casi transparentes; veía completamente al través de las más delgadas.

Tenían la longitud de su brazo pero algunas eran delgadas como hilos mientras que otras eran gruesas y anchas como el vasto pecho del coloso de bronce.

—¡Las almas verdes! —exclamó Juana Lyndell.

Saltando a un lado y hacia atrás, la joven, se agachó con rapidez y cogió una pistola automática del montón de armas arrebatadas a los tananeses capturados.

Oscar Gibson vió su acción y se adelantó como si fuese a coger a la muchacha. La joven empezó a disparar sobre los horrores verdes.

Gibson se apartó, tomó una de las armas y comenzó a disparar también.

El estruendo de las armas era ensordecedor.

Los horrores esmeraldas eran inmunes a las balas. Avanzaron a lo largo del suelo arrastrándose, algunos por los polvorientos tablones, mientras que otros flotaban en el aire a medio metro del suelo. El color se fundía sorprendentemente con la oscuridad y a veces eran casi invisibles.

Llegaron al primer cautivo amarrado y éste emitió un grito escalofriante y se retorció por el suelo. Los cuerpos serpentinos de color verde siguieron avanzando retorciéndose.

Avanzaban suavemente y a veces espasmódicamente. De nuevo casi se detuvieron. Se amontonaron pareciendo fundirse en cuerpos mayores.

¡Aumentaba el número de los horrores verdes! ¡Ya eran centenares! Danzaban surgiendo de alguna guarida cavernosa del otro lado de la sala, donde era demasiado oscuro para distinguir los detalles.

Juana Lyndell y Oscar Gibson habían vaciado sus armas. Y no habían conseguido nada.

—¡Salgamos de aquí! —gritó la muchacha—. ¡No se las puede herir!

Comenzó a retirarse. El Khan la siguió extendiendo las manos delante de él para resguardarse de los cuerpos verdes.

Doc Savage, en lugar de retroceder hacia la puerta, avanzó y se inclinó un poco hacia delante. Sus ojos dorados hicieron un esfuerzo para examinar de cerca las apariciones verdes.

Oscar Gibson chilló:

—¡Cuidado! ¡Si las toca, lo matarán!

Doc Savage no respondió. Recogió un fragmento de basura del suelo y la tiró.

El proyectil atravesó la mayor de las apariciones de color de abserta, produciendo una ligera perturbación en el cuerpo.

Recogió un trozo de yeso, acercose y lo tiró también. Trataba de descubrir el misterio de aquellas apariciones. Pero la luz era insuficiente. Se introdujo una mano en el bolsillo, buscando cerillas.

Tan absorto estaba en el horror verde que investigaba, que no observó que otros cuerpos de color de oliva se acumulaban a ambos

lados, amenazando cortarle la retirada.

Los prisioneros gritaban como si les arrancasen el alma. Y el ser tocados por los merodeadores serpentinos, comenzaron a retorcerse en las agonías de la muerte. Los cuellos de los primeros afectados empezaron a crujir como si estuviesen en la presa de unos gigantes invisibles.

Doc Savage abandonó la investigación del cuerpo verde grueso y se aproximó al prisionero más cercano. Recogió al individuo, se lo cargó al hombro; luego levantó a dos cautivos más, metiéndose uno debajo de cada brazo.

Avanzó dos pasos hacia la puerta y se detuvo en seco. Los horrores verdes se habían acercado a la pared, cortándole la retirada. Estaba acorralado.

Los cuerpos fantásticos iban cercándole había centenares de ellos. La sala entera parecía haberse vuelto verde.

Uno de ellos se acercó, flotando, hacia Doc Savage. Saltó a un lado. Uno de los tananeses que llevaba se contorsionó y tocó con sus piernas atadas el suelo. AL tropezar, el gigante de bronce cayó sobre una rodilla.

Las otros dos tananeses comenzaron a patalear y revolverse. Era evidente que no querían ser salvados.

Doc Savage los dejó caer. No era posible hacer otra cosa. Necesitaba toda su agilidad para escapar de los horrores verdes. Retrocedió.

Una de las apariciones serpentinas se aproximó. Doc se agachó y la cosa aquella le rozó. Deslizándose hacia atrás casi topó con otra. Le rodeaban por todas partes.

Uno de los tananeses chillaba:

—¡Mirad cómo las almas esclavas de nuestro dueño y señor abaten a este diabólico fantasma blanco!

Repentinamente el gigante de bronce intentó llegar a la puerta, encontrando siempre que tenía la retirada cortada. Dio un salto formidable en el aire.

Se tiró al suelo y empezó a arrastrarse. Golpeó con todas sus fuerzas el yeso de la pared, con la esperanza de abrirse paso. Pero encontró una pared de gruesos tabiques. Evidentemente ampliaron el edificio en alguna época.

El hombre bronceado respiraba fuerte. Era una de las pocas

veces en su vida en que había sido acorralado sin ninguna vía de escape a la mano.

Su situación, parecía desesperada. Empezó a quitarse la americana, a arrancarse las mangas y cubrirse el rostro y las manos.

Se oyó un grito en la puerta. Oscar Gibson entró corriendo. Llevaba una vieja lona y un dril grueso y pesado de unos cuatro metros y medio cuadrados.

—¡Coja esto! —gritó, tirándole la vela a Doc.

El efecto fue sorprendente. Las apariciones verdes fueron cogidas por la vela, lanzadas hacia abajo y hacia un lado.

Gibson lanzó de nuevo la vela hacia delante, volviéndola a recoger y literalmente echó, con un aire producido como soplando con un abanico, los cuerpos verdes a un lado.

—¡Ahora! —gritó.

No era necesario el aviso. El gigante de bronce saltaba a través del espacio despejado por la vela. Juntos, él y Gibson llegaron a la puerta y salieron al exterior.

—Gracias-dijo Doc, quedamente.

Gibson sonrió sin pronunciar palabra.

Probemos el otro lado del club-dijo Doc, con viveza —. ¡Esas cosas partieron de alguna parte!

Atravesaron, corriendo, el fango, chapoteando y resbalando; llegaron al club y dieron la vuelta. Se detuvieron en seco y miraron.

Un gigante apareció ante ellos, un hombre de vasto armazón y huesos tremendos, con unos puños descomunales, desproporcionados hasta con su cuerpo gigantesco.

Se arrancaba una mordaza con unas manos que ostentaban unas horribles señales rojas, como si se las hubiesen quemado con hierros candentes. Tenía más señales rojas por la cara.

—¡Diantre! —tronó cuando se hubo quitado la mordaza.

Era Renny, el ingeniero de los puños colosales.

CAPÍTULO XII

EXÓDO ASIÁTICO

EL gigante de bronce pasó corriendo, delante de Renny, sin pronunciar palabra, dobló otro ángulo y escudriñó la parte posterior del club. El terreno parecía estar más enfangado que nunca.

El barro presentaba varias huellas, algunas hechas por la mañana; otras eran recientes. Conducían a la puerta y también se alejaban.

Doc giró sobre sus talones. Recorrió con la vista el terreno circundante del club. No había barro y a alguna distancia, veíase hierba, el follaje del parque que flanqueaba el río por aquella parte.

La mayor parte de la vegetación visible carecía de hojas; pero acá y acullá se erguían unas siemprevivas, lo bastante profundas para ofrecer un refugio.

Dentro del club, loa gritos agonizaban de una manera espantosa.

Doc regresó corriendo al lugar donde Renny se encontraba.

—¿Cuántos te trajeron del parque de diversiones? —preguntó.

—Cuatro o cinco-respondió Renny.

—¿Estaba con ellos el Mullah Místico?

—Que me cuelguen sí lo sé-contestó el ingeniero —. Entraron por una puerta posterior en el club. Luego salieron, me abandonaron y huyeron. Yo estaba atado y tardé un rato en soltarme.

Indicó un lugar en el barro donde se veían unas cuerdas y añadió:

—Me ataron con eso.

Doc Savage se alejó con rapidez, encontró el rastro de los fugitivos que trajeron a Renny y lo siguió. Las huellas eran claras en el barro, ascendían por una cuesta, pasaban por unos arbustos,

llegaban a un sendero y, finalmente perdíanse, excepto para unos ojos extraordinarios, Doc Savage las siguió hasta una pared que coronaba la colina, junto al paseo del río.

Una multitud de automóviles pasaba continuamente por la calzada. No había esperanza de seguir más la pista de los tananeses. Podían haber tomado un coche; quizá el de ellos, que les esperaba.

Doc regresó para reunirse con Renny. Encontró al ingeniero de los puños descomunales y a Oscar Gibson dirigiéndose miradas feroces.

—Una impertinencia más y le rompo todos los huesos del cuerpo-decía, con fiereza Renny.

—Repito que es muy sospechoso-replicó Gibson.

—Este borrico entrometido-Renny amenazó con un puño a Gibson —, este borrico entrometido piensa que es extraño que esas sabandijas me soltasen.

—Los Secuaces del Mullah Místico no tienen la costumbre de soltar a sus prisioneros-repuso Gibson, con acritud.

—Me soltaron, por una razón muy comprensible-tronó el ingeniero.

—¿Cuál fue ella? —inquirió Doc.

—Han apresado a Long Tom y a Johnny-contestó Renny, ceñudo —. Los conducen a Tanan. Ya han fletado unos aeroplanos y van a partir inmediatamente llevándose a nuestros compañeros.

—¿Cómo sabe usted eso? —interpeló Gibson.

—Me lo dijeron —respondió Renny—. También me dijeron que se lo comunicase a Doc.

—No entiendo por qué harían esto-observó Gibson con viveza.

—Pues hablaron muy claro-dijo Renny —. El Mullah Místico ha recibido bastantes palizas de Doc. No quiere pelear más con él en Nueva York. Simplemente atrapó a dos hombres de Doc y se los ha llevado a Tanan, donde el Mullah puede luchar en su propio terreno. No se trata de una broma.

Juana Lyndell y el Khan Nadir aparecieron por detrás del club. Tenían el rostro horrorizado y caminaban vacilantes.

¡Los prisioneros del club-dijo la muchacha, con voz ronca —, están muertos todos!

Doc Savage permaneció mudo; quizá esperaba la noticia. Tampoco mostró sorpresa Gibson.

Doc preguntó a Renny:

—¿Cómo os atraparon en aquel parque de diversiones?

—Entramos en el barracón del mundo prehistórico, pensando que rescataríamos a Monk y a Ham-respondió el ingeniero, blandiendo con furia los puños —. Las serpientes verdes nos atraparon.

Señaló las marcas rojas que ostentaba en la cara y en las manos.

—Cuando esos monstruos nos tocaban, parecían hacerlo con hierros candentes-continuó —. Quemaban como el fuego. AL cabo de un rato, perdimos el conocimiento.

Oscar Gibson observó en tono incrédulo:

—Pero las almas esclavas usualmente matan a sus víctimas.

—No nos mataron-repuso Renny —. Simplemente nos achicharraron y nos desmayaron. AL recobrarnos teníamos dolor de cabeza y nos sentíamos muy débiles. Estábamos atados y amordazados. Los sujetos que nos apresaron, me dijeron que se lo comunicase a Doc y luego me trajeron aquí. Eso es todo cuanto sé.

—¿Hay alguna señal del paradero de Monk y Ham? —inquirió Doc.

—No —respondió Renny lentamente—. Aquellas sabandijas no dijeron una palabra de ello. Decían que se llevarían a Long Tom y a Johnny.

—¿Les preguntaste por ellos?

—Sí. Y me dieron una trompada.

Sucedió un silencio. AL parecer, el gigante de bronce no tenía nada más que decir y Renny no habló más.

Se encaminaron hacia la puerta del club. Marchaban con paso lento, como si estuviesen envueltos en una mortaja de tristeza. Monk y Ham habían sido sus compañeros durante varios años.

Habían corrido peligros increíbles juntos, se habían salvado las vidas mutuamente en innumerables ocasiones y se habían divertido siempre con las constantes disputas entre Monk y Ham, pues estaban enzarzados eternamente.

Doc Savage llegó a la puerta. Distinguieron varios cuerpos tendidos.

Estaban, contorsionados horriblemente y sus cabezas pendían como si sus cuellos hubiesen sido despojados de sus huesos.

—Cuellos rotos-dijo Renny, con voz ronca —. ¡Es increíble! ¿Qué

cosa infernal hace eso, Doc?

El hombre bronceado no respondió. Penetró en el interior, con cautela, y ojo avizor por si veía alguna señal de los horrores verdes que semejaban serpientes.

Pero no se vió la menor indicación de aquellas apariciones infernales.

Desaparecieron de una manera tan inexplicable como vinieron.

Renny volvió a hablar:

—Es innecesario entretenernos aquí, Doc. Busquemos el rastro de Long Tom y Johnny. Esos orientales quizá se hayan marchado en sus aeroplanos.

El gigante de bronce asintió con la cabeza.

—Los seguiremos. Eso pretendían; pero es lo único que podemos hacer.

El hombre bronceado avanzó hacia una de las puertas que conducían más al interior del club.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Renny.

—Voy a registrar este lugar-respondió Doc —. No hemos tenido tiempo de hacerlo antes. Quizá encontremos algo.

Renny empezó a objetar, luego se calló, comprendiendo lo que su jefe quería decir con «algo»: los cadáveres de Monk y Ham, quizá. Comenzaron a examinar varias salas llenas de basura, a escudriñar armarios que contenían ropas, velas, lonas, remos rotos y hasta un motor oxidado.

Llegaron a un diminuto cuarto que estaba muy oscuro y Doc entró, encendiendo una cerilla. Renny esperó fuera. De pronto se puso tenso.

El famoso trino del gigante de bronce había empezado a oírse breve y denotando sorpresa, más violento que de costumbre. Duró un breve instante.

Renny se lanzó al interior.

Dos figuras yacían tendidas en el armario. EL hombre de bronce las desataba y ellas pataleaban llenas de vida.

—¡Monk! —estalló el ingeniero—. ¡Ham!

Monk, despojado de la mordaza, sonrió:

—Esos pajarracos huyeron antes de que tuviesen tiempo de trasladarnos. Empezaba a creer que no nos encontraríais.

Sus manos y su rostro estaban cubiertas del mismo tipo de

señales rojas que decoraban los puños y facciones de Renny. Ham ostentaba las mismas marcas.

El jurista, libre de la mordaza que le tapaba la boca, escupió con furia y preguntó:

—¿Dónde está mi estoque?

CAPÍTULO XIII

EL AGENTE DEL SERVICIO DE INFORMACIÓN

DOS días más tarde.

El aeroplano llevaba tres motores de más de mil caballos de fuerza cada uno. Volaba a un promedio de quinientos kilómetros por hora.

En ocasiones, cuando el aparato se elevaba mucho, buscando las corrientes de aire estratosférico, la velocidad sobrepasaba los seiscientos.

Las alas del superaeroplano tenían las líneas de corriente en la armadura, el tren de aterrizaje se plegaba automáticamente en pleno vuelo y servía de pontón para amarar. Fuera de la línea de corriente no se veía un alambre.

Reinaba silencio en la cabina. El estruendo de los potentes motores sonaba como un murmullo. El silenciador que funcionaba en aquella cabina era extraordinario. Los ingenieros aeronáuticos de los países más adelantados en esa clase de construcciones habían ido varias veces a examinarlo.

Hacía demasiado calor en el interior de la cabina, aunque había nieve debajo. Parecía que el aeroplano había entrado en otro mundo, pues no se distinguían montañas, ni ríos debajo. Tan sólo se observaba una completa blancura.

No obstante, si el aparato hubiese descendido a una altitud menor, el terreno habría tomado un aspecto terrenal, pues se encontraban encima, de los vastos territorios pantanosos que cubren grandes partes de la Siberia.

Renny se cuidaba de los mandos, procurando remontarse más sin forzar los motores innecesariamente.

Monk y Ham, como de costumbre, disputaban

encarnizadamente.

—¡Cinocéfalo! —bramó Ham—. ¡Te voy a abrir en canal para ver si pareces más humano por dentro que por fuera!

El abogado llevaba un estoque, no aquel con gel, con el cual comenzara a examinar el remolcador «Ballena de Gotham», pues se había extraviado. El que ahora llevaba era una serie que tenía de reserva en sus habitaciones.

Monk, el químico, echó una mirada ceñuda y fulminante a su compañero.

—¡Mucho ruido y pocas nueces! —repuso con sorna—. No pongas las manos encima de ese cerdo, pues de lo contrario te voy a retorcer el pescuezo y luego te colgare a secar.

Entre los dos beligerantes había un observador interesado en la discusión: el cochino favorito de Monk, Habeas Corpus. Se le había dado el nombre de Habeas para fastidiar a Ham.

Era un ejemplar extraordinario de la raza porcina. Habeas Corpus poseía unas orejas enormes, unas patas, un hocico de proporciones generosas; el resto del animal era flacucho.

Habeas Corpus y Monk habían trabado amistad en Arabia hacía muchos meses y era evidente que el animalejo no crecería mucho más. Comía prodigiosamente sin aumentar una onza de peso.

Pero Habeas Corpus había demostrado que, como ejemplar inteligente, no era un marrano vulgar. Aprendía ciertas jugarretas con la facilidad de un perro de circo y Monk se pasaba muchos ratos amaestrándolo.

La causa de la, presente disputa, entre Monk y Ham, era, ciertos estropicios que Habeas Corpus había hecho en la inmaculada maleta de viaje de Ham.

Habeas había roído todo un lado de la valija de piel de vaca.

—A Habeas no le gustan las vacas-explicó Monk —. Cuando compres otra maleta, que no sea de piel de vaca.

—Probablemente será de piel de cerdo-repuso el abogado, rechinando los dientes, mirando de un modo significativo a Habeas Corpus.

El aeroplano topó con una corriente y cabeceó profundamente, de forma que todos tuvieron que asir los brazos, de los sillones para mantener sus posiciones.

—Valiente manera de conducir un avión —comentó Ham.

—Si empiezas a fastidiarme, te arrancaré los brazos y las piernas.

EL Khan Nadir contemplaba la escena con soñoliento interés. Había estado mucho tiempo sin dormir y parecía que iba a empezar a roncar.

Juana Lyndell iba sentada, delante de Oscar Gibson. Ambos miraban hacia delante, sin prestar la menor atención al otro, como si su compañero no existiese.

Renny hizo unos cálculos, escribió unas cifras y unas palabras en un papel y pasó éste atrás.

—Esa es nuestra situación-dijo —. Tendremos que aterrizar en Novo Sibirsk para aprovisionarnos de combustible.

El gigante de bronce, sentado solo en la parte trasera del aeroplano, recibió el mensaje sin comentario, lo leyó y aconsejó:

—Será mejor que mandes un radiograma avisando que preparen la gasolina.

—¿Crees que los hombres del Mullah Místico van todavía delante nuestro? —preguntó Renny.

—Es difícil saberlo-replicó su jefe —. Tenían aeroplanos rápidos.

Doc Savage y sus ayudantes habían efectuado algunas pesquisas antes de partir de Nueva York y averiguaron que dos aparatos cargados de asiáticos de Tanan partieron de un aeródromo de Gotham.

Tuvieron noticias de que los aviones habían aterrizado en Islandia y se habían reaprovisionado de combustible, pistola en mano.

Luego supieron que los aparatos llegaron a Finlandia, donde volvieron a aprovisionarse, a la fuerza. Era el rastro fantástico que el gigante de bronce seguía.

Doc tenía motivos para creer que los tananeses iban delante, pues su aparato, que salió con varias horas de retraso, había encontrado mal tiempo.

Se había desencadenado un temporal de vientos, hasta en la estratosfera inferior donde el veloz aeroplano pudo penetrar.

El hombre bronceado cerró la portezuela del compartimiento de la parte posterior del aeroplano y continuó lo que había estado haciendo: practicando unos ejercicios.

Estos ejercicios, durante un período de años constituían el

secreto de su asombroso desarrollo físico. Los había estado practicando cerca de dos horas, y aun no había terminado. Había practicado la misma rutina intensiva todos los días desde su infancia. No sólo desarrollaba sus músculos, sino sus cinco sentidos también, utilizando para este fin unos aparatos complicadísimos.

La blancura artificial provocada por el agente químico había desaparecido y el color bronceado del gigante había vuelto.

Terminaba sus ejercicios cuando el aeroplano se inclinó bruscamente y el ruido de los motores indicó que iniciaba un descenso. Salió del compartimiento y fue delante.

—Novo Sibirsk-anunció Renny.

Novo Sibirsk, situada sobre el río Ob, era una ciudad típica de Siberia del Sur. El río aparecía a la izquierda, con sus nueve brazos claramente visibles, y el ferrocarril transiberiano perdiéndose en la lejanía.

Distinguíanse grandes edificios, ascensores de granos, molinos de harina, probablemente; y por todas partes se veía la blancura reluciente de la nieve.

Renny paró los motores y abrió las ventanas de la cabina para ver mejor.

Pasaron volando muy bajo, por las afueras de la ciudad.

Apareció el aeródromo, muy moderno y grande. El aire era helado.

Renny aterrizó con pericia en el campo. Unas cuantas ráfagas de las hélices llevaron el aeroplano hacia los hangares y las banderitas que señalaban el emplazamiento de los depósitos de gasolina.

Renny paró los motores cuando estuvo cerca de los hangares. En el silencio, la nieve chillaba bajo las ruedas del aparato; gimió más al frenar. El aeroplano se paró.

Monk se incorporó, estiró sus brazos velludos y anunció:

—Voy a darle un poco de alimento a mi máquina.

Abrió la puerta de la cabina.

De un hangar cercano salió un destacamento de hombres, armados de rifles.

Evidentemente estuvieron escondidos, esperando el momento que el aeroplano aterrizase.

—Esto me huele mal-gruñó Renny.

Oprimió los conmutadores del encendido y los botones del

arranque. Los motores empezaron a trepidar. El aeroplano viró y empezó a moverse.

A la derecha, a la izquierda, delante y detrás, empezaron a surgir más hombres de los montones de nieve que los tractores habían barrido de los senderos del aeródromo. Asieron los extremos de los cables de alambre.

Tiraron de éstos, descubriendo el hecho de que, los cables estaban enterrados en la nieve.

Un cable se interpuso entre las ruedas de aterrizaje, lo bastante alto para pasar por encima de la línea de corriente, donde no se soltaría.

—No pueden sujetarnos-gritó Renny.

Se equivocaba. Los hombres no dependían, solamente de su fuerza física para detener al aeroplano; pues ataron los cabos de los cables de alambre en torno a estacas de acero anteriormente hincadas en la tierra helada.

El aeroplano tembló al tocar las líneas. El cable cedió un poco, menguando el efecto del paro en seco. Luego, el aparato quedó inmóvil, reducido a la impotencia.

Los hombres vestidos de uniforme surgieron corriendo, apuntando con los rifles. Usaban cascos metálicos, del ejército soviético. Sus capotes eran largos y sus botas enormes. No había entre ellos ninguno afeitado.

EL jefe se acercó a la portezuela del aeroplano y levantó la voz.

—¡Salten a tierra! —ordenó en inglés—. ¡Quedan ustedes detenidos!

Monk descorrió furioso una ventanilla y preguntó:

—¿Qué diablos significa esto?

—Tenemos orden de efectuar un registro en su aeroplano-contestó el oficial soviético —. Nos han informado de que han estado tomando fotografías de las zonas fortificadas.

—¿No se proponen hacer más que registrar el aeroplano?

—Exacto-respondió el oficial.

—Proceda pues-dijo el gigante de bronce —. Pero me agradaría conocer quién ha instigado esto. ¿Quién ha informado que hemos sacado fotografías?

Un cablegrama de Omsk-informó el comandante soviético —. Lo firmaba uno que decía llamarse un «Amigo de los Soviets».

Monk exhaló:

—¡El Mullah Místico!

Los soldados subieron al aparato y ordenaron que saltasen a tierra todos los pasajeros.

El oficial y dos soldados practicaron el registro. Examinaron pieza por pieza, del equipaje, sin encontrar nada. Después comenzaron a inspeccionar el aparato, alza-primando con cuidado el maderamen de las paredes para comprobar si se habían desprendido recientemente. No encontraron nada.

Dos soldados subieron a las alas y abrieron las tapas de los depósitos de gasolina. Encendieron unas lámparas de bolsillo y proyectaron sus haces luminosos en las aberturas.

—¡«Shto'»! —exclamó uno—. «E'ta tako'ye»? ¿Qué es eso?

Trataron de introducir el brazo en el depósito, pero la abertura era demasiado pequeña. Finalmente llamaron a un chiquillo que metió un brazo delgado y extrajo, chorreando gasolina y triunfalmente una larga botella de cristal, en la que había un rollo de fotografías.

El oficial las examinó.

—¡«Bes someleyen! —exclamó—. ¡No cabe duda! Son fotografías de nuestra zona fortificada.

Monk chilló:

—Escuche, buen hombre, hay algo misterioso…

—Podrá explicárselo ante el tribunal-interrumpió el oficial, con acritud.

La cárcel era moderna. Hacia un frío terrible en la gran celda blanca. Las paredes desnudas devolvían los ecos de las pasadas del centinela que hacía guardia en el pasillo.

Monk, con una expresión lúgubre en sus facciones, hallábase sentado en un banco y rascaba las orejas de Habeas Corpus, su cerdito.

—No cabe la menor duda-murmuró, con tono de enojo en su vocecilla —. En uno de los campos donde aprovisionamos, alguien metió la botella con las fotografías en el depósito. Algún empleado fue sobornado para realizar la operación. ¡Magnífica situación!

Ham rogó poco amablemente:

—¿Quieres callarte de una vez? Todos comprendemos perfectamente lo sucedido. Pero lo importante es ¿qué vamos a

hacer el respecto?

Monk continuó como si no hubiese oído:

—Es obra del Mullah Místico. No hay duda. Oye: ¿qué hacen loe soviéticos con los espías? ¿Los fusilan?

—Los fusilan en tiempo de guerra únicamente-dijo Doc, con sequedad —. Usualmente los mandan a los campos de concentración de Siberia, por treinta o cuarenta años.

—La idea es agradable-murmuró el químico.

Oscar Gibson estaba de pie en un lado, arrimado a la puerta de la celda, observando por entre los barrotes al centinela. Había hablado muy poco.

En realidad no había hablado más que lo necesario desde la partida de Nueva York. No se trataba de que lo dejaran en paz, pues Monk, Ham y Renny, así como también Doc, intentaron varias veces sondearle.

Pero, en lo concerniente a facilitar alguna información sobre él mismo, tenía las características de una ostra.

Quién era Oscar Gibson y qué relación tenía con el caso del Mullah era un misterio.

Monk levantó el cerdito Habeas Corpus, asiéndole de ambas orejas y lo meció hacia atrás y hacia adelante cosa que Habeas Corpus encontraba muy divertida.

—¿Qué dices, Doc? ¿Intentamos fugarnos? —preguntó.

El gigante de bronce meneó la cabeza lentamente en señal negativa.

Observaba a Oscar Gibson, que seguía apoyado en la puerta. El centinela se había detenido. Se acercó a los barrotes. Oscar Gibson dijo algo. Su voz era tan baja que no llegó a los oídos de Doc Savage.

Luego Gibson se llevó una mano a la boca y extrajo un puente de dientes postizos, la primera indicación de que su dentadura era artificial. Puso el puente de forma que solamente el centinela pudiese verlo.

El respingo del centinela fue muy visible. Gibson dijo alguna cosa más, en ruso, que hablaba con soltura.

El centinela sacó una llave y abrió la puerta.

Monk se reanimó de repente, soltó a Habeas y se lanzó hacia la puerta, con el propósito de tirar a Gibson sobre el centinela y de

este modo abrir una vía de escape.

Pero Gibson actuó con mayor rapidez. Cruzó la puerta, la cerró de golpe y la cerradura automática chirrió.

El químico, que iba lanzado, chocó en la puerta con el hombro, rebotó hacia atrás y echó una mirada fulminante a Gibson:

—¿Qué jugarreta es esta, caballerete? —gruñó.

—Creo que la terminología yanqui apropiada es <Anda y que le zurzan> —respondió alegremente.

Gibson se alejó en compañía del centinela y Monk permaneció parado unos momentos, gruñendo entre dientes.

—Que me cuelguen si entiendo a ese pájaro-dijo, finalmente enojado.

—Es una persona misteriosa —asintió Juana Lyndell.

—Estoy seguro de que es uno de los agentes del Mullah-declaró el Khan Nadir, y la serpiente tatuada en la frente, brilló roja de furia.

Doc Savage escuchaba.

—¡El guardia salió con Gibson! —exclamó—. ¡Ahora es la ocasión!

El hombre de bronce se dirigió a la ventana. Era ésta una abertura por la cual se filtraba muy poca luz, pues la pared tenía metro y medio de espesor.

Los cristales de la ventana estaban en la extremidad exterior, de forma que los prisioneros no podían llegar y usar el cristal para cortar o pinchar.

Los barrotes interiores tenían una pulgada de espesor y estaban incrustados en la piedra. Era imposible arrancarlos con las manos, como Doc comprobó al asirlos y torcerlos; simplemente gimieron en su alojamiento.

Habían registrado minuciosamente a los prisioneros, quienes tuvieron que despojarse de todas las ropas, que luego les devolvieron.

El gigante de bronce llevaba aún su corbata. La tenía floja. Se la sacó, insertó un pulgar en el extremo más ancho y la abrió desgarrándola.

El forro era amarillento, un paño rígido que parecía el forro usual de las corbatas. Sacó el forro.

Se quitó varios botones de la americana incluso los de las

mangas. Los aplastó con sorprendente rapidez y se convirtieron en un polvo parduzco al pulverizarlo entre sus dedos.

Depositó el polvo a lo largo del forro de la corbata, y luego lo lió como si fuese un cigarrillo. Sus movimientos se hicieron más rápidos. Hizo cuatro trozos del largo cilindro que había hecho. Los ató en torno de los extremos superiores e inferiores de los barrotes.

—¿Qué diablo está haciendo? —preguntó Juana Lyndell, intrigada.

Monk sonrió y cloqueó:

—¡Lo comprendo! —Acercóse, metiéndose una mano en el bolsillo—. Me dejaron una cerilla-rió —. Así irá más deprisa.

—En efecto-asintió Doc.

El hombre de bronce rascó cuidadosamente la cerilla, la arrimó a los rollos amarillos del forro de la corbata. Los resultados fueron sorprendentes. Se oyó un fuerte silbido. La celda se llenó de un deslumbrante resplandor producido por la luz de la substancia que ardía. Todos sintieron un calor tremendo.

El hombre de bronce se apartó. La substancia, que había aplicado a los barrotes continuó silbando.

Ardía con violencia que superaba al calor de una antorcha eléctrica. Se produjo la misma titilación. La luz era demasiado fuerte para la vista y se taparon la cara.

—¿Qué es eso? —preguntó Juana Lyndell conteniendo el aliento.

—¿Ha oído hablar alguna vez de la termita? —le preguntó Monk.

—No.

—Pues es una mezcla de limaduras de aluminio y de óxidos de diferentes metales que por inflamación produce elevadísima temperatura —explicó Monk—. Se la usa principalmente para soldar. Ese forro de corbata, estaba impregnado de polvo de aluminio y los botones eran los óxidos. Doc ha mezclado algunos otros agentes químicos para hacerlo más potente. Genera un calor terrible cuando arde.

Doc Savage doblaba su americana, formando una especie de almohadillado.

Usando esto a guisa de protección, se aproximó a los barrotes. Estaban al rojo vivo en los extremos, rojos en medio y se doblaban

ligeramente por su propio peso.

El impacto del gigante de bronce contra el primer barrote rompió a éste.

Hizo saltar el segundo. Usando la americana, quitó la termita y el acero fundido. Luego echó la americana encima de los ardientes extremos de los barrotes, antes de que terminasen de arder o se produjese una llama, se metió dentro de la estrecha abertura de la ventana.

Rompió los cristales del extremo exterior. Había nieve amontonada en el antepecho. Yaciendo dentro de la abertura que semejaba un túnel, miró hacia arriba, asegurándose de que no había centinelas encima de las altas paredes.

Los otros le siguieron. Saltaron al otro lado. Cruzaron un parque donde los árboles se erguían pelados. Sus pisadas precipitadas levantaron nubes de nieve.

Alguien gritó en ruso:

—¡«Stoi»! ¡«stoi»!

—¡Por aquí! —exclamó el hombre de bronce—. Nos gritan que nos detengamos.

Los fugitivos se zambulleron en una aleta que zigzagueaba a través del parque y descendía por una colina en dirección al río Ob. Este les ofreció un refugio. Unas cuantas balas silbaron cerca de ellos.

Los guardias de la prisión gritaron «Stoi» unas cuantas veces más y luego empezaron a tocar una campana, que debía ser tremenda. Sus ecos se oirían sin duda a varias millas de distancia.

La cala estaba helada y llena de nieve; pero en algunas partes había hielo al descubierto. Monk, pasando por una de estas partes con demasiado velocidad, resbaló y cayó, con gran sentimiento de Habeas Corpus, al que llevaba metido dentro de su americana. El cerdito empezó a chillar.

—Pégale en la cabeza-sugirió Ham.

El químico emitió un fuerte resoplido.

Pasaron por debajo de un puente y el conductor de una kareta que cruzaba en este momento, los vió y empezó a gritar a voz en cuello.

Sus gritos asustaron a sus ponies siberianos que echaron a correr de forma que si hubiesen oído los gritos del conductor,

probablemente habrían creído que los dirigía a sus animales.

—Tuvimos suerte-comentó Renny.

Llegaron, a otro puente, lo escalaron y echaron a andar por una carretera.

Breves instantes después divisaron el aeródromo delante de ellos, pareciendo que los hangares eran mucho mayores, debido a la extensión de nieve.

—¡Mirad! —tronó Monk—. Seguimos con suerte. ¡Allí está nuestro aeroplano, con los motores en marcha!

El gigantesco aparato se encontraba en el medio del campo a corta distancia del hangar más próximo, en la mejor posición que hubieran podido desear.

Las tres hélices giraban, y los tubos de escape lanzaban ráfagas de humo.

—Esto no puede ser real-murmuró Renny.

Echaron a correr a toda velocidad hacia el aeroplano. Vigilaban ojo avizor.

Pero no apareció nadie para cerrarles el paso. No sonó ningún grito ni aviso de alarma.

EL hombre de bronce subió de un salto al aeroplano y se acercó a la válvula de los mandos. Los otros se lanzaron al interior de la cabina. Ham ladró algo ininteligible pero se puso contento al descubrir que su estoque yacía en el piso del aparato, donde lo dejara. Se lanzó sobre él. Monk trepó llevando a Habeas por una de sus grandes orejas; luego cerró de un golpe la portezuela.

Doc Savage abrió las válvulas. El aeroplano levantó la cola y cerca de tres mil caballos de fuerza despegaron de una manera centelleante remontándose al sol frío.

Las ventanillas estaban abiertas. EL gigante las cerró. Estaban dotadas de cristales dobles, para evitar la formación de escarcha, y excluir el ruido.

La cabina quedó silenciosa como el interior de un ataúd.

—¡Caspita! —murmuró Renny, lúgubremente—. Casi se nos había terminado la gasolina cuando aterrizamos. ¿Cómo nos arreglaremos para conseguir combustible? Estamos a unas mil millas largas de Tanan.

—Echa una ojeada al tablero-sugirió Doc.

EL ingeniero de los puños monstruosos se acercó, con una

expresión más fúnebre que de costumbre en su larga cara-si esto era posible —y contempló el tablero.

AL principio no vio nada de importancia. Luego exclamó:

—¡Los depósitos están llenos!

Juana Lyndell se aproximó y comentó:

—¡Es extraño! ¿Y no es extraordinario que encontremos el aeroplano con los motores en marcha? Parece que lo han preparado para nosotros.

—Así es-comentó una voz nueva.

Todos se volvieron. La voz sonaba clara e inconfundible, en la cabina.

Todos la reconocieron.

Oscar Gibson, el individuo misterioso, estaba de pie en la parte trasera de la cabina. Sus labios dibujaban una sonrisa burlona y sus ojos brillaban maliciosamente.

—He de advertir que llegué a tiempo al aeródromo para prepararles el aparato-dijo con sequedad —. Tenía la seguridad de que una vez que se extendiera la noticia de que se habían escapado, se dirigirían ustedes al aeródromo. ¿Pero cómo salieron de aquella celda de la prisión? Es una de las más sólidas de Rusia.

No le respondió nadie.

—«¿Usted» hizo que nos preparasen el aeroplano? —preguntó Renny, con acento incrédulo.

Gibson hizo una ligera reverencia.

—Habría dispuesto su libertad también, si me hubiesen dado tiempo.

—¡No le creo! —gruñó Monk—. ¿Quién demonio es usted, después de todo?

Gibson introdujo un dedo entre los labios y extrajo el puente de dientes postizos. Lo volvió, presentando la barra de oro extraordinariamente ancha, para que lo examinasen.

Grabado en la barra aparecía un dibujo conocido. Representaba el martillo y la hoz del Soviet. Leíanse unas cuantas palabras en ruso.

Doc las leyó y estudió el dibujo.

—Servicio de información-dijo.

—Exacto —declaró Oscar Gibson—. Soy un miembro. Mejor dicho, soy uno de los cuatro Oficiales de mayor rango.

—¡Pero usted es inglés! —estalló Monk.

—Nací en Tejas-afirmó Gibson, en tono grave —. Algún día, cuando me canse de la vida de aventuras, regresaré a mis lares. Entre tanto haré todos los esfuerzos imaginables para borrar a una de las más grandes maldiciones que jamás han afligido a la raza humana; el Mullah Místico.

—¿Trabaja usted para los Soviets en este caso? —preguntó Doc.

Gibson asintió.

—Secretamente, desde luego. Los Soviets quieren que reine la paz en Oriente. Este demonio, el Mullah Místico, tiene hambre y sed de poder. Está apoderándose poco a poco de Tanan. Prácticamente ya lo tiene en la palma de la mano. Después de Tanan, vendrán al Tibet, Afganistán, Mongolia, China, y, eventualmente, Rusia.

—Este asunto parece ser de grandes envergaduras —comentó Monk, pausadamente.

—Lo es —asintió Gibson—. Grande y… ¡horrible!

Doc Savage se volvió a la rueda de mando y el gigantesco aeroplano enfiló la nariz al sol remontándole hacia la zona estratosférica inferior.

CAPÍTULO XIV

LA ARAÑA HUMANA

ESTÁ escrito que el Gengis Khan, conquistador mogol del siglo doce, cuyos feroces soldados probablemente marcaron para siempre un record de matanza de prisioneros, cuando tomaron una ciudad de un millón y medio de habitantes, una vez emprendió una campaña contra Tanan, y no pudiendo rendirla, decapitó a los generales responsables del fracaso, ordenando que en sus tumbas se inscribiese el siguiente epitafio:

«Estos son necios, pues toparon, con sus cabezas contra una muralla de piedra, y, sin embargo no se percataron de la muralla hasta que sacrificaron más de cien mil guerreros.»

Si el feroz Gengis Khan volviese de la vida de ultratumba que sus hechos merecían, y visitase Tanan, probablemente se hubiera encontrado más a gusto en Tanan que en cualquier otra parte del globo, pues Tanan no había cambiado mucho desde sus tiempos. Los soldados llevaban aún sus espadas cortas y terribles y armadura; los cañones que poseían-y tenían muy pocos, pues el Oriente inventó la pólvora-eran reliquias singulares, más bien que fusiles, cañones que necesitaban dos hombres para llevarlos.

Disparaban todo lo imaginable, desde una bola de cobre extraído de las riquísimas minas de Tanan, hasta un puñado de guijarros y, en caso de aprieto, diversas monedas tananesas de forma extraña.

No obstante la llegada del aeroplano de Doc no impresionó mucho, pues Juana Lyndell poseía dos aparatos veloces, pilotados por aviadores del cuerpo aéreo chino nacionalista.

Doc Savage y sus ayudantes comprendieron pronto que Juana Lyndell era una joven verdaderamente extraordinaria.

En Nueva York y en la persecución a través del Atlántico norte y

Rusia aparecía como una joven linda y femenina acerca de la cual corrían rumores de haber heredado una colosal fortuna de su padre.

En Tanan resultó que era una verdadera potencia. A decir verdad, Doc Savage comprobó bien pronto que ejercía mayor influencia que el mismo Khan Nadir Shar.

Oscar Gibson, el extraordinario agente del Servicio de información Soviético, lo verificó también.

—La muchacha dicta la política del Khan-declaró —. El Khan es un viejo guerrero bastante simpático, pero no es un estadista. Las fuerzas particulares, organizadas para proteger a las caravanas que ella manda a las regiones montañesas para traficar con las tribus salvajes, son más numerosas que el ejército del propio Khan y están mejor equipadas.

—Sin embargo usted afirmó que ella era el Mullah Místico-le recordó Doc Savage —. ¿Qué le indujo a declarar tal cosa?

—Puedo haberme equivocado. Lo sabré cuando averigüe si su padre realmente murió con el cuello roto, como las víctimas del Mullah.

Tras estas palabras, Gibson, cerró los labios.

Un pelotón de los guardias de la compañía de Juana Lyndell los recibió en el aeródromo particular de la joven. Eran unos cuatrocientos hombres y marchaban con un aire militar que despertó la admiración de Renny.

Juana Lyndell se retiró al compartimiento de la parte posterior del aeroplano y, cuando reapareció vestía las ropas de una tananesa de descendencia real.

El atavío era exótico, consistiendo en una chaqueta de satén bordada, realzada con plata y oro, y una voluminosa falda, con una faja de un verde brillante. El tocado de la cabeza, igualmente regio, lleno de joyas y entrelazado con alambre de oro. Lucía además, unos pendientes enormes.

—¡Está usted despampanante! —elogió Monk.

—Cuando se está en Tanan, es preferible vestir como los tananeses-respondió ella —. Haría usted bien en seguir mi consejo.

Dos horas más tarde, Monk reía a mandíbula batiente, de una manera histérica y finalmente se sentó cansado.

—¡Lo que el abogado petimetre va a llevar! —exclamó—. ¡Eres un verdadero figurín! ¡Tengo que sacarte un retrato!

Ham frunció el ceño y le echó una mirada aviesa. Acababa de ponerse el traje de un caballero tananés, que consistía principalmente en más de una docena de metros cuadrados de un paño grosero envuelto en pliegues en torno de su cuerpo.

Había, varios métodos de plegar. Finalmente dirigió una mirada feroz a Monk y le preguntó:

—¿Cómo sostienes estas cosas encima del cuerpo?

Monk le dijo:

—Que me ahorquen si lo sé. Yo he usado imperdibles.

Una parte del equipo-descubrieron-era un espadín y habían notado que los tananeses lo usaban, no al estilo convencional pendiendo a un costado, sino cruzado encima del estómago, donde entorpecía los movimientos de los brazos.

Se abrió la puerta inesperadamente. Monk y Ham giraron sobre sus talones.

El cerdito, Habeas Corpus, gruñó y chilló, y se zambulló debajo de un banco.

El individuo que acababa de entrar en el cuarto era gigantesco y de facciones siniestras. Tenía la piel oscura y llena de cicatrices, los labios gruesos. Cojeaba pronunciadamente al andar.

Llevaba dos espadines cruzados encima del estómago, en lugar de uno; las empuñaduras se proyectaban a ambos lados, donde podían empuñarse convenientemente.

—«¡Sabah-el-keryr!» —rugió.

—No entiendo ni jota-gruñó Monk —. ¿Y quién diablo es usted para venir a fastidiarnos aquí? ¿Le gustaría que le zumbase un poco ahora mismo?

—Esa no es manera de hablar a un tananés que simplemente lo saludaba al salir el día-repuso, el recién llegado, con sequedad.

El químico tragó saliva dos veces, luego exclamó:

—¡Doc!

—¿Creéis que el disfraz puede pasar? —preguntó el hombre de bronce.

Monk sonrió de oreja a oreja:

—¿Qué es lo primero del programa?

—Voy a dar una vuelta, por las calles-informó Savage —. Renny servirá de guardia personal del Khan Nadir, por el momento. Vosotros dos iréis a todas partes con Juana Lyndell, cuando ella no

esté en sus habitaciones particulares.

Monk resopló:

—¡Lo pesada que me resultará esa tarea!

Ham sugirió:

—Quizá sería mejor que Monk guardase a Oscar Gibson.

—Amigo mío-rezongó su simiesco compañero —, debería sacudirte un poco y despojarte de esa pieza de paño que llevas como traje.

Doc Savage, camuflaba por completo su personalidad con el disfraz tananés que usaba, salió por la puerta.

Su paso remedaba a la perfección el porte de la clase inferior tananesa, un porte adquirido al cabo de años de trepar montañas y seguir a los yaks-bovinos entre los bisontes y los bueyes-de paso lento.

Monk y Ham, llevando sus ropas-mejor dicho su pieza de tela-de acuerdo con todas las reglas de la decencia, aunque poco satisfechos, salieron a buscar a Juana Lyndell. Ahora se encontraban en su casa.

La joven ocupaba un sillón de trono, tallado exquisitamente, en el centro de una vasta sala cuyas paredes estaban cubiertas de tapices.

Celebraba una especie de corte, de audiencia pública. Una sucesión de tananeses pasaba delante de ella, arrodillándose y tocando con la cabeza el suelo, luego hablando rápidamente o respondiendo a las preguntas que la joven les formulaba en la lengua nativa del Tanan.

No obstante, no todos los hombres hablaban tananés. Dos o tres individuos en lugar de tocar con la cabeza el suelo, simplemente mostraban la lengua todo cuanto podían.

Esto-Monk y Ham lo sabían-era una forma de saludo tibetano y reconocieron que los hombrees hablaban esa lengua.

Juana Lyndell les respondió con soltura y Monk y Ham, que entendían ese idioma, comprendieron que eran representantes de la compañía comercial de la muchacha, que informaban a su jefe.

Detrás de Juana Lyndell había dos taquígrafas que tomaban nota de los detalles importantes de la conversación.

Finalmente llegó un hombre que, a juzgar por la expresión del rostro de la joven, dio un informe alarmante.

Ella se volvió hacia los dos ayudantes de Doc Savage.

—Uno de mis empleados de confianza, un hombre que ocupa un cargo que corresponde al de subdirector de una compañía americana, ha estado ausente de Tanan durante el tiempo que yo he faltado-dijo en tono significativo —. Regresó hoy.

Ham había despreciado el espadín tananés que le facilitaran, con su vestimenta nueva. Llevaba su estoque encima del estomago, en lugar de la otra arma.

—¿Cree usted que podría ser uno de los secuaces del Mullah Místico, que estuvo en Nueva York?

—Aquellos individuos eran asesinos-repuso la muchacha —. Este hombre no es de esa clase. Es Shallalah El Auwal, un señor cuyos antecesores han sido jefes guerreros desde los tiempos más remotos de Tanan. Si estuvo en Nueva York, es casi seguro que él es el Mullah Místico.

—¿Qué hacemos? —preguntó Monk, con aire feroz.

—Iremos a hablar con este Shallalah El Auwal-dijo Juana Lyndell, con firmeza —. ¿Dónde está Doc Savage?

—Echando un vistazo por la ciudad-respondió el simiesco químico.

—Entonces iremos solos-dijo la muchacha.

Esto de «solos» resultó algo exagerado. Doscientos hombres armados hasta los dientes los acompañaban, rodeándolos, y un pelotón iba delante, batiendo tambores, gritando y echando a empujones a las calles transversales a los ciudadanos vulgares.

Mas a través de la pompa y el estruendo, los dos ayudantes del hombre de bronce, observaban muchas cosas. Tanan era una ciudad de terror.

Los chiquillos suelen vagabundear por las calles de las ciudades orientales, hordas de desarrapados generalmente. No había ningún niño en la calle ahora.

Tampoco se veían mujeres. Todos los hombres que se veían estaban armados y más de uno se escabulló de una manera que demostraba poseer una conciencia culpable.

Había algo más que demostraba de una manera evidente la situación. A intervalos veíanse montones de piedras por las calles, rodeados de ruedas de oración que giran ruidosa ente movidas por la más leve brisa.

Encima de cada montón de piedras yacía un cadáver y, en todos los casos, el muerto tenía el cuello roto. Algunos de los cadáveres habían estado en sus extraños féretros un número de días, a juzgar por su aspecto putrefacto.

—Comenzaron, a colocar cadáveres en las calles cuando el Khan Nadir se marchó —explicó Juana Lyndell con voz ronca—. Dicen que el Mullan decretó que debía hacerse eso, bajo pena de muerte para los parientes del muerto. Desde luego, el verdadero motivo era aumentar el ambiente de horror que el Mullah Místico está creando.

»El Khan-siguió —, ha prohibido semejante espectáculo y ha ordenado que trasladen los muertos. No obstante, no parece que obedezcan. Esto me hace temer que pronto va a estallar una revuelta, en la que el Mullah tratará de apoderarse del gobierno.

—¿La gente de Tanan seguía muriendo mientras el Mullah se encontraba en Nueva York? —preguntó Monk.

—Si-respondió la joven —. Y aseguran que el Mullah aparecía todos las días, delante de diferentes personas...

—Pero no es posible si él estaba en... —Monk se interrumpió meneando la cabeza. Luego agregó:— ¡No lo entiendo!

Shallalah El Auwal era evidentemente un personaje de importancia, a juzgar por la magnificencia de su morada y el número de sus servidores.

La residencia palaciega cubría algunas hectáreas y estaba enclavada dentro de un vasto patio rodeado de numerosas casitas.

—Es costumbre de Tanan como en muchos países del oriente, que todos los parientes pobres de un potentado vayan a vivir con él-explicó Lyndell —. Los parientes pobres ocupan las casitas.

El mismo Shallalah El Auwal habitaba el imponente edificio situado en la porción central del patio.

Juana Lyndell dirigió su cabalgata hacia el palacio.

—Si ese pájaro es el Mullah Místico, será mejor proceder con cautela-sugirió Ham.

—Tendremos cuidado-asintió la muchacha.

Dio unas órdenes y sus hombres formaron un circulo en torno del edificio central.

Monk y Ham miraban recelosos a la guardia personal de la muchacha, pues observaban cierta desgana en sus maneras, un aire que indicaba, que no merecían gran confianza en un momento

critico.

—Me juego las dos orejas a que estos pajarracos se han pasado a las filas del Mullah-exhaló Monk.

—Parece que todo esto es un barril de pólvora-dijo Ham.

Inesperadamente, del interior de la mansión de Shallalah EL Auwal se levantó un clamor. Oyéronse chillidos y gemidos plañideros. Sonaron algunos gongs.

—Me figuraba, que sucedería algo-anunció Monk, con aire ceñudo —. Están preparándose para dar una batalla.

—¡Esperen! —dijo Juana Lyndell con viveza—. ¡Ha, sucedido algo!

Echó a correr, se detuvo delante de la puerta y llamó repetidamente hasta que le respondieron. Luego volvió al lado de los dos ayudantes de Savage.

—Juzgábamos mal a Shallalah El Auwal —exclamó lentamente.

—¿Qué quiere decir? —inquirió Monk.

—Está muerto-respondió la muchacha.

El clamor y tumulto que se oían en la morada del desgraciado Shallalah El Auwal aumentaba, acercándose a la puerta. Apareció una procesión; varios hombres que iban a la cabeza llevaban una especie de plataforma, sobre la que reposaban los restos mortales de un hombre.

—Shallalah El Auwal-afirmó Juana Lyndell, apartando la vista del cadáver.

Un hombre se aproximó a la muchacha y habló con rapidez. Juana Lyndell tradujo las palabras.

—Shallalah fue amenazado por el Mullah Místico, quien le pidió toda su fortuna-explicó ella —. Shallalah se escapó, haciendo correr la voz de que se había ausentado de Tanan. Hoy, uno de los guerreros de las montañas le mandó un regalo consistente en una linda danzarina y sus encantos le sacaron de su refugio. Fue su muerte.

—Su cuello no está roto-declaró Monk después de examinar de nuevo al muerto —. ¿Qué le mató?

—Una araña humana-respondió la muchacha.

—¿Eh? —Monk estaba perplejo.

—Escuchen-dijo la joven —. Ahora traen a la araña.

Un grupo de mujeres gimiendo apareció en la puerta y tras un

tumulto, salieron al exterior. Eran una docena.

—Las mujeres y bailarinas de Shallalah El Auwal-explicó Juana Lyndell.

Las excitadas mujeres estaban haciendo una cosa extraña. Asían el extremo de unas cuerdas largas. Estas partían del centro como rayos de una rueda.

En el punto central de las cuerdas, veíase atada una joven y linda muchacha tananesa. Llevaba las ropas desgarradas y estaba llena de contusiones y heridas sangrantes.

Una de las mujeres que asía una de las cuerdas cogió un guijarro del patio y lo tiró a la cabeza de la prisionera. El guijarro le dio en el pecho y rebotó al suelo con un ruido sordo.

Otra de las esposas sacó un cuchillo, lanzó un chillido horripilante y se lanzó sobre la muchacha.

—¡Diantre! —exclamó Monk—. ¡Esa no es manera de obrar!

Se lanzó rugiendo y atravesó por medio del grupo de esposas hasta llegar al lado de la mujer que blandía el cuchillo.

Hubo una breve refriega durante la cual Monk, estuvo a punto de ser acuchillado pero el químico logró apoderarse del arma. Luego saltó hacia la muchacha evidentemente con la idea de liberarla.

Juana Lyndell corriendo, llegó al lado de Monk y de un tirón lo detuvo.

—¡No sea, idiota! —le dijo.

El simiesco químico la miró ceñudo:

—Escuche, señorita, ésta puede ser una antigua costumbre tananesa, pero me repugna. Voy a soltar a esta chiquilla.

—¿No se da cuenta de lo que ella es? —insistió Juana Lyndell.

—Sé que es una preciosa chiquilla que…

—Es una araña humana-interrumpió Juana Lyndell.

Monk pestañeó, se humedeció los labios, abrió y cerró sus manazas, luego miró de nuevo a la bella americana.

—Una araña humana-murmuró.

—Mírele las uñas-indicó Juana.

El químico lo hizo.

—No le vendría mal una manicura-reconoció —. Pero no veo nada malo.

—¿Ve el depósito amarillento debajo de las uñas?

Monk tornó a mirar.

—Sí.

—Es un veneno mortífero e instantáneo —explicó Juana Lyndell —. Esa muchacha, no tiene más que rascarle para que usted muera Eso mató a Shallalah El Auwal. Esa muchacha es la bailarina que le mandaron de regalo.

El químico dirigió una mirada escrutadora a la tananesa.

—Que me ahorquen si lo creo.

Juana Lyndell habló a las viudas y recibió un conglomerado de respuestas.

—La muchacha ha confesado —tradujo la joven—. La mandó un guerrero de las montañas, obedeciendo órdenes del Mullah Místico. AL parecer las almas verdes y esclavas del Mullah no pudieron matar a Shallalah El Auwal y tuvieron que usar el método más prosaico de la araña humana.

—¡Prosaico! —estalló Monk—. ¿Quiere decir que esta cosa es común en Tanan?

—No exactamente común-replicó la joven —. Pero ha sucedido antes. En Afganistán se practica con mayor frecuencia.

—¡Uf! —exclamó Mo—. ¿Qué le sucederá a esta muchacha, a esta araña humana?

—La llevarán ante un tribunal-respondió Juana Lyndell.

Monk exhaló un profundo suspiro.

Ham, apuntando con un dedo amonestador al simiesco químico, dijo:

—Que esto te sirva de lección.

—¿Qué quieres decir, picapleitos fullero? —gruñó el químico.

—Antes de empezar a «camelar» a una de estas tananesas, hazte la manicura-dijo el abogado.

CAPÍTULO XV

CONFERENCIA SINIESTRA

LAS fuerzas de la escolta personal de Juana Lyndell que la acompañaran en su visita a la mansión del desdichado Shallalah El Auwal parecían innecesariamente considerables al principio. Pero, al iniciar el regreso, parecía, que no eran suficientes. Apenas salieron del recinto amurallado que rodeaba a la casa del muerto, cuando se observó que se había extendido la noticia de su presencia con ominosos resultados.

Había una multitud, una excitada muchedumbre que congestionaba las calles.

No había más que hombres. Miraban ceñudos la pomposa formación de los guardias. Algunos murmuraron entre dientes; otros lanzaron maldiciones.

—Dicen que el Mullah Místico ha hecho correr la voz de que las madres de todos los hombres de Tanan morirán, a manos de las almas esclavas a menos que me asesinen, el Khan Nadir sea depuesto y Doc Savage y sus ayudantes muertos-explicó Juana Lyndell.

Ham jugueteó nervioso con su estoque, girando la vista sobre la multitud amenazadora. Se palpó sus voluminosas ropas asegurándose de que los pliegues no le estorbarían en caso de tener que sacar su pistola ametralladora de repente.

Juana Lyndell ordenó avanzar a su escolta. Ésta empezó a abrirse paso con violencia. La multitud abrió paso pero empezaron a oírse muchos gritos de amenaza y de vez en cuando una piedra o una lanza hendía el aire.

—Ahora comprendo por qué motivo quería, el Mullah presentar batalla aquí en lugar de hacerla en Nueva York-murmuró Monk,

ceñudo.

Habeas, el cerdito mimado del químico, emitió una serie de gruñidos y regruñidos, como si su mente porcina vislumbrase el peligro.

—Será mejor que tires a ese marrano y te prepares a correr-aconsejó Ham —. Parece que nuestra escolta se está acobardando.

Era verdad. Los soldados que iban a la cabeza, abriendo marcha se iban escabullendo, perdiéndose entre la multitud. Monk y Ham observaron que un soldado tras otro aprovechaba una ocasión y se zambullía entre la gente.

Juana Lyndell los llamó, indignada pero no produjo efecto. Los guardias continuaban desertando. El semblante de la joven tenía una expresión de preocupación y empuñaba su pistola automática a la vista de todo el mundo.

—Estos guardias fueron instruidos por mi padre-dijo, ceñuda —. Esperaba que me serían fieles.

Monk depositó en el suelo a Habeas Corpus, para tener las manos libres.

—Por lo visto, se proponen impedir que regresemos a su casa-dijo a la joven.

Ella asintió:

—Nos dirigiremos al castillo del Khan Nadir Shar.

Dio una orden. Los guardias que quedaban titubearon, luego doblaron bruscamente a la izquierda y se zambulleron en una calle estrecha. El gentío no esperaba esto y se levantó un clamor de protestas y gritos de hostilidad.

—Me juego las orejas a que habían tendido una emboscada-observó Monk.

—«¡Imshi bilagal!» —ordenó Juana Lyndell, en tono imperioso a su escolta—. ¡Marchad a paso más rápido!

La escolta se puso al trote. La calle transversal era estrechísima, fea, y maloliente y estaba poblada por bueyes, burros y perros. Soplaba un viento glacial procedente de las montañas circundantes de Tanan y unas nubes aceradas a la distancia sugerían nieve.

A lo largo de la calle, tiritas con preces revoloteaban al viento y las ruedas de oración giraban como molinos de juguete La nieve mugrienta, estaba pisoteada, por innumerables bueyes, por los caballitos himalayos conocidos por el nombre de «tacs», y los pies

humanos la hollaban con sus botas groseras.

La calle comenzaba a elevarse, subiendo a una colina. Esta prominencia estaba coronada, por un edificio muy grande, porciones del cual, empezaban a divisarse a través de los claros de las casas. Era el «yamen» oficial, o palacio del Khan.

—¡Mirad! —gruñó Monk de repente, señalando a cierta figura mezclada entre el populacho, que iba cercándoles de nuevo. La figura era de un gigante moreno de facciones siniestras.

—¡Doc! —exhaló Monk—. Está ojo avizor.

Poco después perdieron de vista, al gigante de bronce y no volvieron a verle hasta, que salieron a un espacio amplio que rodeaba las paredes del <yamen>.

Cruzaron corriendo con la velocidad de un rayo aquel terreno.

Unas cuantas flechas disparadas de unos arcos cortos y sólidos silbaron cerca de ellos y se estrellaron en la armadura de los guardias, sin producir ningún daño.

Ham se ladeó precipitadamente y una lanza le pasó rozando. Luego empezaron a acordonar un antiguo puente levadizo y atravesaron una muralla provista de troneras.

El Khan Nadir salió personalmente a su encuentro y cuando cruzaron el puente saltó afuera, y con el semblante lívido de rabia, gritó a la muchedumbre que retrocedió.

—Hace seis meses, nadie habría osado levantar la voz contra mí-gritó el Khan, iracundo —. La situación es grave. Temo por vuestra seguridad.

Levantando la voz llamó y un instante después, apareció un individuo robusto y de aspecto feroz. Llevaba en lugar de la vestimenta convencional de los tananeses, un largo <pushtin>, un chaquetón de cuero, forrado de lana, popular entre los rusos.

Era completamente calvo. Pendían de su estómago dos revólveres; un par de bandoleras de cartuchos cruzaban su pecho y un rifle moderno colgaba de su hombro. Dos corvos puñales y un espadín completaban el cuadro de este arsenal andante.

—Éste es Mihaf, jefe supremo de mi ejército-presentó el Khan —. Estoy seguro de su lealtad.

Monk y Ham examinaron a Mihaf y no recibieron una impresión agradable. Éste, recordaban, era, el individuo que Gibson afirmó haberle torturado para que confesase que era uno de los agentes del

Mullah.

Mihaf, por su parte, hizo a Monk y a Ham una reverencia muy cortés y les saludó en un untuoso tananés, que ellos no entendieron.

—Me repugna como el ácido fénico-dijo el simiesco químico a su compañero cuando estuvieron solos.

Mihaf se ocupó de apostar a la guardia del castillo con ruda eficiencia.

Cuando descubría una señal de ceño entre los guardias, inmediatamente hacía avanzar al culpable y ordenaba que lo tirase a puntapiés al foso, del cual el desgraciado podía salir si no tenía demasiados huesos rotos.

El foso estaba helado.

Proyectándose de los muros del castillo veíanse hileras de picas de acero inclinadas hacia abajo, con el objeto de evitar que escalasen las murallas.

Unos cuantos hombres empezaron, a engrasar las puntas de las lanzas con sebo de buey, para que el enemigo no pudiera asirse a ellas.

Se encendieron fuegos en el patio, bajo enormes calderos llenos de plomo para derretir, con el propósito de verterlo sobre las cabezas de los temerarios que osasen intentar escalar las murallas.

También veíanse antiguos lanzallamas del tipo chino, tubos huecos llenos de una mezcla de azufre y otra substancia que escupiría llama y líquido inflamado sobre los atacantes.

—Esto parece una fiesta-comentó el químico, secamente.

Mihaf, habiendo dirigido estos preparativos, se encaró con Monk y Ham, hizo una reverencia que se figuraba tenía un aire militar, y habló en varias lenguas y dialectos. Cuando habló en *cbod-skad*, la lengua del Tibet, lo comprendieron.

—Es una tortuga sabia la que desarrolla una concha gruesa y un tigre inteligente el que se afila las garras —declaró—. Ahora estamos dispuestos a recibir a esos perros que han dado sus almas al Mullah Místico.

—Tú te estás preparando bien, ¡Oh hombre sin pelo en la cantimplora! —reconoció Monk, generosamente.

Mihaf puso una cara como si no le gustase la forma en que le hablaban.

—Este poderoso hombre de bronce que vino con ustedes, ¿dónde

está ahora? —preguntó.

—Regístrame —invitó cl químico, luego se esmeró en traducirlo al *bodekad*.

Mihaf tenía un aire de decepción.

—El zorro sabio —dijo-se retira a su guarida cuando los perros empiezan a ladrar.

—Doc es muy capaz de cuidarse de sí mismo —gruñó Monk.

Las siniestras facciones de Mihaf tomaron un aire feroz.

—¿Dónde puede encontrarse a ese llamado Oscar Gibson? —inquirió.

Monk practicó el método oriental de dar respuestas.

—El que intenta conocer todas las cosas se marea a sí mismo —declaró.

Mihaf se alejó con aire perplejo, cual si no estuviera seguro de que le habían insinuado que no preguntase más.

El feroz general entró en el palacio del Khan y su faz siniestra tomó una expresión de codicia al contemplar la riqueza de la instalación.

Hizo una pausa para tocar una alfombra originaria del Turkestán y en la cual probablemente toda una familia entera de tapiceros hábiles había trabajado durante varios años. Levantó una imagen de oro, calculó su peso y la puso a la luz para examinar las piedras preciosas incrustadas.

Pasó delante de los pequeños cubículos donde se alojaban los esclavos pertenecientes a la servidumbre del Khan Nadir. La esclavitud existía aún en Tanan, efectuándose el tráfico abiertamente.

Los «raids» sobre las tribus feroces de las montañas, con el objeto de capturar prisioneros que se cotizarían bien en el mercado, eran una fuente de ingresos popular entre los jóvenes guerreros de Tanan, que no podían idear otros medios para hacer dinero.

Dichas incursiones fueron los cimientos de muchas fortunas de Tanan.

Mihaf entró más en el interior del castillo. Los pasillos estaban a oscuras y sacando una vela de sebo de buey la encendió con el método primitivo del pedernal y el acero.

Adentrándose llegó a una puerta maciza cruzada por gruesos barrotes de hierro. Extinguió de un soplo la vela.

La puerta chirrió débilmente en la intensa oscuridad cuando el feroz general la abrió y franqueó el umbral. Un silencio profundo y una negrura infinita lo engulleron.

La quietud se prolongó unos cinco minutos. Luego la puerta chirrió al abrirse de nuevo y alguien entró. Poco después llegó otra persona, más tarde otra, hasta que unas docenas de personas entraron en la sombría cámara.

El silencio no se interrumpió durante un rato. Luego se percibieron unas cuantas exclamaciones de temor, contenidas.

Flotando en el aire, al parecer en el centro de la sala subterránea, apareció la horrible faz verde del Mullah Místico. Giró lentamente, cual si penetrase la oscuridad con sus ojos espeluznantes y observara a los presentes. Las primeras palabras confirmaron esa impresión.

—Estáis todos aquí, mis fieles servidores —dijo la voz macabra del Mullah—. Está bien, pues debemos trazar nuevos planes.

—El pueblo de Tanan ha sido incitado, como ordenastes-comenzó uno de los presentes —. Son como un rebaño de ovejas que oyen el aullido de los lobos. A una palabra, caerán sobre los gobernantes y los destrozarán.

—Está bien-susurró el Mullah —. Pero es un campesino imprudente el que destruye toda su cosecha porque hay unas cuantas cizañas. Seria mejor que arrancase la mala hierba.

—En verdad, tu sabiduría es inconmensurable-observó el otro —. Pero, ¿qué quieres decir?

—Este hombre bronceado, Doc Savage, debe perecer-indicó el Mullah —. Es un demonio con la fuerza de un tigre y la astucia de quien ha vivido mucho tiempo corriendo peligros.

—¿Estamos aquí para decírsenos cómo debemos matar a este hombre bronceado? —interrogó el otro.

—No-repuso el Mullah —. Eso ya ha sido arreglado. Habéis sido convocados para deciros que la mujer blanca, Juana Lyndell, no ha de ser atacada, ni molestada.

Un silencio absoluto indicó que estas órdenes eran totalmente inesperadas.

—Este gusano que se arrastra por la tierra ansía la luz del conocimiento-murmuró una voz —. ¿Por qué no ha de tocársela?

—Porque ella matará al hombre de bronce-anunció el Mullah —.

Marchaos, mis fieles servidores, y cuidad de que no lo suceda ningún daño a la mujer blanca.

Se percibió un rumor de personas que se incorporaban y los reunidos empezaron a desfilar. No encendieron luces y ninguno de los asistentes a la conferencia vio el rostro de ninguno de sus compañeros.

CAPÍTULO XVI

SORPRESAS

MONK, sacándose sus enormes botas de fieltro, se quejó:

—¡Qué calzada más infame!

—¿No te cansas nunca de gruñir? —preguntó Ham, con acritud.

El simiesco químico dirigió una mirada feroz al abogado y avisó:

—Se te caen los pantalones o quizá es tu camisa.

El jurista frunció el entrecejo y se ajustó precipitadamente la pieza de tela que le servia de americana, camisa y pantalones.

Usualmente llevaba sus ropas con elegancia, pero no había conseguido dominar la técnica, de hacer que la vestimenta nacional de Tanan sirviese para su fin.

Renny entró en el cuarto; parecía un gigante e iba envuelto en un paño oscuro y grosero, con el espadín encima del vientre y la cabeza vendada.

—Doc no ha dado señales de vida todavía-murmuró —. Estoy preocupado.

—Andará buscando a Johnny y a Long Tom-informó Ham.

Renny asintió con la cabeza.

—Si tuviésemos la menor idea del paradero de nuestros amigos, yo diría que le imitásemos. Pero ¡cielos! No tenemos ninguna pista.

Monk preguntó con viveza:

—¿Entonces se ha encontrado algún rastro de Johnny y de Long Tom?

—Tan sólo rumores. —repuso Renny—. El Khan Nadir mandó a varios de sus soldados a explorar los contornos y hallaron los aeroplanos que el Mullah usó en su huida de Nueva York. Naturalmente no encontraron a nadie. Pero un campesino que presenció el aterrizaje ha declarado que había dos prisioneros

blancos, que fueron trasladados con los ojos vendados.

—¿No hay algún indicio del lugar adonde se los llevaron? —preguntó Monk quejoso.

—No-contestó Renny, meneando la cabeza.

Monk empezó a ponerse de nuevo las botas de fieltro.

—Que me cuelguen si tengo sueño-murmuró —. Vamos a dar una vuelta por los «yamen» hasta que vuelva Doc o encontremos alguna pista-Se enderezó—. O hasta que Oscar Gibson comparezca. ¿Qué se habrá hecho de ese microbio?

Salieron al balcón, una especie de proyección de mampostería rodeada de un parapeto provisto de troneras. Era de noche.

La vista era impresionante, aunque no muy desagradable.

Habían encendido unos fuegos en torno de los «yamen» y los tananeses permanecían arrimados al calor, murmurando entre dientes o contemplando los elevados muros del castillo.

De vez en cuando alguno afilaba un cuchillo o una espada o bien disparaba una flecha sobre las murallas.

A la derecha un grupo montaba una catapulta, empleando el tronco de un árbol. Lo cargaron con una roca del tamaño de un barrililllo; luego cincuenta hombres asieron una cuerda y echaron el árbol hacia atrás.

Uno de ellos cortó la cuerda con una espada, y la piedra fue lanzada, sobre las murallas del «yamen», yendo a caer encima del techo, que perforó, provocando maldiciones de los guardias.

—Si hubiese unos cuantos caballeros con armadura, el cuadro sería completo-comentó Ham, con sequedad.

El cielo era de un azul oscuro y las nubes níveas parecían bultos negros en las montañas lejanas. Las estrellas semejaban pecas blanquísimas, como nieve luminosa suspendida arriba en la bóveda celeste.

El panorama perdió interés para Monk y sus compañeros al cabo de un rato.

Soplaba un viento helado que silbaba de una manera desagradable dentro de sus ropas. Entraron dentro.

Las botas de fieltro producían poco ruido en los suelos de piedra y esto explicaba probablemente la que sucedió a continuación.

—¡Chitón! —avisó Ham—. ¡Mirad!

Delante de ellos; apenas visible a la luz pálida, una figura se

movía con tal sigilo, que los movimientos del individuo despertaron al instante sospechas.

—Quienquiera que sea se dirige a esa parte del «yamen» donde se aloja Juana Lyndell-cuchicheó Ham.

Luego se deslizó hacia delante. Monk y Renny le siguieron, procurando no arrastrar las suelas de sus botas, manteniendo las manos sobre la empuñadura y la punta de sus espadas con el objeto de que el acero no topase con las paredes de piedra.

La figura sigilosa, pasó cerca de un brasero y el resplandor iluminó sus facciones.

—¡Es Mihaf! —murmuró Monk.

Mihaf evidentemente no se percataba de que le seguían, siguió avanzando y llegó a una puerta estrecha. Esta se abrió, pero el tananés no pasó.

En lugar de eso, salió una fila de hombres, media docena de individuos morenos cuya ocupación perecía tan cautelosa como la de Mihaf. Cuchichearon entre ellos y continuaron avanzando.

—Se dirigen a la habitación de Juana —gruñó Renny.

El hombre de confianza del Khan Nadir llegó a la puerta del aposento ocupado por Juana Lyndell. Luego el feroz general y sus hombres abandonaron toda cautela. Esto sorprendió a los tres ayudantes de Doc.

Esperaban que el jefe continuase procediendo con cautela.

Mihaf introdujo una llave en la cerradura, giró y abrió la puerta. Juana Lyndell chilló dentro del cuarto.

Monk emitió un furioso aullido y cargó. Al químico le gustaba gritar cuando peleaba. Renny y Ham le siguieron, silenciosos y ceñudos. Ham había desenvainado su estoque.

Los secuaces de Mihaf giraron sobre sus talones, echando mano a sus espadas. Un instante después, el corredor estaba lleno de hombres luchando y del ruido de las espadas.

Unos pies cubiertos de fieltro resonaron en el pasillo, detrás de los ayudantes de Doc. Los tres miraron atrás.

Lo que vieron no era muy agradable. Evidentemente Mihaf no se llevó a todos sus hombres, sino que dejó refuerzos en la retaguardia; y éstos iniciaban un ataque de flanco.

Rodeados por ambos lados, los tres compañeros retrocedieron con rapidez hacia una pared. Monk tiró su espadín y éste se clavó

en el hombro de un tananés. El químico sacó una pistola ametralladora y ésta vació su carga mortífera.

Los orientales vacilaron. Algunos empezaron a debilitarse cuando las balas estupefacientes producían su efecto. Las víctimas eran recogidas por sus compañeros para usarlas como escudos vivientes.

Juana Lyndell seguía gritando. Su voz sonaba con más furia que miedo.

Apareció arrastrada por el feroz general y tres asiáticos más.

Monk saltó haciendo un esfuerzo para disparar un tiro a Mihaf, pero el individuo era astuto y se agachó, llevándose a la prisionera, doblando por un ángulo del sombrío pasillo.

Los orientales se lanzaron con ímpetu sobre Monk y sus dos compañeros.

Hacían un esfuerzo para impedir que siguiesen a su jefe. Alguien lanzó un cuchillo y la hoja hirió ligeramente la cadera de Ham.

Renny perdió la venda que llevaba en la oreja a consecuencia de una bala tananesa de la última refriega en Nueva York.

Los tres habían sacado sus pistolas automáticas ahora. Las usaron con cuidado, sujetándolas con la mano izquierda rechazando las embestidas violentas con las espadas que empuñaban con la derecha.

Eventualmente se abrieron brecha por entre los asaltantes y corrieron en la dirección que tomara Mihaf con su cautiva. Doblaron el ángulo velozmente.

El fugitivo no estaba a la vista.

Tampoco encontraron a Juana Lyndell.

Habían transcurrido más de quince minutos y aun seguían buscando, cuando el Khan Nadir se reunió con ellos.

El Khan parecía estar preocupado y estaba armado hasta los dientes, acompañado de un grupo de guardias de su escolta. Alguien le había avisado acerca de la pelea, declaró, añadiendo que sus habitaciones del otro lado del <yamen> estaban acolchadas para alejar los ruidos y no había oído el tumulto.

Los ayudantes de Doc relataron rápidamente lo sucedido y el Khan los oyó con una expresión de creciente horror en su rostro aquilino. —Esto es muy grave-gimió—. La mujer blanca, Juana Lyndell, era uno de mis más firmes apoyos y mejores asesores.

Ejercía en Tanan una influencia igual sino superior a la mía.

Continuaron buscando, pero no hallando rastro de la, muchacha ni de sus secuestradores, se dirigieron a sus habitaciones.

—¡Diantre! —murmuró Renny, al llegar a la vista de la puerta, y del trozo del pasillo donde se desarrollara la refriega.

El corredor estaba desierto. Los secuaces de Mihaf que cayeron en la lucha se habían esfumado. Tampoco se veían manchas de sangre por el suelo.

Habían desaparecido.

—¡Pero esos individuos no pudieron marcharse por sus propios pies! —gruñó Monk—. Y algunos estaban heridos de gravedad. ¿Qué se ha hecho de la sangre?

La puerta del aposento de Juana Lyndell se abrió y, ante el asombro de los hombres, la joven apareció en persona. Estaba encantadora en un vestido de seda.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó.

Monk la contempló atónito.

¿Cómo se escapó usted? —preguntó.

—¿Cómo me escapé? —La muchacha meneó la cabeza lentamente—. No lo entiendo.

—¿Eh? —Monk se acercó con rapidez a la muchacha, pasó por su lado, entró y examinó el aposento, levantando los tapices escudriñando los rincones, hasta asegurarse de que nadie la obligaba a hablar de aquella manera.

—¿Qué significa esto? —preguntó la joven, con viveza.

—Después que Mihaf se la llevó, logró escaparse? —explicó Monk.

—¿Mihaf? —Juana Lyndell meneó la cabeza—. No le he visto. Ciertamente no me llevó a ninguna parte. He estada dormida. El ruido que ustedes han hecho aquí en cl pasillo me despertó.

Los tres ayudantes de Doc Savage cambiaron miradas de perplejidad, luego desviaron la vista hacia el corredor donde los cuerpos y las manchas de sangre desaparecieron de modo tan misterioso.

No había nada, que indicase que la batalla y el secuestro de la muchacha eran más que un producto de sus imaginaciones.

Juana Lyndell aparecía perfectamente tranquila y en su semblante no se observaba el menor vestigio de temor. En realidad,

sonreía ligeramente como si creyese que todo ello era una broma.

—¿No sufre usted de alucinaciones? —preguntó.

Monk palpó distraídamente su pistola, luego la sacó y examinándola, observó que el tambor estaba medio vacío. Lo dejó completamente cargado al anochecer.

—No-murmuró —. Depende de lo que produce una alucinación.

Después que la muchacha regresó a sus habitaciones, Monk, Ham y Renny permanecieron un rato conversando con el Khan Nadir Shar.

—Es muy misterioso-comentó el Khan.

—¡Misterioso! —exclamó Renny—. ¡Es absolutamente imposible! ¡No pudo haber sucedido!

—Muchas son las cosas fantásticas provocadas por este Mullah Místico-repuso el Khan —. Quizá no hubo tal batalla ni secuestro de Juana Lyndell.

Ham se tocó el lado donde la hoja del cuchillo le rasgara la ropa.

—Si fue un sueño —comentó,— parecía demasiado real.

El Khan movió la cabeza lentamente y murmuró:

—A veces me pregunto si este monstruo, el Mullah Místico, no es realmente lo que pretende: uno que vivió y murió antes del comienzo de los tiempos y cuya alma ha existido a través de las edades, absorbiendo los conocimientos del infinito.

—¡Tonterías! —exclamó Monk—. La idea es absurda. No podría suceder.

—Tampoco es posible que usted tome parte en una batalla cuando, al parecer, no había tal lucha-murmuró el Khan.

Poco después el Khan Nadir se retiró en dirección de sus habitaciones, acompañado de su escolta personal. Los tres ayudantes de Savage se fueron a las suyas. Querían discutir el asunto en privado.

El gigante de bronce se encontraba allí, ante la sorpresa de sus compañeros.

El hombre de bronce iba algo despeinado, como si hubiese trabajado yendo de un lado a otro.

—¿Encontraste a Long Tom y a Johnny? —preguntó Monk con ansiedad.

Doc movió lentamente la cabeza en señal negativa.

—No he conseguido más que recoger unas rumores acerca de

dos diabólicos fantasmas blancos que están prisioneros de los secuaces del Mullah-respondió —. Deben ser Long Tom y Johnny. Mas no pude averiguar nada en concreto.

—Mala suerte-murmuró Monk.

—Tenéis un aspecto extraño-dijo Doc —. ¿Qué sucede?

Le contaron lo ocurrido, poniendo especial énfasis en los detalles de la batalla librada delante de la puerta de la muchacha, como si quisieran dar la impresión de que no podía haber sido un sueño.

—¿Cómo explicas esto, Doc? —terminó Monk.

—Acostaos-sugirió el hombre de bronce —. Olvidad lo sucedido. Descansad y mañana abordaremos este asunto.

—Pero Long Tom y Johnny... —empezó a decir Renny.

—El Mullah tendrá que hacer algo antes de que averigüemos el paradero de nuestros amigos-repuso Doc —. Acostaos.

Obedecieron, como de costumbre.

Ham que era algo nervioso, tenía un sueño muy ligero. Serían mas tarde de las doce de la noche cuando despertó, pues el aire se había enfriado mucho y el ruido de los tananeses reunidos en torno del *yamen* había cesado.

Conociendo que algo debió despertarle, empuñó su estoque con el cual solía dormir cuando existía peligro y se incorporó quedamente sobre un codo.

Sospechó que el ruido provenía de Habeas Corpus. El cerdito tenía la irritante costumbre de coger los zapatos del abogado y masticarlos durante la noche.

Pero Habeas no había hecho aquel ruido. Algo se movió en la oscuridad del cuarto. Una figura vaga tomó forma ante los ojos del jurista. Cambió de posición, quedando visible a la luz de la luna.

Estuvo a punto de gritar, tan grande fue su sorpresa. Miró con más atención, preguntándose si se equivocaba. Pero las facciones del nocturno visitante se distinguían con toda nitidez.

Era Juana Lyndell.

La joven caminaba despacio, haciendo poco ruido. Cruzaba la habitación y el abogado, girando la vista, observó que Doc Savage estaba sentado en un montón de maderos y alfombras, de espaldas a la pared.

La cabeza del hombre de bronce estaba inclinada sobre su pecho y parecía estar dormido. La muchacha se dirigía con paso furtivo

hacia él.

El jurisconsulto permaneció un momento paralizado de asombro. Luego se movió con cautela. Para estar más caliente se había acostado vestido.

Pero estaba descalzo y la frialdad del suelo le hizo estremecerse. O quizá fue la actitud de la muchacha.

Estaba medio agazapada y tenía las manos extendidas delante de ella, con los dedos distendidos semejando garras. Miraba con fijeza a Doc.

La muchacha penetró en otro rayo de luz y su esbelta figura se destacó envuelta en un plateado brillante. Se inclinó hacia delante dispuesta a atacar.

—¡Doc! —chilló Ham—. ¡Cuidado!

Si el hombre de bronce hubiese estado dormido, era dudoso de que hubiese escapado. Pero el abogado conocía, al chillar, que Doc fingía dormir, pues el hombre de bronce se movió con increíble rapidez sin cambiar la posición del cuerpo, y asió las muñecas de la muchacha.

Un instante después, Ham llegaba al lado de ellos y ayudaba a sujetar a Juana Lyndell. La muchacha forcejeó un momento, luego se volvió pasiva.

No gritó. Su rostro exquisito permaneció impasible.

Ham, se estremeció y exhaló:

—¡Mírale las uñas! ¡Esa cosa amarilla que tiene debajo!

Monk y Renny se acercaron corriendo, empuñando las armas.

—¿Qué sucede aquí? —preguntó Monk.

—¡Juana Lyndell-explicó Ham, con voz ronca —, es una araña humana!

La impresión del anuncio dejó mudos a Monk y a Renny. A decir verdad, no lo creyeron hasta que se aproximaron y examinaron las uñas de la joven y vieron el depósito de veneno.

—Esto explica lo sucedido esta noche-murmuró Monk —. La muchacha mintió al decir que no había sido secuestrada por el general.

—Pero, ¿por qué la secuestró Mihaf? —interrogó Renny.

En lugar de contestar, el gigante de bronce, sacó una lima de su maleta y un poco de algodón.

—Ábrele las manos y sujétaselas —dijo—. No la dejes moverse.

Si la más mínima porción de ese veneno penetra en su corriente sanguínea, la matará.

La joven estaba más tranquila mientras que el hombre de bronce buscaba la lima y el algodón y no lo tenía delante; pero ahora, que le asía la muñeca, empezó a forcejear furiosamente y Doc tuvo que emplear mucha fuerza para sujetarla.

Le quitó cuidadosamente el depósito de veneno de las uñas y después limpió éstas con un poco de algodón.

Colocó el veneno en un frasco, tal vez para analizarlo en su laboratorio de Nueva York.

La muchacha no había pronunciado ni una palabra.

—¿Qué hacer con ella? —gruñó Monk.

Doc echó una mirada escrutadora al químico.

—¿No ves lo que ha sucedido? —le preguntó.

Monk frunció el ceño:

—Actúa de una manera extraña. No dice ni pío. Quizá…

—Está hipnotizada-aclaró Doc Savage.

—¿Eh?

—Tú sabes algo sobre el hipnotismo-dijo el hombre bronceado —. A una persona hipnotizada pude obligársela a olvidar todo cuanto se le ordena. Además, se le puede mandar que haga una cosa a una hora determinada, obedeciendo automáticamente.

—¡Diantre! —murmuró Renny—. Mihaf secuestró a la muchacha, alguien la hipnotizó haciéndole olvidar lo sucedido. Luego le ordenaron que se pusiese venero en las uñas y tratase de matarte. Lo hizo e ignora lo que sucede.

—¡Escucha! —exclamó Monk—. ¿Puede obligársela a decir quién la hipnotizó?

—Iba a probarlo-respondió Doc. El hombre de bronce era un experto que había estudiado hipnotismo con los maestros, los hombres santos de la India.

Trabajó un largo rato, hablando suavemente y haciendo ciertos movimientos con las manos. La muchacha empezó finalmente a hablar. Su voz sonaba remota y extraña, como si no estuviese hablando.

—¿Adónde te llevó Mihaf? —preguntó el hombre de bronce.

La muchacha respondió, pero sus palabras fueron ininteligibles.

Doc Savage repitió la pregunta.

—Me vendaron los ojos-respondió la joven —. Cuando me destaparon los ojos, nos encontrábamos en una habitación oscura. Entonces llegó el Mullah Místico.

—¿Quién era él?

—Era un rostro, un rostro verde que pendía sin cuerpo en el aire-fue la respuesta.

—Eso no nos aclara mucho el misterio-rezongó Monk.

—Cállate-le dijo Doc. Luego a Juana Lyndell: —¿Recuerdas algo de la habitación?

—Había un ruido de trueno que no cesó ni aumentó, ni menguó-declaró la muchacha en su voz extraña —. Y cuando las puertas se abrieron, en la oscuridad y unos hombres bajaron los escalones, trajeron con ellos el olor a madera de sándalo.

—¿Algo más? —preguntó Doc—. ¿Estás segura de que no conoces quién es el Mullah?

—Nada más-respondió la joven —. Y no conozco la identidad del Mullah Místico.

—¡Maldición! —refunfuñó Monk—. Eso no nos servirá de mucho.

Doc Savage escoltó a la muchacha al corredor y allí, reteniendo su atención en la hoja de un espadín que pendía delante de sus ojos, la sacó de su trance hipnótico dándole órdenes imperiosas.

La muchacha despertando, giró asombrada la vista a su alrededor, sin comprender lo sucedido ni recordar nada.

—Qué… qué… —tartamudeó—. ¿Qué estoy haciendo aquí?

—Debe haber estado andando dormida, como un sonámbulo-explicó Doc —. La oímos andar por aquí.

—¡Dios mío! —exclamó la muchacha—. ¡Jamás he hecho eso antes!

Luego huyó, sonrojándose deliciosamente.

CAPÍTULO XVII

PISTA DE SÁNDALO Y TRUENO

HABRÍAN, transcurrido unos veinte minutos cuando apareció, inesperadamente, Oscar Gibson. Presentaba un aspecto agradable con la tela basta que constituía la vestimenta común de los tananeses.

—¿Dónde ha estado? —refunfuñó Monk.

—Cogiendo margaritas-explicó Gibson.

Monk le dirigió una mirada feroz y bramó:

—Escuche, renacuajo, todavía no entiendo sus chistes, y un día de estos voy a darme la satisfacción de hacerle papilla.

—¡Qué mal genio! —sonrió Gibson, alejándose.

El simiesco químico se incorporó, bostezando, y dijo:

—Me parece que voy a echar otro vistazo antes de acostarme.

—Necesitarás que alguien te vigile, cinocéfalo-advirtió Ham y siguió a su compañero al pasillo.

—Sigamos a ese pájaro de Gibson-cuchicheó Monk —. No me fío de ese crío. No me gusta el corte de su babero ni la manera como frunce los labios.

—Salvó la vida de Doc en Nueva York, cuando aquellas apariciones verdes del club de yates-recordó Ham.

—Cierto-dijo Monk —. Lo tendré en cuenta cuando le llegue su hora. Pero aun soy partidario de seguirle el rastro.

—Tú y yo, los dos-declaró el abogado —. Pero si nos metemos en un aprieto, recuerda que fue tuya la idea. Te acompaño simplemente para que no hagas una de tus barbaridades.

—Te agradecería que te fueras y reventaras-gruñó su compañero.

Seguir el rastro de Oscar Gibson resultó ser relativamente fácil,

pues el agente secreto simplemente caminaba en dirección de sus habitaciones.

Entró y cerró la puerta con estrépito.

—Si no recuerdo mal, hay un balcón en la parte exterior de su ventana, por donde pueda salir-cuchicheó Monk —. Vamos a comprobarlo.

Dieron la vuelta, encontraron que la puerta del aposento contiguo estaba abierta y penetraron con sigilo por la arqueada abertura. Reinaba una intensa oscuridad.

Se hallaban en medio del cuarto, cuando los dos hombres se detuvieron en seco. Oyeron que alguien trabajaba en la ventana, alguien que estaba en el balcón.

Retrocedieron prestamente y se colocaron en posición de vigilar la pieza sin ser vistos. Distinguieron por qué motivo salía Gibson de su cuarto, por el balcón.

La parte que rodeaba a la puerta estaba iluminada por una mariposa que ardía, en una lata de sebo de buey. Era difícil ver a Gibson cuando salía de la habitación y casi se echó encima de Monk y Ham antes de que le viesen. Los dos retrocedieron precipitadamente.

Ahora era más difícil seguir los pasos del agente secreto. Dirigíase hacia la parte central del enorme castillo y, eventualmente penetró en una cámara, donde el olor a sándalo era casi abrumador.

En el centro de la habitación se levantaba una plataforma de piedra sobre la cual se erguía un trono, primorosamente labrado, del que partía una lujosa alfombra.

—¡La sala, del trono real! —exclamó Ham.

—¡Cállate! —cuchicheó Monk—. ¿Quieres que ese «tío» nos oiga?

Oscar Gibson cruzó la sala del trono, franqueó una puerta y descendió por un corto pasillo.

La instalación de esta parte del castillo parcela ser más moderna. Las habitaciones eran más calientes, mientras que la porción extrema del *yamen* era enormemente fría.

Monk, girando la vista a su alrededor para buscar el origen del calor de la calefacción, recibió una sorpresa.

—¡Mira! —cuchicheó—. ¡Un calorífero eléctrico! ¡Pues no sabía que esta cueva estaba dotada de electricidad!¿Por qué razón no nos

dieron alojamiento en la parte moderna del castillo?

—¡Mira a Gibson! —avisó Ham—. ¡Tiene cita con alguien!

El agente Secreto se detuvo y llamó a una puerta. Esta se abrió. Hubo una breve refriega en la que Gibson metió el pie en la rendija de la puerta; luego habló a media voz. Hacia el final lo hizo en voz alta y Monk y Ham le oyeron claramente.

—¡Necio! —increpó Gibson al individuo que estaba dentro—. El Mullah me ha mandado aquí. Doc Savage no es tan idiota como nos figurábamos. Recela. Tienes que esconderme.

El hombre del interior del cuarto murmuró algo que fue imperceptible.

—¡Bien, espera a que te avise el Mullah Místico, si no me crees! —dijo Gibson, con viveza.

El hombre a quien el agente secreto hablaba, salió y entonces se le pudo ver claramente. Era una figura ancha, embutido en un «pushti» de cuero, con numerosas bandoleras de cartuchos pendiendo encima de su pecho.

Tenía unas facciones feroces.

—¡Mihaf! —gruñó Monk—. ¿Qué te parece? Ese bandido está aún en el castillo.

Gibson y Mihaf avanzaron por el pasillo, con la mayor naturalidad, sin el menor sigilo.

Ham comentó: —Apuesto las orejas a que la mitad de la guardia del castillo está confabulada con el Mullah Místico.

Mihaf abrió una puerta, se apartó para dejar paso a Gibson y luego le siguió.

Dejó abierta la puerta.

Monk y Ham avanzaron con presteza, convencidos de que ahora seguían el verdadero rastro del Mullah.

Su entusiasmo tal vez les indujo a ser descuidados. Escucharon en la puerta abierta, oyeron el ruido de pisadas lejanas y entonces penetraron en el interior.

Era casi imposible que un hombre se moviese en la oscuridad sin hacer algún ruido. Los pliegues de las ropas seguramente producirían algún rumor al rozar.

En consecuencia, cuando unos hombres se abalanzaron sobre los dos ayudantes de Doc, ya se habían dado cuenta una fracción de segundo antes.

Monk gritó a voz en cuello. Siempre gritaba cuando peleaba.

Simultáneamente con su aullido, se agachó y se lanzó hacia delante. Su puño topó con unos huesos algo descarnados.

Ham tuvo la precaución de desenvainar su estoque. Lo blandió como un látigo. Un hombre lanzó un aullido y la hoja, se le incrustó lo bastante honda, para tener que sacarla con violencia.

Un golpe formidable descargó en la espalda de Monk. Fue producido por un hombre que le cayó encima. El químico rodó por el suelo. Varios hombres se le echaron encima, saltando y pisoteando.

Los métodos de lucha libre de Monk eran extraordinarios. Asió una pierna, e imitando al cocodrilo giró. Sujetaba con fuerza el miembro.

La víctima trató de volverse. Fracasó. Chilló de una manera espeluznante.

Los huesos de su fémur emitieron un chasquido.

Una pistola se disparó, surgiendo una llamarada roja. Unos fragmentos de la pared cayeron al suelo. Algunos, sobre la cara de Monk, ahogando sus gritos.

Casi al mismo tiempo una cuña volante pegó a Ham. Derribó a su adversario con su estoque. Varios atacantes lo arrastraron hacia atrás.

Tropezó con un caído. EL suelo estaba muy duro cuando topó con él.

Resonaron golpes furiosos. Los hombres gruñían y regruñían. Monk gimió bajo el pecho que le aplastaba la cara. Después no se oyó más que la respiración jadeante de algunos hombres.

—¡Magnífica operación! —dijo la voz de Oscar Gibson—. Pero el ruido fue algo escandaloso.

El disparo fue oído por el castillo y ahora se percibían muchas voces excitadas. Un hombre se acercó corriendo.

Evidentemente no era uno de los secuaces del Mullah Místico, pues se detuvo en seco en el momento en que se encendió una bujía de sebo iluminando la escena.

—¡Uala! —gritó, luego, girando veloz sobre sus talones huyó como alma que lleva el diablo.

Los sicarios del Mullah Místico profirieron maldiciones, disparando cuatro tiros sobre el hombre que puso pies en polvorosa.

Los cuatro disparos erraron. El pistolero masculló un juramento y salió a la luz de la vela, cargando de nuevo el arma.

EL hombre de la pistola, era Oscar Gibson.

El guardia del <yamen> escapó gracias a sus formidables dotes de corredor.

No gritó ni dio la alarma. Llegó a la parte fría del castillo, corriendo aun a toda velocidad, y allí topó con Doc Savage.

—¿Qué sucede? —preguntó el hombre de bronce.

El espantado guardia relató su historia, jadeando.

Renny apareció a tiempo de observar un gesto de Doc. Dejaron al asustado guardia y corrieron hacia el teatro de la batalla. Oíanse muchos gritos, los hombres corrían de un lado a otro, empuñando espadines, llevando velas o calderos de sebo donde ardía una mecha.

Doc Savage llegó al lugar donde Monk y Ham cayeran. Encontró los fragmentos de roca que la bala hizo saltar de la pared.

Esto indicaba, que se encontraba en el lugar; y además, cuando enfocó el haz luminoso de una linterna sobre el suelo, vio los vestigios de un carmesí mojado que fueron borrados con demasiada precipitación.

No había señales de las víctimas ni de sus aprehensores. Doc fue de un lado a otro, interrogando a los guardias, pero no encontró a nadie que supiera algo y lo confesase.

Renny murmuró iracundo. Continuó murmurando cuando regresaban por la sala del trono donde el aire estaba saturado del olor a sándalo.

Ardían unas luces eléctricas. Las encendieron unos guardias. Doc Savage se detuvo de repente y asió por el pescuezo a uno de los centinelas.

—¿De dónde viene la fuerza para estas luces? —preguntó en tananés.

—De un monstruo negro, redondo y gordo, que murmura y cuyas venas lanzan un fuego invisible que quema a los incautos-explicó el guardia.

—Viene de un generador-tradujo Doc para Renny.

El ingeniero de los puños descomunales no estaba interesado en la instalación eléctrica.

—¿Estará segura Juana Lyndell? —preguntó—, Quizá sería

mejor que lo averigüemos.

Doc asintió y se dirigieron a las habitaciones de la joven. No hubo respuesta a sus llamadas; y la puerta, que debiera haber estado cerrada con llave, cedió a un fuerte empujón.

—Probablemente esté averiguando el motivo del tiroteo-comentó Renny.

De pronto su larga y fúnebre cara se demudó, sus manazas hicieron unos gestos grotescos, y trató de pronunciar unas palabras que se negaron a salir de su boca.

La pistola automática de Juana Lyndell yacía en el suelo. Cerca veíase una manta casi destrozada y una tira de la misma. Era sin duda, una de las ligaduras dejadas después de haber atado a la joven.

—¡El Khan! —rugió Renny.

Doc Savage ya corría en dirección de las habitaciones del Khan Nadir Shar.

Antes de llegar a la puerta, observaron a un guardia tendido en el vestíbulo, con la cabeza abierta.

Reinaba cierta confusión en las habitaciones del Khan Nadir, lo bastante para indicar que había habido lucha. Aparecían unas cuantas manchas rojas, de sangre, por el suelo.

—Doc-gruñó Renny —. ¡No quedamos más que tú y yo ahora!

Hallábanse aún de pie allí cuando surgieron unos cuantos guardias del *yamen* y descubrieron que el Khan había desaparecido.

En lugar de gemir al estilo asiático, expresando una pena, parecían estar contentos. Varios guardias mostraron los dientes en amplias sonrisas.

No sonrieron tan satisfechos cuando Renny les mostró la boca del cañón de una pistola ametralladora.

Conocían el valor de esta arma y, cual mansos corderos, se dejaron conducir a las habitaciones del Khan, donde Doc usó una aguja hipodérmica en cada uno de ellos; todos quedaron dormidos al instante.

Doc entró el cadáver del guardia asesinado; luego cerró la puerta.

—Esto estallará en cuanto se difunda la noticia de la desaparición del Khan-comentó.

—Sí-asintió Renny —. Él y la muchacha eran los que impedían

que el Mullah Místico se apoderase de esta región. Opino que la muchacha era aún más poderosa que el Khan.

—Escucha-sugirió Doc.

Indudablemente había una ventana abierta allí cerca. Oían un tumulto: gritos, chillidos, el ruido de tambores. Buscaron un balcón que se proyectaba por encima del helado foso y divisaron una luz plateada de una hermosa luna.

La multitud que cercaba al castillo había recogido sus armas y se preparaba a hacer algo. La muchedumbre estaba más cerca de los muros que la noche anterior. De vez en cuando se disparaba una pistola o una flecha silbaba a lo largo de las murallas o se estrellaba.

Los gritos de la multitud eran en su mayor parte ininteligibles, pero de vez en cuando percibíase con toda claridad un grito.

—¡El Khan está muerto y su alma es ahora uno de los esclavos verdes del Mullah Místico! —era uno de los gritos.

—¡El diabólico fantasma femenino, Juana Lyndell, ya ha muerto! —era otro grito.

La multitud se acercaba y grandes catapultas disparaban, vomitando humo.

Los arqueros tiraban más flechas.

Observando alerta, Doc y Renny distinguieron a varios hombres que pasaban a través de la multitud, aullando y empujando a la gente; y por su vehemencia, enardeciendo a la plebe.

Estos agitadores, a juzgar por sus alaridos, eran sin duda, secuaces del Mullah Místico.

De la torrecilla del castillo, surgió un potente reflector, un aparato moderno y extraño en aquella escena de confusión.

El destello se movió de un lado a otro cual un dedo blanco y rígido, y los supersticiosos tananeses huyeron frenéticamente al principio; Luego, hallándose cogidos en sus rayos, sin ser fulminados, brincaron de un lado a otro, golpeándose el pecho y gritando como bravos y enfurecidos guerreros.

Pero el destello del reflector despertó una idea en el ágil cerebro de Doc Savage.

—¡Ven! —indicó, con viveza.

El hombre de bronce dio media vuelta y echó a correr por los interminables pasillos pétreos del vasto «yamen», descendió por

escalones que tenían varios siglos, hasta que encontró a un criado.

—¡El generador eléctrico! —interrumpió Doc—. ¿Dónde está?

El criado pestañeó asustado y meneó la cabeza negativamente.

—El monstruo de hierro, negro y gordo, que ruge y lanza fuego invisible por las venas-explicó Doc —. ¿Dónde está, dónde acecha ese monstruo?

El lacayo comprendió, agitó los brazos y dijo unas palabras ininteligibles.

—Enséñamelo-cortó Doc.

El obeso vasallo no tenía muchas ganas de enfrentarse con el monstruo negro y gordo, pero una mirada del gigante de bronce le convenció, y abrió la marcha a un trote ligero.

Atravesaron el salón del trono donde percibieron el olor a sándalo. Poco más allá, descendieron por una escalera empinada. Oyeron puertas que se abrían, el ruido de una turbina de vapor y el de un generador eléctrico.

—Magnífico —dijo Doc, despidiendo al criado, quien exhaló un suspiro de alivio.

El hombre de bronce volvió al salón del trono; giró la vista alrededor de la vasta sala. Renny le observaba, tosiendo un poco a causa del sorprendente olor a madera de sándalo. Provenía de un brasero situado cerca del trono y Renny echó una alfombra encima del origen del perfume.

El olor era aun más fuerte cerca del trono. Renny, levantando la vista por una abertura redonda que se veía arriba observó que el perfume se escapaba por allí.

Doc se le acercó.

—¿De modo que tienes una idea? —dijo.

—¿Eh? —Renny estaba perplejo—. ¿Qué idea?

—¿Recuerdas lo que dijo Juana Lyndell acerca del lugar donde fue hipnotizada?

Renny se rascó la cabeza.

—¿Quieres decir el ruido de trueno y el olor de...? ¡Santo cielo! ¡Cuándo la puerta de la habitación se abrió, percibió el olor a sándalo! ¿Debió ser aquí?

—No-repuso Doc —. El ruido de los generadores no puede oírse aquí. Ese debió ser el ruido de trueno que ella oyó.

—¡Seguramente! —rugió Renny—. ¿Porqué no se me ocurrió?

Doc agitó un brazo.

—Retrocede.

Extrañado, Renny se retiró de la vecindad del trono.

—El olor a sándalo es mas fuerte alrededor del trono-dijo Doc —. Debe existir una puerta secreta que conduce a una habitación subterránea, como la del generador y probablemente está cerca de esa caja de perfume que acabas de tapar.

El gigante de bronce se metió una mano en un bolsillo y extrajo dos granadas no mayores que un huevo de paloma.

Renny las vió, dio media vuelta y huyó hacia el fondo de la sala. Sabía lo que aquellas bombas harían.

Doc tiró la primera. La chispa le hirió los ojos y el estruendo, los oídos más aun. El suelo se abrió. Las ricas alfombras fueron lanzadas por el aire, contra la pared; una se elevó como si estuviese atada a una cuerda, invisible y revoloteó en el aire.

Avanzando, corriendo, Doc observó que la explosión no había abierto ninguna entrada secreta. Retrocedió y lanzó otra. Se derrumbaron grandes bloques del techo.

El suelo se hundió mucho más y Doc, acercándose corriendo otra vez, miró en una de las grietas y comprobó que se había abierto en el techo de un pasillo.

Descendió al interior del negro boquete. Renny le siguió. Detrás, partes del techo del salón continuaban derrumbándose, en medio de un gran estruendo.

CAPÍTULO XVIII

EL ROSTRO VERDE

EL gigante de bronce proyectó el haz luminoso de su lámpara eléctrica por el pasillo. Nubes de polvo remolineaban en el aire. En aquella niebla, una joya pareció chispear con centelleante velocidad.

Renny se sintió cogido y lanzado a un lado por Doc Savage, antes de que se percatara de que se trataba de un cuchillo lanzado. El arma se estrelló contra la piedra.

Renny gritó y echó a correr hacia delante. Distinguió a varios orientales; dos de ellos, uno de los cuales empuñaba un cuchillo. Lo tiró, pero el ingeniero lo esquivó fácilmente. El par parecía no tener otras armas, pues giraron sobre sus talones y huyeron.

—¡Esos son dos de los granujas que secuestraron a la muchacha antes de que la hipnotizaran! —tronó Renny.

Se lanzaron por el estrecho túnel en persecución de los orientales. Un murmullo, débil al principio, se tornó más fuerte; y dado que ya conocían lo que era, lo identificaron fácilmente. Era el ruido del generador eléctrico.

Los fugitivos chillaban pidiendo socorro. Se zambulleron en una cámara oscura, de suelo húmedo y viscoso.

Doc y Renny, dándoles alcance, atraparon a un tercero, cuando una voz hueca les hizo detenerse en seco. Se volvieron hacia la dirección de donde partía la espeluznante voz.

Había aparecido un rostro, el rostro verde y siniestro del Mullah Místico, flotando en el aire, como siempre. Los labios se retorcieron, pareciendo gruñir.

—Era conveniente que viniesen aquí —les dijo la voz.

Renny dirigió el haz luminoso de su linterna en torno suyo, con

la intención de enfocarlo sobre la faz satánica, pero algo que la luz descubrió, hizo desviar el destello.

Unas cosas verdes y serpentinas, horripilantes, avanzaban poco a poco por el aire, hacia ellos. Aquellas apariciones horrorosas y fantásticas parecían vivas y sin embargo irreales.

EL destello de la antorcha las atravesó, alumbró la pared y no quedaron más que sombras vagas para indicar que los horrores verdes eran reales.

Se oyó entonces un estruendo horroroso y un chispazo que pareció quemar el cerebro de Renny. Comprendió al instante que fue lanzado hacia atrás cual por una mano gigantesca, que Doc Savage había tirado otra granada; y antes de que se recobrase, el gigante de bronce puso una mano en el hombro, instando:

—Huye.

Corrieron hacia la puerta, pero el gigante de bronce hizo una pausa y proyectó su lámpara de bolsillo. La pared donde apareciera la faz siniestra del Mullah, se había derrumbado en parte; Y había caído una piedra, que descubrió una abertura de relativo tamaño.

El Mullah Místico no aparecía a la vista.

Pero del boquete, cual monstruos de una caverna, surgieron las monstruosidades verdes. Eran ahora, verdaderos monstruos, algunos de un metro de grueso, dragones grandes y nebulosos, sin forma o movimiento metódico.

Renny, deteniéndose y contemplando con furia los horrores, verdes, gritó:

—¡Caramba! ¡Ahora veo lo que son esas apariciones!

Avanzó un paso.

—¡Atrás! —tronó Doc.

—¡Voy a arriesgarme! —rugió Renny—. ¡Ese Mullah está ahí, en alguna parte!

¡Si esa materia verde te toca, eres hombres muerto! —advirtió Doc—. Usaba dos clases. Una tan sólo quemaba la piel y provocaba un desvanecimiento. La otra estaba mezclada con el veneno de la serpiente de cascabel neotrópica.

—Neotrópica —.

—Algo por el estilo-replicó Doc —. El veneno de la serpiente de cascabel neotrópica concentra sus esfuerzos en el sistema nervioso alrededor de la nuca y produce una forma de destrucción nerviosa,

en la que aparece que la víctima tiene el cuello roto. Este veneno tenía, probablemente, algunos ingredientes adicionales que acrecentaban sus efectos, provocando una constricción muscular que, en efecto, quebraba las vértebras en la mayoría de los casos.

Renny trató de escudriñar el boquete de la pared, al mismo tiempo que esquivaba, a los horrores verdes.

—¡Pero de qué manera, se mueven estas cosas! —gruñó.

—Se las lanza siempre de forma que una corriente de aire llene la niebla verde hacia las víctimas-explicó Doc, moviéndose también para examinar el boquete de la pared —. Probablemente la substancia es proyectada por una especie de pistola. Esto le daría el efecto de serpiente.

Renny rugió:

—¡Pero ahora son mayores!

—Lo cual significa que la pistola o bomba, ha sido rota por la granada-agregó Doc.

Proyectaron las luces en la abertura.

La nube verde, semejante a humo de vapor tóxico llenaba el pasillo del otro lado del agujero, pero a través de su cuerpo transparente distinguieron una figura tendida en el suelo, envuelta en ropas suntuosas.

Era imposible distinguir las facciones. Pero Renny se aventuró.

—¡El Mullah Místico! —exclamó—. El pajarraco se ha tratado con sus propias armas.

El cuarto iba llenándose del horror mortal.

Cintas de tóxico verde iban llenando el cuarto. Además, unos gritos indicaban un ataque inminente.

Doc y Renny dieron media vuelta y se lanzaron en persecución de los dos orientales fugitivos.

Cerca de la puerta, Renny tropezó con unos alambres y cayó hacia atrás. Se incorporó gruñendo y enfocó la luz de su linterna.

—¡Diantre! —exclamó—. ¡Aquí es donde clavaba la faz verde y luego la hacía desaparecer!

Los alambres con los cuales Renny tropezara debieron ser lanzados por la explosión de la granada. Formaban un dispositivo que los mediums y los prestigiadores suelen emplear para hacer aparecer cabezas luminosas, un tubo telescópico de cierta longitud, al extremo del cual se había fijado un rostro de balón de goma

delgada, que podía inflarse soplando por el tubo.

Luego, mediante una succión, se retiraba penetrando en el tubo y el dispositivo telescópico caía. La manipulación de unos hilos finísimos producía el movimiento de los labios.

Renny lo tiró a un lado, frunciendo el ceño al recordar su espanto cuando vió por primera vez a ese objeto actuando.

Siguieron adelante. Alguien les disparó un tiro, pero no les tocó. Renny replicó con una atronadora descarga de su pistola ametralladora. Un instante después, entablaban una lucha, con cuatro o cinco tananeses.

Los orientales peleaban con la desventaja, de que disponían como luces, de unos tarros de sebo en los cuales ardía una mecha. Las lámparas eléctricas de Doc y Renny les cegaban, y no duraron mucho tiempo los enemigos.

Renny disparó unas cuantas balas estupefacientes sobre el cuarto adversario, y Doc Savage derribó de una manera fulminante de un puñetazo al quinto.

Continuaron corriendo, llegando inesperadamente a un cuarto iluminado por un brasero encendido.

En el suelo yacían fuertemente atadas y amordazadas, varias figuras. El simiesco Monk hallábase más cerca. Ham se encontraba detrás, tratando de desatar al químico. Más allá estaban Juana Lyndell, Johnny, Long Tom y Oscar Gibson.

No había en el aposento ninguno de los sicarios del Mullah Místico.

El gigante de bronce y Renny empezaron a desatar a los prisioneros. Monk, incorporándose, dirigió una mirada feroz al agente secreto y aulló:

—¡Usted nos metió en esto, gracioso!

Oscar Gibson respondió cansadamente:

—Estaba desesperado. Intenté engañar a Mihaf, para que me condujese a presencia del Mullah. ¿Cómo iba a saber yo que ustedes me seguían?

—Eso me recuerda una cosa-tronó Ham —. ¿Dónde está Mihaf?

No pudieron contestar a esa pregunta hasta unos minutos después, cuando Renny se aventuró a penetrar en la habitación donde apareciera el vapor verde.

Encontrando que el vapor se había disipado desapareciendo por

las aberturas, entró y contempló de cerca y largamente el rostro del Mullah Místico.

—Mihaf está allí dentro, con él en el pasillo-murmuró —. Escuchad, ¿sabéis que el Mullah Místico era...?

—ÉL mismo personalmente, se mostró a nosotros-interrumpió Juana Lyndell —. Y declaró los motivos que le indujeron a convertirse en el Mullah Místico. Temía que eventualmente, yo llegase a ser el verdadero poder en Tanan. En consecuencia, empezó a representar el papel del Mullah para combatirme y satisfacer su ambición de crear un gran imperio.

—¡Cielos-murmuró Renny —. Ni por asomo se me ocurrió que el Mullah Místico era el Khan Nadir Shar.

No pensaron que se hallaban lejos de vencer las dificultades que aun quedaban y escapar, pues el populacho de Tanan sitiaba ya al castillo; pero afortunadamente, resultó que por el giro de los acontecimientos, la situación no era desesperada.

Juana, Lyndell, apareciendo en lo alto de las murallas del *yamen*, logró reunir a sus leales. Listos, unidos a la fuerza que permaneció fiel, cayeron enérgicamente sobre la plebe que poco después huyó a la desbandada.

El genio siniestro del Mullan Místico, el Khan Nadir Shar, no estaba allí para guiar a sus secuaces; y al cabo de unas horas, pero antes de mediodía la batalla había terminado en Tanan.

Una vez que se extendió la noticia de que el Mullah Místico había sido el Khan Nadir, los tananeses, enfurecidos, se volvieron contra los sicarios del Mullah.

Los que habían perdido parientes o familiares, víctimas de los esclavos verdes del Mullah, estaban especialmente furiosos.

Durante todo el día y la noche siguiente, aun durante los meses siguientes, fueron muertos muchos en represalia.

Doc Savage y Juana Lyndell lograron dominar la situación y establecieron un gobierno representativo compuesto de prominentes tananeses. El gobierno elegido se estabilizó pronto. Volvió a reinar la paz, amenazada únicamente por los actos de venganza realizados contra algunos secuaces del Mullah.

Pero Tanan fue siempre un país salvaje y medieval donde las luchas han sido permanentes.

Doc y sus cinco ayudantes abandonaron Tanan tan pronto como

observaron que el país había alcanzado una moderada estabilidad.

Se dirigieron rumbo al Este, volando a través del Gobi y Tanan quedó perdida en la cumbre de su montaña.

Y Monk, soñando un poco, ofreció temerariamente contribuir con la piel de Habeas Corpus para la causa de una buena maleta, mientras el aeroplano volaba raudo sobre las rutas de las caravanas, rumbo al Este, a través del desierto del Gobi.

El simiesco químico declaró:

—Si jamás llego a conocer un país más extraño que ése, dejaré que Ham se haga una valija con la piel de Habeas Corpus.

FIN

Título original: *The Mystic Mullah*